

MONOGRAFÍAS
VASCONGADAS

LA MEDICINA
POPULAR EN EL
PAIS VASCO

por

Ignacio María Barriola



BIBLIOTECA VASCONGADA

AMIGOS DEL PAIS

Monografía N.º 9

IGNACIO MARIA BARRIOLA

La Medicina Popular en el País Vasco

Biblioteca Vascongada de los
Amigos del País
San Sebastián
1952

ES PROPIEDAD

f. mis. lujos

INTRODUCCION

«**L**A MEDICINA POPULAR EN EL PAIS VASCO», reza el título de esta obra que aspira a recoger, a lo largo de sus páginas, diversas prácticas empleadas por el pueblo con finalidades médicas. Intencionadamente decimos «en el País Vasco», y no «del País Vasco», queriendo dar a entender que estas manifestaciones populares no son, ni pueden ser, privativas de nuestro país. Bien sabido es que los destellos culturales primitivos de los pueblos, aunque matizados por sus propias peculiaridades, presentan grandes analogías que permiten el estudio y clasificación comparativa de éstos. La Medicina Popular ostenta, pues, por derecho propio, sobrados títulos para su inclusión en el amplio campo de la Etnología.

Mas ¿qué entendemos por «medicina popular»? El enunciado consagrado por el uso podrá no ser de rigurosa exactitud, pero expresa un concepto universalmente admitido. Concepto que encierra las diferentes prácticas, desprovistas de base científica, en su apariencia al menos, por las que el pueblo lucha por lograr la

salud o la integridad de sus miembros. Tiene de medicina, en cuanto a «arte curatoria»; nada, en cuanto a ciencia que evita o trata las enfermedades.

La diferencia no es pura sutileza dialéctica. La idea de «enfermedad», como conjunto de alteraciones del organismo que ocasionan su desequilibrio, es relativamente moderna en la Historia de la Medicina, y limitada al terreno de los conocimientos científicos; excluida, por tanto del cercado del saber popular.

No nos hemos de extender en consideraciones acerca de estos extremos que nos llevarían muy lejos, apartándonos del camino trazado. Pero es interesante a nuestro objeto presente, delimitar bien dichos campos. La noción de enfermedad es más elevada; presupone un caudal de conocimientos, una cultura superior. La idea popular de enfermedad se ciñe más bien a determinadas manifestaciones, aparentes y aisladas, del trastorno que se refleja en el estado del paciente, sin ahondar en la naturaleza de ellas, o relacionarlas con causas desprovistas de nexos lógicos con las mismas. Para aclarar estos conceptos, bástenos con citar algunos ejemplos típicos: «la mareadura» de determinada herida por influencia del mar, los tratamientos de índole mágica, el poder del «aojamiento», la acción preventiva de los amuletos, e incluso de algunos productos como el saquito de alcanfor colgado del cuello contra la gripe, práctica de todos conocida por su generalización en la epidemia del 18.

Hemos de puntualizar, ahora, otro extremo; el referente a la extensión cronológica que pretendemos abarcar. ¡Qué ilusión nos produciría el poder presentar al lector una verdadera Historia de la medicina popular del País Vasco desde sus orígenes hasta nuestros días! Vana pretensión, evidente para quien sepa del silencio literario que envuelve la vida pasada de nuestro pueblo con la consecuente escasez de fuentes informativas, y la importancia que en este aspecto cultural tiene la tradición oral, que olvida y deforma los materiales a ella confiados. En ausencia de datos concretos, justo será sospe-

char que, como para los demás pueblos del orbe en los que la influencia sacerdotal no marcara con su sello las actividades sociales, fueran dominantes en el aspecto curanderil las manifestaciones mágicas y empíricas, como más idóneas a su grado de cultura, y que ellas perdurarían hasta que el beneficioso influjo de los conocimientos científicos, venciendo el aislamiento y recelo a toda novedad, característicos de la raza, fueron infiltrándose en el acervo de su saber.

Poseemos algunos datos confirmatorios de esta opinión. Arocena (6-p. 11) cita a Estrabón, (54 a J. C.) que aludiendo a los pueblos del Norte de España dice: «exponían a sus enfermos en pública comparecencia y los confiaban a la experiencia ajena». Asimismo en el «Compendio Historial» (32-p. 629) puede leerse: «En la Provincia de Guipúzcoa por la mayor parte se han conservado sin médicos con las medicinas simples de yerbas, unciones, clisteres que según refiere Ambrosio de Morales (lib. 8, cap. 53) sacaban a la plaza a los enfermos para que cualquiera que hubiese tenido semejante enfermedad, dijese lo que le había aprovechado en ella; y que los Cántabros fueron muy dados a conocer las yerbas y buscarlas, y que por ellos se halló la yerba llamada cantábrica según Plinio (lib. 25 cap. 28), que algunos piensan que es la centaurea, y usaban la bebida de cien yerbas con agua miel, que era suave para el gusto y provechosa para la salud; y siempre les ha importado el buen regimiento que como dice Avicena sólo él basta para conservar la salud, como se ha visto por experiencia». Y como nueva prueba de la escasa inclinación pretérita de los guipuzcoanos hacia la medicina profesional, dice en el Libro Quinto «De cien años a esta parte se hallan médicos en esta Provincia, y de ellos pocos, que con haber hecho diligencia no he hallado más que diez y siete, porque los naturales de Guipúzcoa no se inclinan a esta facultad sino es por maravilla». Y añade que «los que la estudiaron con cuidado salieron aventajados».

La costumbre de exponer a los enfermos, no es, como puede suponerse, original de estas latitudes. Los babilonios la empleaban, según Herodoto, y en la antigua Grecia los enfermos eran conducidos a los asclepieia o templos dedicados a Esculapio para ser tratados por los sacerdotes; lograda la salud, el proceso de su enfermedad y curación quedaban grabados y expuestos en tablas, para experiencia de casos análogos.

Los conocimientos actuales acerca de nuestra medicina popular comienzan a ser del dominio público con las publicaciones de nuestros etnólogos. No podemos silenciar la labor realizada por Azkue, Aranzadi, Barandiarán y Thalamás, principalmente, que citados con profusión, los ha de encontrar el lector a lo largo de esta obra. Ellos han recogido datos del mayor interés que aprovechamos en nuestro trabajo. Animados por su ejemplo hemos procurado cosechar algunos otros, variantes, más que fundamentalmente distintos, por darle cierto matiz personal. Así, pues, el presente libro está construído con las observaciones que poseemos acerca de prácticas antiguas conocidas o que hoy perduran, en el campo de la medicina popular. No se busque, pues, en él, una exacta relación cronológica en el sentido histórico, que rebasa nuestras posibilidades actuales.

Las modernas adquisiciones de la Medicina, la difusión contemporánea de sus principios y enseñanzas, determinarán en día, quizá no lejano, el olvido de las principales prácticas de la medicina popular. La misma limitación de la ciencia, la impotencia del médico ante determinadas manifestaciones morbosas, por otro lado, mantendrán viva la credulidad de las gentes sencillas hacia quienes invocando la experiencia, con desprecio de las elucubraciones científicas, les prometan con superchería la curación. Y, en último extremo, la Fe seguirá haciendo milagros o solicitándolos, buscando valedores celestiales, con prácticas matizadas de tintes de superstición. No es pura cuestión de civilización y

cultura. El alma humana es insondable y sus reacciones insospechadas. No de otra manera se comprende que, a finales del pasado siglo pudiera, por el conocido fenómeno de sugestión colectiva, tomar cuerpo y fuerza la inconsistente teoría de una mentalidad primitiva como la de Mary Baker-Eddy, defensora de la existencia puramente mental de la enfermedad y definidora de un sistema de curación psicoterápico, hasta llegar a la creación de una importante secta norteamericana, la de la Christian Science. Y no hablemos del mesmerismo, asuerismo y otros parecidos.

Por ello, no es fácil prever la ulterior evolución de la medicina popular, patrimonio hoy, en nuestro país, de curanderos y de pocas personas más, privilegiadas por el favor de las gentes que aceptan gratuitamente sus falsedades. Pero es evidente que el empirismo y las artes mágicas irán cediendo terreno hasta quedar relegados al olvido.

Antes de que esto acaezca, aceptamos gustosos la invitación de la Biblioteca Vascongada de los Amigos del País para recopilar y sistematizar en estas páginas algunas de las creencias y prácticas curanderiles, para que quede constancia de ellas antes de que el tiempo borre las escasas huellas que hasta nosotros han llegado.



EL CURANDERISMO

Cierto caudal de prácticas empíricas, experiencia de la medicina primitiva, y una profusa variedad de creencias y supersticiones, forman el acervo de la medicina popular. La aplicación de sus remedios requiere determinadas condiciones psicológicas por parte del paciente y también del curandero. Reflexionemos someramente acerca de estos tres elementos: paciente, sanador y prácticas curativas.

En los tiempos que corremos, y para una mente medianamente cultivada al menos, parece evidente que el hecho de que un enfermo —real o ilusorio— confíe en las extravagancias de un curandero, dice muy poco de su capacidad intelectual y es caso privativo de las capas inferiores de la sociedad. Pero tal razonamiento expone a grandes sorpresas.

Téngase en cuenta ante todo, que el prestigio y boga de la medicina popular son producto de otras épocas, en las que, ni los conocimientos científicos ni su difusión, eran los actuales. Siempre ha habido enfermos y los enfermos han deseado curarse. La resignación fatalista ante los fenómenos de la naturaleza no podía hacerse extensiva a los procesos patológicos, si bien, de tan ignota causa como los primeros,

más al alcance de los remedios prodigados por la misma naturaleza. Entonces, como ahora, junto a la ciencia médica, encarnada en hombres dedicados a su estudio y aplicación, florecían otros conocimientos, costumbres y usos de acreditados resultados.

Quien por vocación o intuición aprendió a manejar los medios a su alcance y tuvo fortuna en sus intervenciones, se vió aureolado de un renombre de expansión creciente, que cimentaba ante sus propios ojos y los del prójimo, la estima de sus méritos. Nada importaban la condición social ni las dotes personales del sanador. Nadie paraba mientes en la procedencia de su saber ni en la sensatez de sus técnicas; se admitían sus conocimientos y se buscaba en ellos el remedio ansiado.

Gentes de todas las capas sociales se acercaban al curandero en alivio de sus males, cuando los métodos por él empleados privaban todavía sobre los balbuceos científicos de los soberbios universitarios, henchidos de su sabiduría. Los progresos ulteriores, el avance de la cultura, relegaron paulatinamente a un segundo lugar la nombradía curanderil, superada por la genuina ciencia, acantonándose aquella en la actuación limitada y clandestina que hoy mantiene.

Pero la Medicina ha sido, es y será aún por tiempo indefinido, ciencia de difícil aplicación y resultados aleatorios en numerosas ocasiones. El paciente que ve fracasar una a una las esperanzas puestas en los medicamentos y en los doctores que los aplican, persigue incansable la solución de su mal. Poco se le da de nombres técnicos y de sistematizaciones terapéuticas. Gozaba del tesoro inestimable de la salud, sin percatarse de él hasta su quiebra, y necesita recobrarlo. Ha conocido la limitación de la Medicina y le es menester superarla. La clarividencia y sensatez de juicio, no son patrimonio exclusivo de uno de los estratos sociales, ni están en relación con el ostentoso empaque o la opulencia; sufren, por otro lado, lamentables eclipses, cuando la ansiedad o el desengaño nublan la razón.

Así hoy, todavía, y en determinadas ocasiones, la claudicación de la fe en la ciencia, lleva a experiencias curande-

riles, como la fragilidad de la auténtica Fe trueca la Oración confiada en desvíos supersticiosos o fanáticos.

La aplicación de remedios populares no exige la actuación de individuos especializados en ella. Una parte importante queda reservada a la llamada medicina casera, con prácticas de uso tradicional en las familias, que conservan sus conocimientos de generación en generación. Su campo se limita a métodos curativos empíricos no desprovistos de lógica, y a algunas creencias de valor consagrado: desde el empleo de determinadas cocciones y emplastos, hasta el uso de ciertos preservativos y amuletos.

Mas, lo que caracteriza fundamentalmente las prácticas populares es la intervención del «curandero», comprendiendo este concepto a personas de ambos sexos. El «curanderismo» es reliquia de la más remota antigüedad, que pervive aún en los tiempos presentes. Aunque desprovisto de todo bagaje científico, el curandero, gracias al dominio de determinadas normas curativas, al tinte ocultista o supranatural con que las matiza, a la cultivada sobrevaloración de sus posibilidades, alcanza fama de elaborador de prodigios ante los espíritus simples que ponen en él su ciega confianza. Si el caudal científico del médico se forma de las enseñanzas adquiridas en una escuela, basadas en una experiencia secular y en la investigación, a las que se añade el fruto de sus propias observaciones en una aplicación lógica de sus conocimientos, el saber del curandero, por el contrario, se limita a la puesta en práctica de métodos heredados de un maestro, que se empobrecen en la transmisión, a falta de la fecundadora savia del análisis, y debido a su empírico empleo.

Según su propio temperamento, recoge del maestro ciertas peculiaridades a las cuales se dedica de preferencia. La pretendida especialización le concede un aparente dominio de la materia y un acrecentamiento de prestigio personal.

Misterioso es para muchos mortales el origen de las enfermedades que les aquejan; misterioso, por no encajar en las reglas de una lógica simplista a la que propende nuestro espíritu en los juicios de cualquier orden que se plantea.

Una corriente de aire es causa de la pulmonía, la herida se infecta por la suciedad, la debilidad ocasiona los mayores males, la caída del niño de los brazos que le sostienen ha producido la inmensa mayoría de las desviaciones de la columna vertebral, y así sucesivamente.

Cuando tales efectos no van precedidos de la conocida causa, ésta permanece secreta y es atribuida a los conceptos vulgares dominantes en la época: será la enfermedad castigo de dioses, producto de miasmas, obra de malos espíritus o de condiciones telúricas o siderales. Entran en función conjuros, ensalmos o supersticiones.

El médico primitivo tenía mucho de hechicero, los magos disfrazaban con superchería su escasez de conocimientos; la ciencia fué desplazando la importancia de las aplicaciones mágicas, mas éstas renacen cada vez que equella es incapaz de cumplir su cometido. Añádase que la credibilidad de las gentes es ilimitada, hasta el paradójico extremo de que espíritus fuertes, o que por tales se tienen a causa de su desdén por los dogmas religiosos o científicos, tiemblan ante el maleficio de la sal derramada o de la culebra avistada, y se sienten confiados con la posesión de un amuleto o con el uso y abuso de determinadas fórmulas invocatorias.

La aceptación inconcusa de las virtudes terapéuticas de tal o cual producto o método en Medicina, tiene su equivalente en mayor escala, en la curandería. Este dogmatismo hábilmente cultivado, la caracteriza. El ascendiente del curandero se funda en la infalibilidad de sus métodos, más engañosa cuanto que se aparta de las concepciones terapéuticas admitidas, deslizándose por los terrenos de la superchería. La seriedad y el mutismo de algunos sanadores o, por el contrario, la irrefrenable locuacidad de otros, son armas estudiadamente aplicadas a la misma finalidad. Unas y otras contribuyen a la reputación del individuo. El propio convencimiento hace lo demás.

De nuestras conversaciones con algunos curanderos hemos quedado maravillados de este propio convencimiento de la eficacia de sus métodos. Sin asomo de recato, hablan de sus éxitos como no lo hace médico alguno consciente, y

parangonan, con ventaja para los suyos, los procedimientos que emplean, con los de cualquier renombrado profesional. Su experiencia se cuenta por centenares de casos, si no por millares, y nunca el fracaso ha deslucido los resultados. Creen con fe ciega en el acierto de su ojo clínico, pudiéramos decir, y en la panacea de sus emplastos y bebidas.

Sin embargo, el curandero actual, el de algún renombre al menos, desprecia el valor de las fórmulas mágicas, de los ensalmos y los hechizos. Y es que, entre las gentes que se dedican a estos menesteres, hay dos tipos de fácil diferenciación. Uno, el más conocido y de mayor renombre, reputado por sus prácticas empíricas, sus masajes, emplastos o bebedizos aplicados con apariencias científicas, que le proporcionan saneados ingresos y que ejerce como auténtico profesional del curanderismo en la proximidad de las ciudades o en núcleos de población, manteniendo una especie de consultorio frecuentado por gentes de todo linaje. Al margen de la ley, denunciados con frecuencia por las organizaciones médicas, continúan impasibles con sus métodos al amparo de cierta lenidad y del favor popular que les protege. De este grupo son y han sido los curanderos cuya fama es notoria y cuyo nombre perdura.



El otro lo forman individuos de actuación más recoleta con predominio de prácticas hechiceriles, más o menos calificadas de brujería, limitados al terreno rural en el que viven y desarrollan sus actividades manuales.

El curanderismo es en ellos accidental, de reputación local, y aceptado solamente por espíritus incultos inclinados a la superstición y al ocultismo. Este sí es campo abonado para el empleo de conjuros y encantamientos, riqueza de todos los folklores, de los que encontrará el lector numerosos ejemplos en páginas sucesivas.

A los dos tipos precedentes podemos añadir un tercero, desconocido en el País y que, por razones múltiples, goza de gran predicamento en el extranjero aun en los tiempos

actuales. Es una especie de curandería pseudo-científica que agrupa a quiromantes, magnetizadores, radioestesistas y demás ralea, que con sus conocimientos y poderes misteriosos pretenden diagnosticar y curar a los enfermos. Tal es su auge de hoy en algunos países que, a despecho de iras y denuncias de médicos y Academias, se organizan y tienen incluso sus Congresos, como el recientemente celebrado en Francia. Sus pretensiones colectivas no se limitan al logro del ejercicio «profesional» garantizado y sin trabas, sino incluso a la confección de un estatuto de la que ellos llaman «medicina libre» cuya extensión se define por el principio de que todo enfermo considerado incurable pertenece de hecho a ella. Pero, en realidad, es en el campo de los «curables» donde libran batallas, de repercusión judicial, con la Medicina.

Nada tienen que ver estos modernos curanderos con los que llevan tal nombre en nuestro País, así que no haremos nueva mención de ellos en adelante.



FUENTES DE LA MEDICINA POPULAR

VEAMOS ahora las características más notables de los medios curativos empleados por la medicina popular. Para su mejor comprensión sería pertinente hacer preceder este capítulo de un estudio de la evolución histórica del concepto de enfermedad y del desarrollo de la Medicina. Son temas tratados con profusión antes de ahora y a los ensayos correspondientes remitimos al lector interesado en la cuestión. A nuestra finalidad, es suficiente marcar algunos jalones que ayuden a seguir el rumbo de nuestro pensamiento.

Deliberadamente hemos hecho mención en el primer capítulo, de la idea simplista de enfermedad que domina el panorama de la medicina popular. Distingamos, empero, la opinión del vulgo acerca de sus dolencias.

Un grupo de ellas son producto de agresiones directas al organismo, como por ejemplo las heridas, fracturas, mordeduras de animales o las ocasionadas por el fuego. La causa productora es suficientemente conocida para no ser necesario atribuirla a ocultas influencias que, sin embargo, pueden intervenir en su evolución ulterior.

Otro grupo está constituido por diversos procesos patológicos cuyas manifestaciones están directamente al alcance de los sentidos, aun cuando no se interpretan correctamente.

Entran en él todas las afecciones con una sintomatología aparente, desde los ganglios perceptibles a simple vista o al tacto, hasta la tos, la diarrea o el reumatismo, pasando por todas las enfermedades de la piel.

Es habitual en estos procesos el tomar el efecto por la causa. El pensamiento primitivo de las gentes propende a conceder a las señales externas un valor capital sin importarle averiguar el motivo de su aparición, su etiología, como decimos en Medicina. El síntoma lo es todo; deja de ser signo para convertirse en la genuina enfermedad, y el error trasciende inevitablemente al tratamiento, uniforme, que en todos los casos análogos se establece. Que una diarrea molesta al enfermo, hay que cortarla por el método habitual, haciendo caso omiso de su naturaleza; se perciben ganglios, se toman por una dolencia localizada y el tratamiento que se instituya ha de ser local; el estómago está caído, es menester levantarlo para que el paciente mejore, sin parar mientes en lo absurdo del diagnóstico, como luego veremos, ni en la utópica solución.

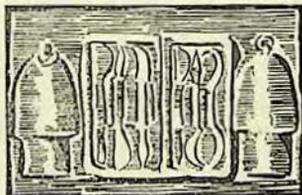
Por último, queda un tercer conjunto de enfermedades en los que no es posible encontrar un origen natural ni puede centrarse el pensamiento, tanto del curandero como de las gentes, en una determinada alteración del organismo. Es el caso del enfermo, niño en general, que sano y robusto hasta cierto día, desmejora alarmantemente sin que presente señal alguna exterior a la que achacar la consunción. El paciente que lucha con un insomnio pertinaz, el que bruscamente cae víctima de impresionantes convulsiones, el niño de detención o habla retrasados y tantos otros más.

Si en los dos grupos primeros se considera la enfermedad como una simple alteración de la salud, de causa natural, en este tercero entran en acción otros factores extraños al organismo, indefinibles e incomprensibles para los desprovistos de conocimientos que les permitan explorar y estudiar al enfermo. Las razones habituales no explican el proceso que, no obstante, tiene una génesis, y ante la limitación del saber popular gana predominio el componente supersticioso, atribuyendo a agentes sobrenaturales el origen de la dolencia; así entran en juego los malos espíritus, las brujas, el ajo y

otras creencias. La víctima del encantamiento tiene que luchar contra el ente que se ha hecho dueño de su organismo, pero es inútil intentar hacerlo con medios naturales no acomodados a la índole de aquél. ¿De qué puede servir la aplicación de remedios, el robustecimiento del paciente, las normas higiénicas o los consejos prudentes, si todos ellos son incapaces de desalojar al maléfico espíritu del cuerpo que domina? La única curación posible está supeditada a su expulsión, y ésta se logrará únicamente por medios prodigiosos.

Aun cuando la precedente clasificación pueda considerarse un tanto artificiosa, por falta de una exacta delimitación entre sus partes, creemos que responde a una realidad confirmada por la experiencia de cada día y en estrecha relación con las prácticas curativas populares al uso. Así, en las manifestaciones del primer grupo tienen su indicación los medios habituales de la que pudiéramos llamar medicina doméstica o casera. Las del segundo son patrimonio de los curanderos en su acepción ordinaria y más conocida de nuestros tiempos. Las del tercero entran en el campo de las prácticas supersticiosas o hechiceriles que van perdiendo predicamento con el retroceso de la incultura. La distinción, empero, no debe tomarse al pie de la letra en su esquematismo, pues unos y otros métodos se mezclan y entrelazan en la práctica curanderil de cada día.

Es que, sus diferentes métodos no son producto de determinadas escuelas, sino fases evolutivas, más bien, de la primitiva medicina. La enfermedad fué considerada castigo de dioses en la remota antigüedad; en el paganismo las prácticas curativas iban dirigidas a aplacarlos, y la medicina adquiría con ello un matiz religioso del que se derivó el mágico que predominó simultáneamente o en épocas posteriores, según las creencias de los pueblos. Con la difusión del cristianismo el componente religioso varió de aspecto y lejos de extinguirse sobrevive todavía en los tiempos modernos. Junto a estas dos tendencias espirituales, hay otra



tercera nacida de los conocimientos y experiencia prácticas de cada día en su aplicación médica. Los tres reinos de la naturaleza han estado al alcance del hombre que, en diverso modo, los ha aplicado, buscando con ellos la curación de sus males y obteniendo apreciables resultados. De su empleo surgieron los primeros balbucesos de la auténtica medicina y su aplicación intuitiva o analógica fué el fundamento de gran número de prácticas empíricas.

Así es, como dice Sigerist, (41, pág. 119) que la medicina primitiva —progenitora de la medicina popular contemporánea— está formada de los tres componentes, el empírico, el mágico y el religioso, que con los progresos de la civilización han ido evolucionando por su propia cuenta, sin llegar a desaparecer. La magia, como estrato inferior, se acantona en mentalidades incultas; la religiosidad se sublima en el cristianismo con los principios de expiación o conformidad, amparándose en la Fe, manteniéndose en las prácticas de culto o deformándose con las supersticiones; el empirismo fecundado por la observación y la experimentación ha creado la base de la medicina científica contemporánea.

De conformidad con la existencia de estas fuentes nutritivas del caudal terapéutico de la medicina popular, es evidente colegir que no todos sus métodos están desprovistos de lógica en la aplicación. La parte que corresponde a la medicina empírica es lo bastante importante para que marque su huella en la utilización oportuna de los medios empleados. Así ¿qué duda cabe que determinados emplastos, lociones o masajes produzcan un beneficioso efecto aun cuando su uso aparezca desfigurado por las maniobras extrañas que les adornan? Con mayor claridad lo veremos al tratar de algunas prácticas en particular, y principalmente en las utilizadas en los dos primeros grupos de enfermedades antes expuestos.

Con el fin de sistematizar en lo posible los métodos empleados por el tipo de medicina que nos ocupa, recopilaremos por capítulos los datos que hemos podido recoger, distinguiendo los correspondientes a los principios empíricos, mágicos y religiosos que presiden su aplicación.

PRACTICAS EMPIRICAS

a) Heridas. Inflamaciones

HABLEMOS en primer lugar de las prácticas curativas de fondo empírico.

Hace tiempo que tenemos el convencimiento de que gran parte de los métodos curanderiles que han gozado de especial predicamento, tienen algún fondo de verdad oculto en la frondosidad de las supercherías sobreañadidas en beneficio del misterio con que el curandero rodea sus actos y con el cual su poder acrece en la consideración de sus pacientes. Supercherías que llegan a desfigurar aquella verdad en manera tal, que es difícil encontrarla. Es, acaso, la insistente búsqueda de este fundamento la que nos ha hecho ahondar y encariñarnos con los problemas de la medicina popular.

Las diversas formas de aplicación del calor, tan beneficioso en tantas y tan variadas afecciones, tienen un objeto definido, importando poco que para su mantenimiento se recurra en los emplastos a los caracoles, al chocolate o a las deyecciones de los animales. El masaje bien dado procurará beneficiosos resultados, vaya o no acompañado de ensalmos

o conjuros. Es práctica frecuente de medicina casera el tratar los molestos y pertinaces zumbidos de oídos, depositando en ellos unas gotas de leche o aceite calientes con la pretensión de saciar el hambre del imaginativo gusano allí alojado. ¡Cuántas veces tales zumbidos tienen por causa la existencia de un compacto tapón de cerumen cuya salida se facilita con el previo reblandecimiento obtenido con el aceite caliente!

En páginas sucesivas encontraremos otros muchos procedimientos en los cuales procuraremos destacar el fundamento puramente empírico al que cabe atribuir su éxito.

Como típico ejemplo de cuanto decimos, analicemos una cura prodigiosa, muy en boga todavía, que en todos sus detalles hemos escuchado de labios no sólo de pacientes que la han experimentado, sino también, con ligeras variantes, de algún conocido curandero que confesaba haber adquirido gran reputación con su empleo.

Uno de los males más tributarios de las prácticas de curandería en nuestro País será sin duda, el de los aires (aizeak) casi indistintamente conocido como «urdaieko», «ixterika» o «aizeak» (del estómago, histérico o aires). Digamos, ante todo, que no alcanzábamos a ver la posible diferencia que existiera entre estos tres términos, hasta que el curandero a quien acabamos de aludir, en tono magistral y sin titubeo alguno, nos dijo que los dos primeros nombres eran sinónimos, vasquizado el segundo, y que el tercero no era sino expresión del trastorno que aquél produce, o sea la retención de aires en el vientre a causa del «urdaieko». Sea o no aceptada por otros esta definición, el trastorno en sí es debido, según parecer general, a que se forma un «kora-piño» (un nudo) en algún punto del tracto digestivo, el cual impide el paso de los aires. El tratamiento consiste en soltar el obstáculo y extraer los gases del vientre. Un masaje intenso con la yema de los pulgares, logra el primer objetivo. Con un emplasto de chocolate se «ablanda el vientre» y movilizan los gases que encontrarán por el ombligo su salida natural. Para favorecerla debe colocarse encima de él, una velita encendida sobre una moneda, cubriendo moneda y vela con un vaso de cristal. La salida de los aires apagará la vela de

dentro del vaso. El método repetido durante unos doce o quince días va seguido de excelentes resultados.

Y no es de extrañar que en algunos casos —muchos si se quiere— así se obtengan.

El fundamento de la cura consiste en el masaje y el calor que mejoran tantas disfunciones gastro-intestinales con o sin el aditamento de medicaciones coadyuvantes. Mucho más limpio que el emplasto de chocolate son la bolsa de agua caliente, la manta eléctrica, o, en último extremo la diatermia o la onda corta; el secreto de la acción del chocolate está en la mayor duración del calor. La extinción de la llama de la vela dentro de la campana neumática rudimentaria que supone el vaso invertido sobre la piel, es un simple experimento de física recreativa ya que la llama se apaga por consunción del oxígeno y no por la imposible salida de gases del vientre a través del ombligo.

El error craso del método asienta en su aplicación general no discriminada y que puede ser de consecuencias funestas cuando la paralización intestinal es defensa de un proceso inflamatorio o consecuencia de una auténtica obstrucción del intestino, invencible por tales medios, y que de seguir aplicándolos terminará en el temido «cólico miserere».

Entre las manifestaciones externas, son las heridas las de presentación más frecuente. El primer problema que plantea la producción de una herida es el de contener la hemorragia. Donde y cuando el agua oxigenada no es de uso corriente, se recurre a procedimientos más primitivos y muchas veces relacionados con el propio oficio: así veremos al zapatero utilizar la pez y al «casero» buscar por los rincones de su establo la tela de araña que, como frágil tejido, servirá de trabécula al coágulo en formación. Por inadecuado que parezca el medio debió de ser habitual, en otras latitudes incluso, a juzgar por el siguiente pasaje del «Sueño de una noche de verano» en el que Shakespeare pone en boca de «Lanzadera» esta frase dirigida a «Telaraña»: «Me alegraré de trabar con vos más íntimo conocimiento, maese Telaraña; y si alguna vez me ocurre cortarme el dedo, me tomaré la libertad de recurrir a vos...» (Acto III. Escena II).

Se ha cohibido la hemorragia, pero hay que procurar que la herida cure bien. Para ello se cubrirá con grasa sin sal, poniéndole encima una hoja de hierba de la Virgen (Ama Birjiñaren belafa) recogida en zarzales vecinos a los riachuelos, o bien una hoja de higuera. Con idéntico objeto conviene alejarse de la presencia del mar, de tan nociva acción sobre las heridas, creencia extendida entre gente de tierra y también entre pescadores. Para evitar su maléfico influjo llevan éstos ajo y sal en el bolsillo, como también en el país vasco-francés en donde no los olvidan incluso para cruzar un puente sobre el río.

A pesar de tan diligentes cuidados, al pasar de los días, la herida va tomando mal aspecto; el médico diría que se ha infectado, pero el vulgo, desconocedor del poder patógeno de los invisibles microbios, sentenciará que se ha «mareado»; la mareadura («mariua») ha ocasionado el pasmo («pasmua») de la herida, contingencia producida por muy diversas causas y en especial por la ya mencionada influencia del mar. Con profunda convicción me contaba hace unos años un anciano asilado el proceso seguido por una herida que se produjo en su oficio de panadero y el eficaz tratamiento con el que logró su curación. Una mañana de domingo, al meter los panes en el horno, se hirió la mano con un hierro. Contenida la hemorragia, se vendó con unas hilas. Salió a la tarde con un amigo y dieron un paseo al sol entre la Avenida y el barrio de Gros, cruzando el Puente de Santa Catalina. Al retirarse al anochecer, advirtió, por unas punzadas en la mano lesionada, que la herida se había «mareado»; y reprochándose al instante la temeridad de sus paseos frente al mar, se dispuso a poner remedio a su mal. Despreciando la recomendación que le hicieran de colocar, simplemente, la mano sobre una cuchara y un tenedor cruzados, prefirió recurrir al «agua de mareaduras» (mario-ura), realizando la técnica siguiente en todos sus detalles: coger un puchero de barro lleno de agua que se pone a hervir con tres hojas de laurel (ereñots) y doce blancas piedrecitas, llamadas piedras de sal (gatz-afi) de las que se recogen en la orilla de los regatos. En ebullición el agua, se vierte en

una cazuela ancha, y en su centro se coloca un puchero invertido, sin dejar salir hojas ni piedras que quedan bajo él; sobre su fondo se ponen una tijera, un cuchillo y un peine cruzados, para sobre ellos mantener durante unos diez minutos el miembro afectado, cubierto con un trapo. Si la herida estuviese «mareada», el puchero se «traga» el agua de la cazuela, y el vaho atrae (tiratu) el «pasma». La operación se repite unos días hasta lograr la curación. La «mario-ura», cuya acción fundamental, como fácilmente se colige ha de equiparse a la del calor húmedo, es infalible... de ser bien empleada, según mi interlocutor.

Este procedimiento, con ligeras variantes, es familiar a los vascos de ambas vertientes del Pirineo, bien añadiendo nueve trocitos de teja como en Goizueta, o poniendo además unos ajos, como al otro lado. Peine, tijera, cuchillo, aguja, instrumentos punzantes, forman el principal componente supersticioso de la cura, y junto a ellos el imprescindible signo de la cruz.

Y volviendo a nuestro tema de las heridas, puede suceder que a pesar de los exquisitos cuidados con que hemos visto tratarlas, continuasen empeorando y llegasen a presentar signos de erisipela (ixipula, disipula). En tal caso, debe recurrirse al cocimiento de la rosa de cien hojas o rosa centifolia (8) que goza también de la propiedad de curar los ojos enfermos (12), o bien ser tratada con el emplasto preparado con un litro de vinagre y un cuarterón de polvo (43).

Pero emplastos y ungüentos merecen los honores de un capítulo especial.



PRACTICAS EMPIRICAS

b) Emplastos

UNGÜENTOS y emplastos ocupan lugar preferente entre los remedios utilizados por los curanderos, y en particular por algunos de ellos, que, por tal razón, son conocidos como «emplasteros». Forman parte también del acervo de los conocimientos curanderiles de las amas de casa, aun cuando, en la actualidad, los vayan olvidando a favor de los específicos de uso corriente; en las poblaciones, al menos.

Aceite, grasas, sal, ajo, y hierbas eran manejados con destreza, y no a ciegas, sino con perfecta discriminación de las especiales virtudes atribuídas, desde remotos tiempos, a cada uno, y a las plantas principalmente. Con éstas, previa selección, se confeccionan los más diversos mejunjes cuya virtud, en la mayoría de los casos, está más relacionada con la forma de su aplicación que con la naturaleza de los ingredientes.

En el capítulo precedente hemos indicado que el poder curativo de la «mario-ura» es atribuído a su capacidad de atraer («tiratu») el «pasma». Pues bien; se preparan en el lado francés cierto número de ungüentos que, en gracia a

similar virtud, reciben la genérica denominación de «tiran-tak» (que atraen) y están constituidos de mezclas de sebo, cera, resina y otros productos (43).

Gran número de hierbas encuentran aplicación en este capítulo de la curandería, como ahora veremos, haciendo caso omiso de momento, a su empleo en infusiones.

Citemos, como las más conocidas: las «pasma-belařak» (hierbas del pasmo) que abarcan varias especies, cuyo solo enunciado vasco, delata su virtud y son empleadas con profusión en toda lesión infectada, así como también la «urtsu-belar» o agrémón. Las hojas de «illar-ondokoa» (Arum-aro) mezcladas con aceite y envueltas en una hoja de berza, hacen madurar un forúnculo si han estado previamente colocadas sobre la brasa del hogar. La «belar-betz» o «us-ostoa» (escrofularia) tiene múltiples aplicaciones en las escrófulas, cortaduras y quemaduras, y, por extensión, en los diviesos e incluso en las afecciones cancerosas (!!!). La «txori-belar» (hierba cana) en panadizos y flemones. La herida mal cerrada, se abrirá para su perfecta curación con un emplasto de «sardin-belar» (botón de oro). Con análogos fines se emplean también «aingeru-belařa», «iñuntsi-belařa» o tamujo, la cebolla caliente, la «suhar-belařa» o valeriana y el «orkats-osto» o madreselva. El eléboro (lipu-belar) en el carbunco, y la quelidonia (zarandona-belar) en las cortaduras. (7-8-12-42 y 43).

En nuestra búsqueda de materiales para esta publicación, hemos tenido ocasión de charlar, entre otros, con un viejo curandero de Pasajes que gozó de fama en los alrededores de nuestra ciudad, quien, sin reparo alguno, nos ha dado una lección acerca del tratamiento de las heridas y la preparación del emplasto, como él le llama, que le proporcionó renombre, si no fortuna, que emolumentos y donativos de la época estaban lejos de parecerse a los que hoy perciben sus cofrades.

Según él, no es cierto que la presencia del mar empeore las heridas, ya que por sí tienden a hacerlo todas ellas. Cuando no es bien cuidada, «se pasma» y en tal caso, nada mejor que su emplasto para curarla en pocos días. Mas a fuer de

sincero, nos confiesa que no es obra de su invención, sino que posee la fórmula de la mejor curandera que ha habido por estos contornos, «Antzilleko Bixenta», la Vicenta del Caserío «Antxille», de Oyarzun, poco ha fallecida.

Nos describe la minuciosa preparación del famoso emplasto, de la siguiente manera: se cortan en trocitos trece especies distintas de hierbas, escogidas en el campo por él mismo y cuyos nombres no conoce, o no quiere que nosotros conozcamos. Las hierbas bien cortadas se mezclan con gran cantidad de ajos; se machacan bien y se presan en un torno para exprimir el jugo que debe recogerse. Se añaden a éste, grasa de gallina y manteca de cerdo, aceite y resina líquida. Se coloca todo en una caldera, a fuego lento, y se agita sin interrupción durante dos horas hasta que adquiera una consistencia siruposa. Obtenido así el unguento se extiende en un trapo de hilo, con preferencia a una gasa, ya que los agujeros de ésta lo alteran, y se coloca sobre la herida, previamente lavada con agua (a partes iguales con Agua Oxigenada en los últimos años); así se hace varios días hasta lograr la curación. Innúmera cantidad de heridas ha curado por este procedimiento al que no se resiste ni el «karmunko» (carbunco) que más de un médico ha querido abrir antes de su intervención. Para curar, nos dice, le basta a él con su emplasto; «el cuchillo, para los cerdos»... añade como colofón.



Conocemos la composición de otro unguento, muy reputado entre pescadores donostiaños para lograr la curación de todo tipo de heridas o rozaduras, estén o no infectadas: se pone media libra de aceite con diez cabezas de ajo, que se retiran al entrar el aceite en ebullición; se añaden a éste seis onzas de cera virgen que se funden en él y unos polvos de minio. El unguento negro resultante, se conserva en latas. Su principal mérito radica probablemente en la impermeabilización procurada por la cera fundida y que aísla la herida del medio exterior; lo mismo que sucede con la pez de los zapateros, antes mencionada.

No nos aparece tan clara la acción de la piel de culebra untada en aceite, empleada en Régil. Por cierto, nos dice Barandiarán (12) que allende la frontera, se emplea la piel de serpiente para facilitar la extracción de una espina clavada, colocándola sobre ella. Lo mismo que se logra poniendo aceite y cubriendo con una venda, o bien untando con «urdemiña» o bilis de cerdo, que ha de ser macho precisamente. La acción de la «zarandona-belaña» o quelidonia, acaso pueda atribuirse al poder astringente de su jugo amarillo.

Gozó de gran predicamento el bálsamo de Malats, con el que el famoso Petrequillo se empeñó en curar la herida que terminó con la vida de Zumalacárregui. Su complicada preparación merece ser citada. En una vasija de vidrio de ancha boca, se colocan, en determinada y bien conocida proporción, flores de romero, manzanilla y cantueso en buena cantidad de aceite y tapado con un paño se abandona el recipiente al sol y al sereno, de mayo a octubre. En agosto se le incorporan frutos y hojas de balsamina, y en septiembre, bálsamo del Perú. Llegado octubre, se cuele todo para dejarlo clarificar por reposo y conservarlo en frascos bien llenos y bien tapados. Se empleaba principalmente por sus propiedades de detener la hemorragia y cicatrizantes.

Azcue publica la fórmula y aplicaciones de un prodigioso bálsamo casero que lo conoció por un oriundo de Ceánuri. La misma extensión de sus indicaciones, como sucede en más de un preparado contemporáneo de resultados publicitarios más efectivos que los terapéuticos, indica a las claras su dudosa eficacia, que acaso no pueda ser negada en alguna circunstancia concreta, dentro de las más lógicas, en que se recomienda. Dice así: «se emplea el bálsamo casero para curar catorce enfermedades. He aquí cómo y con qué cosas se hace este remedio. Azumbre y media de alcohol extraído a maíz y cebada, 150 gramos de «óleos zucotrino», 50 de incienso, 50 de mirra, otros 50 de hierba de prados, 12 de lirio silvestre. Se mezclarán todos, bien desmenuzados, en una gran botella de vino. Junio es buen mes para hacer este remedio. Téngase en la botella agitando a menudo hasta que pase agosto, para dar después como se debe a

cada enfermo». Y relata a continuación el gran número de sus aplicaciones (8-p. 228).

Mientras redactamos estas páginas, hemos visto tratar en caserío vecino a una niña, que se había herido en la cabeza, aplicándole emplasto de caracoles, cuya afanosa recogida contemplamos, creyéndola dedicada a finalidades gastronómicas más provechosas. La herida, como no podía menos, se ha infectado y la niña ha ido a parar a manos de un cirujano.

Emplastos y ungüentos se emplean, en todos los procesos supuratorios, cualquiera que sea su localización. Precisamente, nuestro viejo curandero se jactaba ante mí de haber evitado una trepanación de mastoides a consecuencia de una otitis supurada, que curó en pocas horas gracias a la aplicación de un emplasto hecho con «pasma-belaña», «zain-gofi», ajo, aceite y vino.

Para el «zingirio» o panadizo, citaremos de Azcue (8-p. 256) diversos tratamientos manejados por el pueblo. Influye en ellos el calor, húmedo o seco, en forma de agua hirviendo en la que se mete el dedo enfermo, tres, siete o nueve veces, o bien, cinco, siete o nueve veces, según los lugares; de cebolla calentada y ablandada, pan muy caliente mojado en leche, o bien hiel de cerdo templada; quemando, bajo ceniza, cebolla con un poco aceite; con emplasto de ajo y raíces de lirio, o con otro más consistente compuesto de vino, aceite, manteca, linaza, ajo, cebolla y meollo de cuajo, entre los que se encuentran bien conocidos revulsivos. Si llegase el momento de tener que abrirlo, debe hacerse utilizando una espina de San Juan, o de espino (elofi) que no sea negra.

En ocasiones la acción de los emplastos es ayudada con cauterizaciones. Así en el *carbunco* (garma, lipu) que la gente llama aquí «karmunko», enfermedad cuya frecuencia ha descendido notablemente, solía cauterizarse la pústula con un clavo al rojo y cubrirla después con un emplasto como el preparado con hoja de berza, lechuga, remolacha y nogal, recogido en Ceánuri, en donde, además, administraban al enfermo infusión de manzanilla como única bebida (9-p. 253).

Pero hemos podido comprobar que, en la población

rural, se llama también «karmunko» a cualquiera de las formas del panadizo. En un caserío de Igara (San Sebastián) nos refirieron el siguiente tratamiento, de satisfactorios resultados: se empieza por hacer sobre la lesión tres finas incisiones, para meter el dedo después, y tres veces al día, en una vasija con un vaso de vino y otro de leche, mezclados, que se calientan echando al líquido unas «karaitzak» (fragmentos de piedra caliza) al rojo. Cuando ha terminado la supuración, a fin de evitar o para curar la especie de espolón que suele formarse, se ponen sobre él, tres veces al día, tres gotas cada vez exprimidas de la «esne-belaña» (hierbas de jugo lactescente) y se cubre la lesión con emplasto de caracoles.

Mas tratando de emplastos, no podemos dejar de citar, una de las afecciones en las que más se emplean y que es el «zingiri» o mastitis. Llama la atención, ante todo, la similitud de nombre, recogida por Azcue en su Diccionario, con que en vascuence se designan la mastitis y el panadizo: zingiri o zingirin, se llama a la primera, que define dicho autor como «endurecimiento de la ubre en su base»; zingirio, el segundo, según líneas atrás acabamos de ver. Una denominación casi igual para procesos tan diferentes en su apariencia, es de exactitud más que sospechosa. Patológicamente, sin embargo, ambas manifestaciones tienen un fondo común que es la supuración, a la que siempre abocan, dando salida a un pus espeso, denominado «materija» en lenguaje vulgar que euskeriza el término castellano. Aun cuando «zorne» es la traducción clásica de la palabra pus al vascuence, nos inclinamos a creer que «zingiri» más que término específico del endurecimiento de la base de las ubres, designaría en un tiempo la presencia de una colección de «materija» o pus, o bien el pus mismo. Su parecido con el «zingira-zingiradi» pantano, barrizal, debe despertar la curiosidad de los etimologistas. De otra parte, hemos podido comprobar que análogo nombre se aplica por Goizueta a una inflamación preferentemente localizada en rodillas, codo o muñecas que empieza por un intenso enrojecimiento, seguido de dolores lancinantes de creciente intensidad.

A confirmar nuestra hipótesis viene el dato de que se considere afecto de «zingiri» al semental que expele pus a consecuencia de sus funciones procreadoras. En realidad nos parecen más idóneas de la mastitis las denominaciones «éfoiben, éfoidua, laziertu, a'ai o a'ain» empleadas en diversas zonas del país.

Pues bien; el zingiri, en su acepción de mastitis o inflamación de la mama, es tributaria de los tres tipos de arte curandera que estudiamos. Afección frecuente y dolorosa, rebelde a los tratamientos simples, es natural que haya sido atacado por todos los medios al alcance de la medicina popular.



Aparte de las fórmulas mágicas y amuletos utilizados contra ella, y que nos ocuparán en el capítulo correspondiente, mencionaremos ahora que de los remedios caseros, son los emplastos, los más variados, los que procuran mayor alivio. Y de entre ellos, ninguno más eficaz para el curandero pasaitaía antes mencionado que el de su propia preparación.

Curiosa es, en extremo, la naturaleza del proceso según su creencia, y digna de ser expuesta. El «zingiri» se reduce pura y simplemente a la retención de la sangre en un punto, con el acúmulo local de las substancias nocivas que normalmente transporta. Pero si nosotros, como médicos, creíamos que la reiterada aparición de focos supuratorios en la mastitis se debía al insuficiente vaciamiento del foco principal, escuchamos esta otra opinión, ingeniosa a decir verdad: la mama tiene ocho venas principales, aparte de innúmeras secundarias, y al detenerse la sangre, las ocho quedan obturadas, por lo que es imposible que el proceso cure sin que se hayan abierto otras tantas bocas por las cuales se eliminen los productos retenidos...

PRACTICAS EMPIRICAS

c) Afecciones de la Piel

COMENCEMOS este capítulo por la consideración de una serie de manifestaciones externas bien conocidas y localizadas en la piel.

Los comedones (zuldañ), o pequeñas retenciones de las glándulas sebáceas, con singular atracción para las uñas femeninas que saben extraerlos por simple expresión entre ellas, tienen también su remedio popular que consiste en frotar la piel vecina con un trozo de corteza de sauco previamente mojada en orina de un muchacho, o tomando la orina como bebida (8-p. 265). Digamos de pasada que la acepción de zuldañ-antrax, citada por Azcue, debe de ser menos corriente pues la habitual es la de zuldañ-comedón o espinilla, de la que acabamos de tratar.

La utilización de la orina en manifestaciones cutáneas es muy extendida y de práctica corriente en algunas, como en las irritaciones (egosia) o las manos «agrietadas» (zarta-tuak), con la particularidad de que los partidarios del método suelen quedar muy satisfechos de los resultados. ¿Se habrán basado en esta experiencia los autores alemanes que

durante la pasada guerra han recomendado los polvos o las soluciones concentradas de urea — principal componente de la orina— en el tratamiento de las heridas?

La *sarna* (atza) y la *tiña* (ezkabia) son afecciones de aparición frecuente. La primera, difícil de curar de no recurrir a medicamentos idóneos hoy bien conocidos, es natural que cayera en el campo de los remedios de tipo mágico. Pero también se emplean en ella algunos métodos locales de base empírica, cuya finalidad se acerca a la de los modernos, que descubren los típicos surcos en que anidan los parásitos productores, utilizando incluso el mismo medicamento, o sea el azufre. Así en Arratia aconsejan lavarse dos veces al día con agua de azufre y ortigas que, dicen, cura para el tercer día. En Ceánuri se machaca la raíz del colchico, llamado por algunos «azbedaña» (hierba de la sarna), se echa a un montón de sal y se mezcla con orina para frotar con todo ello la piel al acostarse (8-p. 224). O también, con una mezcla de manteca y azufre, para permanecer después cierto tiempo, junto al fuego. Nos parece que tales procedimientos tienen más probabilidades de éxito que la ingestión de una taza de caldo de culebra cocida (Lezama) (25-p. 64).

Copiemos, por último la siguiente cita tomada de Thalamás: «Duvoisin en el relato de una excursión que hizo el 11 de Octubre de 1852 a Nuestra Señora de Aránzazu, de Ainhoa, habla de la costumbre, entonces muy general, de usar contra la sarna una planta acuática llamada pingüicola grandiflora».

El tratamiento de la sarna dió, en tiempos, gran reputación al curandero «Añiantxo» del caserío «Zabaleta» de Legazpia, ya fallecido, quien frotaba las lesiones con cáscara de huevo pulverizada.

En cuanto a la tiña, no deja de ser curiosa su vulgar denominación vasca de «ezkabia», procedente del vocablo latino «scabies», que significa la sarna. En éste, como en otros casos, la confusión de nombres deberá ser atribuída, sin duda, a la indiscriminación por el pueblo, de procesos de parecido aspecto.

Suele tratarse la tiña untando con pez la parte afecta,

y así, un abuelo de la Misericordia donostiaña nos aseguraba que el mejor procedimiento consistía en cubrir bien la cabeza con pez y tenerla durante quince días envuelta con una «amantaña» (grueso tejido, sustitutivo del calcetín, de nuestros aldeanos). La eficacia del método estriba en su acción puramente irritativa.

De equívoca nosología es la afección cutánea designada como «legena», traducida por Azcue en «albarazo», nombre árabe de la lepra de los griegos o tuberculosa, basado principalmente en textos referentes a la lepra bíblica, aunque nada tiene que ver con la susodicha lepra. La clasificación de la «legena» en «legenañ» y «legeneme» (macho y hembra) o sus correspondientes «legen-beltz» y «legen-zuri» (negro y blanco) supone quizá una diferenciación etiológica que nos es desconocida. Más aceptable, nos parece la interpretación dada por Gárate (18) como recogida en Vergara, que puede extenderse a gran parte de Guipúzcoa, según la cual «legen» que es en realidad un eczema seborreico, e «ixipula», son denominaciones aplicadas por el pueblo a todas las afecciones de la piel según sean secas o húmedas, principalmente en lo que concierne a la primera.

Como remedios para la «legena» se han aplicado, el rasgarla con una teja (Ceánuri), frotarla con el jugo amarillo de la «legen-belañ» (Amorebieta) (8-p. 251), con el de la raíz del «txorimats» (uva silvestre) que la cura con dos o tres aplicaciones (Cerain) y también con ajos (Olaeta).

Otra manifestación seborreica es la *caspá* (aíosa). El número de modernos específicos aconsejados en esta rebelde afección, corre parejas solamente con el de los fracasos que proporcionan. Nada de particular pues, que entre de lleno en el terreno de la medicina popular, pero en su variante mágica principalmente, ya que los métodos empíricos dan resultados comparables a los de la medicina científica.

De tipo mágico son también las mil y una maneras de tratar las *verrugas* (garitxak), de las que se habla en el correspondiente capítulo.

Dicen en el país vasco-francés que el *herpes* se cura tocándolo con la saliva de ayunas, mientras en Arratia lo tra-

tan más «científicamente» haciendo beber al día dos vasos de agua sulfurosa, o también añadiendo al agua de la fuente trescientos gramos de miel blanca y setenta y cinco de bardana, para tomar mañana y noche una cucharada de tal poción (8-p. 227). La bardana forma parte de muchos preparados reputados como depurativos.

Sobre las lesiones mutilantes del *lupus tuberculoso*, generalmente confundido por las gentes con el cáncer, ha sido remedio utilizado aún en nuestros días, el colocar a diario carne fresca «para que el bicho tenga donde comer» y no ataque al organismo. Mas cuide el enfermo de retirar la carne por sí mismo, pues si otro lo hiciera, se vería contagiado por el mal.

Contra los *sabañones*, cuyo tratamiento médico irrefutable no ha sido logrado todavía, creen en algunos pueblos de Vizcaya que es buena el agua de cocer castañas, o el calentar al fuego una tenaza y frotar con ella por tres veces el sabañón que, como se sabe ocasionado por el frío, se procura curarlo por el calor.

No podían por menos de tener su tratamiento especial las *quemaduras*. Se ha recurrido a cubrirlas de tinta, con iguales resultados que cuando médicamente se teñían con ácido pícrico, cuyo ostentoso color amarillo delataba a distancia el percance sufrido. Con métodos menos higiénico, pero tan reputados como el anterior, se suelen proteger con estiércol que mantiene la humedad de la herida y calma el dolor. Se utilizan también substancias grasas que persiguen la misma finalidad, como son un unguento de cal y aceite (el oleo-calcáreo de la terapéutica) o una mezcla de sal, vinagre y petróleo extendidos con una pluma de gallina. Por último se busca así mismo la acción beneficiosa del propio fuego aproximado a él lo más posible la región quemada (12).

VI

PRACTICAS EMPIRICAS

d) Organos de los sentidos

DEDICAMOS este breve capítulo a los remedios aplicados a los órganos de los sentidos.

Oído

Empezando por éste, recordemos la costumbre, antes mencionada, de echar en él unas gotas de aceite para que no moleste su zumbido. Conocida la virtud del aceite se comprenden los ritos con que se trata de reforzarla, y así se conduce a los enfermos a la ermita de San Gregorio de Albistur para que froten los oídos con el aceite de su lámpara, o se lleva el aceite en una vinajera para cambiarlo con el de la ermita de San Cristóbal de las Cruces de Aranguio, con el cual se harán las frotaciones por nueve días. Derivada de esta devoción es la de meter en el oído unas gotas de agua bendita, que alimenten al gusano (Mundaka). (7-p. 78).

La beneficiosa influencia del calor es pretendida con el vaho del cocimiento de las «belañi-bedaña» (jubarba, alcachofa salvaje que abunda en los tejados) (Ceánuri) o de

leche hervida con una piedra caliza al rojo (id.) o la instilación de unas gotas de leche materna, costumbre corriente en todo el País Vasco.

Para evitar la infección de la oreja al poner los primeros pendientes a las niñas, es costumbre (Ceánuri) mojar antes el lóbulo con saliva de ayunas; saliva cuyas múltiples virtudes recordaremos después.

Si en el oído entran unas gotas de agua, se suele hacerla salir metiendo en el conducto una piedrecita y golpeando con otra desde fuera.

Ojo

De las afecciones oculares es el *orzuelo* una de las más aparatosas y frecuentes. Ya sea que haya brotado a causa de alguna mentirijilla, según todos hemos podido escuchar en nuestra infancia; ya por avaricia (Vizcaya); porque una mujer ha tenido la discutible fortuna de que un viudo haya pensado llevarla a los altares (Baja Navarra); o que sea achacable a pensamientos o sueños en relación con el nacimiento de un niño, según modernísima interpretación psico-somática, tan aceptable como las anteriores, sin duda. Las molestias que ocasiona justifican los simples remedios que, aun con criterios contrapuestos se usan, ya que si para algunos es beneficioso el frío de una llave, o del anillo de casada o de viuda, nueve veces aplicado, o bien la savia de una rama de vid, recogida en un vaso, para otros es preferible el calor de un huevo de gallina recién puesto, que conserva la vista, por añadidura; la leche de la madre directamente proyectada por el pecho, o el mantener toda la noche sobre el ojo la media, vuelta del revés, que se ha quitado al acostarse, la cual alivia el dolor.

En cuanto a otras afecciones, en Liguinaga (12) curan los ojos enfermos con cocimientos de la rosa centifolia. Por aquí es frecuente tratarlos con infusiones de manzanilla y con agua de mar. Y es raro que las cocineras aguanten el lagrimeo que les provoca el picar cebolla cuando tan fácilmente podrían evitarlo con poner entre los dientes un trozo

de su corteza (43). Anotemos finalmente la curiosa interpretación que dan en el mismo Liguinaga al *estrabismo* (*begiokeñ*) que suele achacarse al hábito adquirido por el niño de mirar de soslayo desde su cuna las ventanas abiertas (12).

Nariz y garganta

Para cohibir las *epistaxis* o hemorragias nasales, se recurre, aun hoy, a la beneficiosa acción refleja del frío aplicado a la nuca, colocando sobre ella una llave o mojándola con agua fresca.

Se cura el mal de *garganta* haciendo gargarismos con infusión de hojas de zarza (*lahañ-ostoak*), o aplicando al cuello durante la noche, la media del lado izquierdo (*Soule*), beneficiosa también en la *ronquera*.

Para las *anginas* es también de gran eficacia esta misma media, poniéndole dentro salvado asado; o bien un emplasto preparado cociendo nido de golondrinas en aceite (*íd.*).

Medios utilizados en Ceánuri, que, como los anteriores, han sido recogidos por Azcue (8-p. 254) son, el cocimiento de hierbas de pastizal (*laña-belaña*), el agua de limón endulzada con azúcar, o cebada; y el beber cuatro tazas de agua de ortigas y hacer gárgaras después con agua de malvavisco, miel y vinagre. En Amézqueta recomendaban dar de comer piel de culebra bien desmenuzada y mezclada con salvado.

Saliva

La leche materna, la saliva, las deyecciones tanto humanas como de animales, se las considera desde el punto de vista de la medicina popular, dotadas de prodigiosas virtudes y son, por tanto, utilizadas en amplia escala.

Refiriéndonos ahora a la saliva será curioso empezar por hacer constar que la del sujeto en ayunas es aun más eficaz, a juzgar por el cuidado con que, en ocasiones, es prescrita.

Como ya hemos visto, se recomienda la saliva, en el herpes y antes de perforar la oreja de las niñas. Se emplea

también para curar los ojos de los niños o de los mayores que tienen legañas, y para frotar las crecederas.

Otras aplicaciones, ignoradas por nosotros, tendrá también la saliva, acerca de la cual queremos recoger esta curiosa nota del folklore médico del país vasco-francés en donde cuando un niño recibe algún golpe, se le frota la región vulnerada con saliva, mientras se canta: «Chenda, chenda, miriku-Oilo K.K. chiriku (bis)». (Cura, cura, médico la c... del pollo, deyección) (43-p. 62).



PRACTICAS EMPIRICAS

e) Aparato digestivo

PASEMOS ahora a recorrer el campo de la medicina interna. En él suele el pueblo clasificar las afecciones por el síntoma dominante, salvo algunos casos en los cuales se atribuyen a un determinado órgano y llevan el nombre de éste. De acuerdo con tal tendencia, rara vez los remedios que emplea son de tipo específico para cada mal, y adolecen del defecto primordial de la generalización de las prácticas empíricas que han demostrado su eficacia en determinados casos sin parar mientes en las diversas causas que han podido ocasionarlos. Así lo que es ventajoso en unos, puede ser contraproducente en otros.

Los principios simplistas que dominan el tratamiento de estas enfermedades —reales o imaginarias en su genuina existencia— no siempre están desprovistos de lógica y cabe esperar que produzcan alguna beneficiosa influencia, pero, como hemos dicho antes de ahora, su fundamento aparece deformado y aun ocupa un segundo término en el complejo aparato de prácticas supersticiosas sobreañadidas, que a su vez llenan una inadvertida finalidad psicoterápica.

Aires

Típico ejemplo de cuanto decimos es la particular e historiadada cura de los «aires» que hemos relatado en el Capítulo III.

Pero, ¿es una realidad clínica este cuadro de «los aires»? En medicina popular es el socorrido cajón de sastre que engloba casi todas las vagas molestias de vientre. No coincide, por tanto, con el reducido número de casos en los cuales cabe atribuir alguna importancia al acúmulo de gases en distintos tramos del tubo digestivo; más aun, creemos que tiene escasa relación con él.

La importancia concedida al aire, o a los aires, por el vulgo puede estimarse por la diversidad de procesos que se les atribuyen. Una molestia persistente en cintura es un «aire», como lo es el lumbago, la ciática o la tortícolis. «Aize-txaí bat» (un mal aire) es una parálisis facial. «Aize-estul» es la tos nerviosa y «aize-punta» el dolor de costado. Se trata, pues, más bien, de un concepto etiológico, y su corolario terapéutico es la aplicación de calor.

En las afecciones digestivas, los aires que normalmente circulan a lo largo de las vísceras, se detienen por algún motivo y éste para el curandero, siempre es el mismo: el anudamiento de una porción cualquiera del tracto, el «ko-rapillo» (nudo).

Numerosas son las dispepsias de vaga sintomatología y de difícil tratamiento que vemos en las Consultas; a nuestro modo de ver, todas son incluídas en el cuadro. La preferencia con que las padecen las personas de tipo asténico, de musculatura flácida y del sexo femenino, coincide con la apreciación de los curanderos en cuanto a la mayor frecuencia de su aparición, en personas de estas características. Pero dilatando más y más los límites de la dolencia, llegan a incluir en ella hasta los procesos de auténtica obstrucción intestinal y las parálisis intestinales, respuesta defensiva del organismo en ocasiones ante una inflamación y que, por tanto, debe respetarse para lograr la curación. Por esto no es

infrecuente encontrar en la práctica enfermos con un proceso tumoral o padeciendo una peritonitis, en los cuales el curandero ha probado inútil o perjudicialmente para el sujeto, sus escasos conocimientos empíricos.

Es curioso que el término «urdalleko» de tan corriente uso en el pueblo, haya quedado limitado a la designación de estos cuadros indefinidos de «los aires» y que, al referirse al estómago mismo —«urdail»— se haya abandonado el vocablo idóneo en favor del castellano vasquizado: «estomagoa, estomaka» y otras variantes. Según esto, es posible que la primitiva acepción del «urdalleko» fuese la matriz, que consta en el Diccionario de Azcue en cuarto lugar, y fuera efectivamente la traducción del histérico, (de histerus= útero, matriz) siendo atribuído, como era frecuente, a las «emanaciones» de este órgano el difuso malestar que afectaba de preferencia a cierto tipo de mujeres, terreno más propicio por su inestabilidad nervioso-afectiva. Por generalización se extendería después el concepto al sexo masculino.

Es el hecho que con el vocablo «urdalleko» no se denomina en la actualidad ningún trastorno de origen puramente gástrico ni uterino, sino general de abdomen, y más bien de localización intestinal.

Tal dolencia, dicen, puede ser producida por dos causas que entrañan perspectivas dispares: por cansancio, en cuyo caso el pronóstico es benigno; o por un susto, lo que supone una más difícil curación. El tratamiento en ambas circunstancias es el mismo antes descrito, con ligeras variantes de uno a otro curandero: un buen masaje, precedido o no de la localización del «korapillo» o nudo, para lo cual exploran el vientre cuidadosamente con el pulpejo de los pulgares, hasta encontrar el punto de máxima sensibilidad, que denuncia su situación.

Este punto se convierte en el centro de la superficie de amasamiento que debe dirigirse de la «boca del estómago» para abajo, paralelamente al reborde de las costillas, sirviéndose generalmente de aceite con manzanilla.

Para el curandero de Pasajes antes mencionado la provocación del dolor exquisitamente localizada a un punto, y

más en persona desmejorada, tiene muy otra significación, pues es signo evidente de la existencia de un cáncer (min-bizi), que contraindica el masaje por ser perjudicial.

Una vez terminado el masaje y extinguida la llama de la vela por la «salida de los aires», según tiene ya noticia el lector, este curandero suele atar a la cintura un pañuelo que,



mojado en ron y sujeto con un tenedor, debe ser previa y repetidamente flameado, sin que se queme. Cubre el pañuelo con una bayeta o franela, sujeta el vientre con un vendaje fuerte, y administra al enfermo una taza

de manzanilla con azúcar y una copa de ron. Una hora después debe éste tomar en casa una buena comida. Los alimentos más indicados son el pan blanco, hermosa chuleta asada y vino añejo, siendo proscritos alubias, habas, derivados del cerdo, sidra y «pitaña».

Nos decía que, bien realizada esta cura, se obtienen magníficos resultados en doce a quince días, aunque en ocasiones se requieran más. Que las mujeres curan mejor que los hombres, a condición de que puedan guardar reposo, lo que no es fácil; y que mientras padezcan el «urdalleko» es punto menos que imposible el que queden embarazadas, dificultad que se trueca en facilidad una vez lograda la curación.

Como remedio complementario de la extracción de los aires, ya indicada, hemos recogido la aplicación de un emplasto de chocolate y anís que nos aseguraban se utilizan como alimentos que introduciéndose por los poros abiertos por los aires a su salida, fortalecen el interior. En Alza, al efecto empírico de un emplasto preparado con «ama birjiñ» y «pasma belaña», «menda beltza» (menta), ajos, jabón, vino y harina, suman la virtud mágica de un ensalmo que dice: «Ama Birjiñarenak dira, ta Berak kenduko dizu».

Como hemos indicado, dentro de las normas generales, varían los detalles de uno a otro curandero, y así Azcue (8-p. 255) recogió la siguiente fórmula de otro emplasto be-

neficioso cuando el vientre está endurecido: se cuecen berros en agua y quitada ésta se fríen en manteca para luego colocarlos sobre el vientre envueltos en un trapo.

Por último, mencionemos la extravagante maniobra de un curandero guipuzcoano que pretendía que el enfermo expulsase sus aires por la boca, soplándole en el ano y con masajes en el vientre, de abajo a arriba.

Empacho

Hace unos cuarenta años, era famoso en estos contornos cierto curandero, por su original tratamiento de los «empachos». Por fidedignas noticias que hemos podido obtener de sus teorías y tratamiento del «urdalleko», sabemos que también para él era atribuible a las dos causas antes mencionadas: al susto o al cansancio. El paciente sentía como un estorbo en la boca del estómago y, en breve plazo, perdía el apetito, el sueño y el humor, su color palidecía y menguaba el peso; todo ello era causado por cierta obstrucción del intestino que el curandero pretendía localizar tocando todo el vientre con la punta de los dedos, hasta encontrar una zona de dolorimiento mayor. Alrededor de ella practicaba el masaje, y recomendaba tomar en ayunas una bebida preparada con tallos de ruda (bozkoitz) cortados, que se dejan de noche al sereno en una copa de anís. El poder carminativo del anís ha tenido siempre gran reputación entre las gentes de nuestra tierra.

Mas lo que proporcionó más fama a este curandero, del barrio de Loyola (San Sebastián), fué su especialísima técnica de desobstrucción que muchas veces la había experimentado en sí mismo y en su hijo, según propia confesión en el proceso que se le incoó. Por cuanto que el empacho suponía una detención de los alimentos en el tubo digestivo, nada mejor para curarlo que el empujarlos hacia abajo, y para esto, hacer tragar al paciente un par de balas de fusil. Recomendaba que fueran redondas, del calibre 16 y, marcándolas previamente, había observado que con gran fre-

cuencia, la ingerida en segundo lugar, encontrando el paso más franco al parecer, salía antes que la primera.

El procedimiento que le prodigó tantos éxitos, le ocasionó también un serio disgusto poco antes de su trágica muerte. Es el caso que, desconociendo el que un enfermo que confió en su tratamiento padeciera un cáncer de esófago, después de unos días de masaje, le dió las famosas balas que se detuvieron sobre la estrechez y obstruyeron totalmente el conducto, impidiéndole toda ingestión.

Se recurrió a los servicios de un cirujano que no pudo extraerlas y días después el enfermo falleció, siguiendo el curso normal de su enfermedad agravado por este incidente. Denunciado el curandero, dió con sus huesos en la cárcel, aunque para salir absuelto poco después.

No deja de ser curiosa la interpretación de este caso dada a nosotros por otro curandero, para el cual la culpa fué del enfermo que en lugar de tragar balas redondas ingirió dos alargadas de mausser que formaron una cruz en el interior del organismo...

Este mismo curandero nos explicó su método de curar los empachos, a los que llama «libraziorik eza» (ausencia de desocupación). El mejor remedio es la lavativa de agua sola, y en cantidad de dos litros, que aun a pesar de no haberla él podido medir, es, a su saber, la capacidad del intestino. Al tomarla, éste «se abre», y sale todo el contenido retenido «como una riada».

Quizá se tratara del agua de hierbas de pastizal (laña-belaña), que cita Azcue, el que empleaba la antes citada Antxilleko Vixenta, cuyo secreto lamentaba nuestro curandero no haber logrado descubrir, admirado de la virtud curativa de tales hierbas, conservadas en una botella con agua, que había de ser tomada en dos veces. La «laña-belaña» se emplea para «suavizar el estómago» (estamangua bigunduteko), expresión referida vulgarmente a la acción laxante, aunque en ésta, no tenga participación directa aquella viscera.

Diarrea

Proceso opuesto al del estreñimiento, calificado también como sequedad del intestino, es la diarrea. Buen remedio de ella, al decir de las gentes de Olaeta es el vino blanco con clara de huevo, o el agua de arroz administrando luego una irrigación con agua de salvado de simientes de lino, malvas y hojas de maíz (Ceánuri) (8-p. 232).

Ano

Las almorranas son bien frecuentes y en su aparición es atribuida empírica importancia al haberse sentado sobre una losa fría. Para curarlas recomendaban en Ceánuri el siguiente y completo tratamiento: beber agua fría, aplicar emplastos de linaza, malvavisco y adormideras, vahos de agua de cardencha (kardulatz) y lavativas de agua templada (8-p. 259).

La expresión «txuringa» o «zuringa» corresponde al esfínter de ano pero el «txuringa atera» (salida) creemos más bien que se refiere a los prolapsos de ano o rectales. Se recomienda en Andoain como remedio, llevar al niño a la parroquia de Anoeta en donde se ofrece una gallina que ha de ser blanca precisamente, por afinidad con el nombre del proceso.

Estómago

Mas, apenas hemos hecho mención hasta el presente de las molestias de origen puramente gástrico, entre las que ocupan el primer lugar en frecuencia los ardores. En euskera recibe el extraño nombre de «biotzeñe» o sus variantes, cuya traducción literal es quemazón de corazón, y designación análoga a la «heart burn» de los ingleses. ¿Qué pudo inducir a nuestros antepasados a designar con este apelativo un síntoma que nada tiene que ver con la víscera cardíaca? No lo sabemos, pero quizá provenga de una errónea idea de la localización del corazón, por la misma razón que los alema-

nes llaman «herzgrube» o hueco del corazón, a lo que en lenguaje vulgar conocemos en castellano como «boca del estómago».

Y ya que hablamos del corazón, hagamos alusión, de pasada, a la supuesta etimología de su vocablo vasco que el eminente maestro doctor Madinaveitia tanto gustaba destacar como prueba del espíritu de observación del pueblo. El término «biotz» derivaría de «bi-ots», dos ruidos o dos sonidos, que son los que efectivamente se perciben en cada contracción del corazón y que corresponden al sístole y diástole cardíacos. Sin que podamos aceptar tal interpretación, digamos con el proverbio bien conocido que «se non é vero, é ben trovato».

Volviendo a los ardores o «biotzeñe», la eficaz propiedad neutralizadora del bicarbonato es tan conocida, que prácticamente ha desbancado a todo otro remedio, pero recordemos que con igual finalidad se empleaban en Vizcaya el azúcar o las raíces de ruibarbo —de propiedades laxantes— que, desmenuzadas, se ponían con agua en una botella que se mantiene unos días bien cerrada, para beber medio vaso por tres veces (8-p. 232). Para otros males de estómago, el mismo autor escuchó en Ceánuri que era bueno el tomar un vaso de agua recién sacada de la fuente, a la mañana en ayunas y antes de acostarse, tomando además en el día tres vasos de agua de raíz de trébol. Y para las náuseas, la infusión de manzanilla con unas gotas de licor, anisado seguramente.

No podremos silenciar el capítulo más conocido de la patología gástrica que es el del supuesto «estómago caído». Y decimos supuesto porque si bien el término es también empleado por más de un médico, tal caída del estómago no se da jamás en la patología, en la que sí puede encontrarse más o menos bajo el fondo de la viscera, por ser ésta más o menos larga.

El estómago «caído» es afección favorita para las actividades de los curanderos que dicen corregirlo a fuerza de emplastos y fuertes masajes que lograrían «subirlo» a su sitio. Entre los curanderos contemporáneos hay uno cuyo

prestigio se cimienta principalmente en esta cura, en la cual pone en práctica, además, los recursos de su atlética constitución, forzando en violentas flexiones y extensiones la columna vertebral del paciente contra la que apoya su propia rodilla, para terminar fajando el vientre con inusitada presión.

Una curiosa interpretación popular de la angustia, disgusto o malestar, que va desde la simple desazón hasta los trastornos digestivos más variados, es el conocido «bañenak buelta eman» (volverse el interior) ocasionado en general por una noticia o sorpresa desagradable. El enfermo explica su impresión subjetiva diciendo que se le ha puesto en el estómago un tope (topua) que impide el curso normal de la digestión, siendo de peores consecuencias si aconteciera encontrarse con el estómago vacío, al no poder sentir el alivio que supone el librarse de su contenido.



Cólicos

Los dolores de vientre, los de tipo cólico al parecer, que responden bien al masaje, son también tributarios del cocimiento de manzanilla con aguardiente, en las mujeres; de cocimiento de acción más energética... en los hombres, como es el de excremento de gallina, en bebida. Suponemos que su acción será similar a la de la ingestión de la propia orina o de la de niño, que también se emplea (8-p. 255).

Parásitos

Pero los dolores o molestias pueden ser debidos o lombrices (txitxareak). El uso, corriente, de las pepitas de calabaza se mantiene dentro de la práctica médica. Se utilizan con igual objeto el agua de pericarpios de nuez, metidos en una botella estando aún verdes, las ciruelas en licores, o el

cocimiento de unas hierbas, llamadas, por el destino que se las da, «bizio-bedañak» (hierbas de lombrices). El saber popular da gran crédito también a las «sardiñ-zañak» o arenques curados, que efectivamente, prestan una acción eficaz coadyuvante de los vermífugos.

Otro afamado curandero de nuestros días suele recoger por sí mismo las hojas de nogal cuya infusión administra a los niños que padecen tales parásitos. Quien nos confiaba la noticia añadió la observación de que jamás se ven lombrices de tierra al pie de los nogales (1).

Y, aunque de superstición se trate, citaremos también la pretendida acción de una ristra de ajos colgada del cuello del niño contra sus «txitxares» (43-p. 58).

Si se trata de exterminar los rebeldes oxiuros, esas lombrices pequeñitas y blancas tan molestas y frecuentes sobre todo en los chiquillos, es al parecer buen remedio el ponerle un pequeño enema con una cucharadita de hollín en un vaso de agua.

Costumbre frecuente de personas histéricas, cuya imaginativa interpretación de los síntomas maravilla, es el atribuir sus vagas molestias abdominales a la presencia de algún bicho (sugea: culebra) cuyos picotazos pretenden percibir. La forma de evitarlos consiste en saciar la voracidad del huésped ingiriendo comidas que la calmen.

Bazo-Higado

¿Quién, de chico, dando una carrera después de comer, no ha tenido que pararse en seco atenazado por un vivo dolor, fijo, en un costado y de preferencia el derecho? Atacado por la «barea» (limaco), se ha de detener y agacharse para

(1) En el tiempo transcurrido entre la redacción de este libro y su publicación, ha fallecido el curandero al que se refieren las líneas precedentes y que de forma innominada es citado en diferentes pasajes de la obra. Su fama, unida al sobrenombre de «Doctor Zikiñ», ha sido muy extendida en los últimos años, no sólo en Rentería, donde trabajaba, sino en Guipúzcoa entera. Prueba evidente de su notoriedad «profesional» y de la impunidad que protege esta fraudulenta actuación ha sido su esquila mortuoria, en la que, y por primera vez, hemos visto publicado su nombre acompañado del título de «Curandero».

coger una piedra del suelo, erguirse, mojarla de saliba y volver a colocarla en su sitio. La «barea» ha desaparecido y se puede correr de nuevo. La distensión de la cápsula del hígado, ingurgitado durante la digestión, provoca este dolor, vivo como una lanzada, lo mismo que puede suceder en el otro lado con el bazo; la presión que el agacharse produce en la víscera, ocasiona una ligera deplección que hace cesar el dolor.

La doble significación del término «barea» limaco y bazo, ha producido sin duda la sinonimia del concepto, atribuido en su origen al bazo como víscera productora de la dolencia. Los remedios que se le aplican en diferentes lugares son derivados del instintivo parón y flexión de cintura que hemos referido, asegurándose mejor su efecto al tener que coger tres piedras en lugar de una o manteniendo más tiempo el encorvamiento del cuerpo.

La congestión por otras causas puede ser más pertinaz y duradera, y entonces responde mejor al calor, aun cuando no se emplee el emplasto preparado con boñiga de vaca. Para otros dolores de hígado se recomienda el suero de la leche cuajada (8-p. 244).

Síntoma llamativo de las enfermedades hepáticas es la ictericia (miñ-oría) que, en sus formas benignas, las más frecuentes, tiende naturalmente a la curación, aún sin recursos terapéuticos. Estos casos son campo fecundo de aplicaciones curanderiles, cuya finalidad parece dirigida a la destrucción de la pretendida tela que obstruye el paso normal de la bilis. Para ello nada mejor ha encontrado el vulgo sino el nauseabundo piojo que debe ser administrado, sin conocimiento del paciente, en el chocolate, en el vino o licor, en sopa, o con la infusión de barbas de maíz que se le administren. Un anciano irunés asilado, que había experimentado el método, nos explicó que en el estómago se forma una tela que no deja pasar la bilis, por lo cual el excremento sale blanco. De nada sirve, me decía, el hacer tragar piojos muertos y pulverizados (como Unamuno refirió a Gárate-RIEV 1929) pues son los vivos los que pueden romper la tela responsable. A mi interlocutor se los dieron «endulzados» en una tarta... y curó.

La verberana desmenuzada y tenida en una botella con vino blanco, produce una pócima que, tomada tres veces al día, a vasitos, cura la ictericia (8-p. 250), de la misma manera que la leche de burra (43-p. 61). Para los donostiarras gozaba de virtudes curativas en este mal, el agua de la Fuente de la Salud, meta de los largos paseos dominicales de nuestros antepasados.



VIII

PRACTICAS EMPIRICAS

f) Afecciones internas e infecciosas

Si en capítulos precedentes nos hemos ocupado de las virtudes curativas de plantas y hierbas empleadas en emplastos y unguentos, al tratar en éste de afecciones internas, llegamos al terreno de su aplicación preferente en cocimientos e infusiones. En apéndice final damos una lista de las plantas más conocidas en el país por su uso medicinal; por ahora nos limitaremos a citar las usadas en las enfermedades que nos vayan saliendo al paso.

Aparato respiratorio

Los *catarros* se curan con emplastos de linaza, bebiendo agua de cebada azucarada (Ceánuri), con carrasquilla, agua de hollín de chimenea o vino endulzado (Olaeta) y también con hoja de cardencha (astapaloa). Creemos que no hará falta insistir en la leche caliente con una copa de ron, conocido y probablemente experimentado por todos los lectores.

Para el *asma* se recomienda no tomar sino dos cucharas

das al día de cocimiento de hojas de hiedra con jugo de sauco, o bien frotar cuello, pecho y muñecas con un lienzo, después con agua fría, y por último con otra más caliente; acostarse y tomar agua de malvas (mamukio), como en Arratia (8-p. 259). Y no echar en olvido los buenos servicios que puede prestar la harina de castañas de Indias, puesta sobre el pecho entre dos paños, que han de ser precisamente rojos.

Si de *pulmonía* se trata, es bueno el cocimiento de grama (atxoerioa) empleado en medicina como diurético, purgar con «laña-belaña» y sudar luego tomando infusión de pulmonaria; o bien aplicar un emplasto de ajo y simiente de berza, en caso de haber fiebre: revulsión y sudoríficos, en una palabra. También con igual objeto suelen dar fuertes fricciones con ortigas en pecho y espalda.

Pero todo esto no es nada en comparación con los dos procedimientos que exponemos a continuación, recién recogidos en el barrio de Igara (San Sebastián). El primero, que se utiliza también en la tuberculosis pulmonar, vulgarmente llamada «petxukoa» consiste en poner sobre el pecho crías de perros, gatos o conejos, de unos seis meses, abiertos en canal, que se mantienen durante doce horas. Al retirarlos dicen que «por descargar los malos humores» despiden un nauseabundo hedor. Si el enfermo no ha curado, hay que repetir la aplicación de otro animalito, pasadas unas horas.

El segundo había sido aplicado con éxito hacía ya unos años en la mujer de quien nos lo contaba. En vista del mal curso de una pulmonía, reclamaron los servicios de una conocida curandera francesa residente en San Sebastián, joven y elegantemente ataviada, que no solía salir de noche por temor a sus «enemigos» que la perseguían y una vez le propinaron soberana paliza. Tan extraña circunstancia la rodeaba de un halo de brujería, hábilmente explotado por ella. La curandera hizo sentarse en la cama a la enferma, despojada de sus ropas de cintura para arriba. Puesta a su lado, fué apoyando repetidas veces la mano abierta sobre la espalda desnuda para cerrarla con fuerza después, mientras ella misma emitía ruidosamente, aparentes eructos que no eran sino

manifestaciones sonoras de una voluntaria aerofagia. Terminada la maniobra le hizo tomar una poción de hierbas y arrojarse bien. A la mañana siguiente la enfermedad había hecho una beneficiosa crisis. El secreto del remedio se hallaba en que la curandera sacaba con su mano los «malos aires» productores de la enfermedad, que los expelía después.

En las *pleuresías* con derrame, son empleados los emplastos de verbena, bien conocidos de los curanderos y alabados por algunos médicos.

Contra la *tuberculosis pulmonar*, y aun reconociendo su mal pronóstico, un curandero nos ensalzó los buenos efectos que, en su primera fase, se obtienen tomando la orina, recién emitida, del niño de un año, que tiene la virtud de fortalecer el pecho. Acabamos de hablar de la aplicación de «katakume» o crías de gato y de otros animales. Anotemos que en la actualidad y no lejos de nuestra ciudad, goza de gran prestigio una curandera, con visos de ciencia infusa, que no desdeña la observación de radiografías ni el recurso a la estreptomycin. Su eficaz tratamiento de la tisis se centra en la administración de un vino blanco, preparado por ella misma con aditamento de hierbas escogidas, cuyo secreto se reserva, y en una extraordinaria sobrealimentación de la que forman parte importante los huevos con su cáscara, que deja macerar en zumo de limón, administrándolos luego con el mismo zumo. Para sus emplastos, utiliza la renombrada verbena. Todo ello, según noticias que hemos podido obtener indirectamente.



También suele emplearse aquí el emplasto de caracoles. No es novedad alguna a juzgar por la opinión de Plinio (20-p. 184): «Para curar la hemophthisis o tuberculosis son buenos los caracoles. Los más estimados son los africanos, después en cuarto lugar los baliaricos, llamados cavatici, por nacer en las cuevas».

Dediquemos, ahora, una mención especial a la singular expresión vasca «burutik berakoa», cuya traducción literal

sería «flujo de cabeza», que designa al *coriza* y cuya casi coincidente expresión francesa es la de «rhume de cerveau». Clara alusión al síntoma dominante, la continúa destilación nasal que, por su pertinacia, molesta al enfermo. El nombre francés sería para Sigerist (41-p. 122) vestigio de la antigua teoría de los cuatro humores que dominó en la medicina medioeval y persistió siglos después. Eran estos cuatro humores la sangre, la pituita, la bilis amarilla, la bilis negra, correspondientes a los cuatro elementos componentes del mundo, según la teoría de Empédocles, fuego, aire, agua y tierra, a los cuales pertenecen a su vez las cuatro cualidades caliente, frío, húmedo y seco. A base de estos conceptos nació la teoría humoral que gozó de gran predicamento y que debidamente modificada tiende a revivir en nuestro tiempo.

Cada humor tenía su punto de origen, y era el cerebro el de la pituita que corre abundante por la nariz en el coriza o catarro de cabeza; el «burutik berakoa». La acepción de ataques nerviosos, citada por Gárate (18-p. 378) no la hemos oído emplear.

Aparato circulatorio

Breve ha de ser la extensión de este apartado, ya que apenas contamos con datos para él. Mas será obligada la referencia a una de las modernas preocupaciones de las gentes como es la *tensión artificial* o su equivalente rural que es la «sangre gorda». De todos los tiempos ha sido saludada como beneficiosa la aparición de una hemorragia nasal o hemorroidaria por su acción descongestionadora. Como substitutiva suya gozó de gran predicamento en pasadas centurias, la sangría que por sí caracteriza casi una etapa de la Medicina.

Para «aligerar la sangre» se han utilizado y utilizan variadas infusiones de las que las más renombradas son las de acedera (belañ-miña), el muérdago (miru-belaña) y el llantén (zain goñi). Ultimamente hemos oído cantar las excelencias de un vaso de agua con hollín tomado tres mañanas en ayunas, que es capaz de «tumbar al hombre más fornido».

La excesiva «fuerza» de la sangre es capaz de provocar la «odol-kolpia» (golpe de sangre) cuyo significado abarca desde la hemorragia conjuntival hasta la cefalea y los mareos. Tres vasos del mencionado llantén, en ayunas, yugulan esta complicación.

Finalmente, conocemos un «casero» que padece unas rebeldes *úlceras varicosas*. Más de una vez le han aliviado las aplicaciones de un unguento negro, por una curandera que previamente se arrodillaba, persignaba y hacía unas oraciones a San Antonio. Pero en una ocasión la infección de las úlceras acarreó la generalizada y, estando muy mal, se solicitaron los servicios de un curandero de más valía. Mandó éste encender incienso y unas hierbas con carbón vegetal y pusieron a nuestro hombre a respirar los humos de la combustión recogidos por una manta que le cubría incluso la cabeza, hasta que lo sacaron medio asfixiado de debajo de ella. Nos aseguraba que a las pocas horas sintió una neta mejoría (barrio de Igara). En las varices se acostumbra también herir la rodilla con argoma (otea) para dar salida a la «mala sangre».

Vías urinarias

Como *diuréticos* se emplean por el pueblo, igual que por los médicos, diferentes infusiones, como la de grama (atxoerioa), la de pixa-belaña (hierba diurética) o la más conocida de las barbas de maíz (arto-bizaña).

No tan conocidas de los galenos son las virtudes curativas de los lirios extendidos al paso de la procesión del Corpus. (En Mendoza (25-p. 56) suelen colocarlos en la cintura para evitar el dolor de riñones. Aplicación supersticiosa a todas luces, aunque la incluyamos en este lugar). Ni tampoco el siguiente procedimiento relatado por Azcue (8-p. 223) para tratar las *arenillas urinarias* o mal de piedra, según lo oyó en Arratia: se desmenuza una cebolla y se parte un rábano en vino blanco, se muelen seis granos de maíz y se les echan unas gotas de limón; se cuece todo y deja reposar veinticua-

tro horas antes de empezar a tomar el brebaje, de grandes resultados.

El curar la *enuresis* o micción nocturna involuntaria de los niños, no es negocio fácil. A una madre, del lado vasco-francés, aconsejaron para una niña suya, le diera a beber, durante nueve días seguidos, agua en la que hubiese cocido un topo, pero no obtuvo resultado alguno; lo mismo sucedió después de darle un cocimiento con tres puñados de tierra de la sepultura de un niño. Desesperada la pobre madre recurrió a un sacerdote de Alzay, de los Misioneros de Hasparren, quien le aconsejó que durante nueve días, al ir a acostarse, la niña tuviese los pies metidos en agua caliente mientras recitase cinco Pater y Aves y diese después cinco pasos en sitio seco (12). El efecto de la cura fué sorprendente. Si antes no curó era, sin duda, porque la tierra del camposanto debía de ser cogida de la tumba del último fallecido y tenía que haberla comido, sin darse cuenta, mezclada con harina u otros productos; o también por no haberle sacado los Evangelios (43 p. 60).

Infeciosas

La aplicación de calor en sus diversas formas es perseguida en todas las enfermedades infecciosas para combatir la fiebre, que suele ser el síntoma más valorado. El procedimiento se complica al buscar la producción de calor por medios inusitados. Si nada de particular tiene la administración de ponches en la *calentura* (*sukar*), no es ya tan simple el dar al pobre enfermo una buena fricción de ortigas como en algunos puntos de Vizcaya, con o sin un baño previo, o ponerlo debajo del colchón para curar la *viruela* o el *sarampión* (8-p. 235). Afecciones ambas en las que también se prueban medios mágicos como el que cita Aramburu (3-p. 135) que en la visita a un varioloso en la zona minera de Bilbao fué recibido por un viejo casero que tenía una cabeza de ajo en cada ventana nasal para no contagiarse por el aliento, y otras cuantas atadas a la muñeca para que la enfermedad no le entrara en la sangre.

Más extraña es la práctica recomendada de envolver a los sarampinosos en sayas rojas, que antes no faltaban en el ajuar casero, buscando así la acción térmica de las sayas y la de tipo mágico del color rojo, al cual, según Garrison (21-p. 25), se atribuye gran importancia en la medicina popular, por ser en algunos pueblos aborrecible para los malos espíritus, como fuente de calor, en otros. Las franelas rojas arrolladas al cuello en los males de garganta o la *tos ferina* obran menos por franelas que por rojas según Black, indiscutida autoridad en el folk-lore médico inglés. El empleo de la luz roja en la habitación del enfermo de *sarampión* o de *viruela*, a la que hoy se atribuye la virtud de favorecer el brote de la erupción, fué consagrado seguramente por el alivio que producía a la fotofobia, u horror a la luz, que padecen estos enfermos por la conjuntivitis que suele acompañar al sarampión. Sin embargo según Valescus de Taranta tiene su fundamento en la «doctrina de las señales», «en virtud de la cual un remedio era aplicado por motivo de alguna supuesta semejanza en forma o color con la enfermedad (21-p. 26). Y añade que los paños rojos que se cuelgan en la habitación de un varioloso, se creía que «hacían bajar la temperatura extrayendo su sangre roja».

En el *tifus* (*sukar-ustela*) se recomienda tomar durante cuarenta días agua con azucarillo (8-p. 256), suponemos que más bien por apaciguar la sed que por acortar su duración, ya que tal número de días era el de la evolución natural de la enfermedad hasta el moderno empleo de la cloromicetina.

La *tos ferina* (*kukutx-estul*), larga y penosa, permite toda clase de experiencias curativas populares ya que, aun en nuestros días, todas las medicaciones fracasan. Gozan de predicamento, entre otros medios, el dar a beber al niño el líquido que desprenden unos cuantos caracoles dejados en una vasija al relente y con azúcar, o también los nabos con azúcar tostado, tratados de igual forma.

Nosotros hemos escuchado en los alrededores de Oria las excelencias del vino con polvo de limar uñas para curar las tercianas. Desconocemos las posibilidades terapéuticas de las uñas, aparte del efecto sedante que a algunas personas

nerviosas debe de producir el roerlas despiadadamente, pero no es de aquí ni de ahora el haber parado la atención en la influencia de las uñas sobre la temperatura aun cuando sea por el medio mágico que Digby (21-p. 23) (siglo XVII) proponía contra la fiebre y las intermitentes: «cortar las uñas al enfermo, poner los trozos cortados en un saquito y colgar al saquito alrededor del cuello de una anguila viva que se pondrá en un baño de agua. La anguila enfermará y el enfermo recobrará la salud». Polvo de uñas, finalmente, que echado al vaso de vino de un bebedor, confiere a la bebida la propiedad de producir una *borrachera* violenta y mala.

Para curar el *reumatismo articular* suele utilizarse el poder revulsivo de la pita, los baños con cocimiento de hojas de nogal (intxauf), aliso (altz) y sal o, si se trata de un dedo, metiéndolo en el orificio hecho a un huevo recién puesto (12). En Usúrbil se recomendaba también, coger un lagarto vivo con el hierro del horno y echarlo en el aceite hirviendo puesto en una cazuela tapada; un rato después se le añade vino. Se coloca luego todo ello en un puchero de barro y en él se deja durante unos veinte días para aplicarlo en untura sobre la región dolorida.

Hemos oído que en los dolores de piernas, incluso no reumáticos, es bueno tenerlas metidas en un balde con agua en el que se pongan las vísceras de un animal recién sacrificado (Andoain).

Puede agradecerarnos el lector la variedad de remedios que, con grave riesgo de nuestro propio ejercicio profesional, le hemos brindado en este capítulo. Y si paciencia le queda, pase al siguiente, que no defraudará su curiosidad.



PRÁCTICAS EMPIRICAS

g) Afecciones de sistema nervioso y mentales

LA mayor parte de los trastornos en relación con los centros nerviosos son tratados en medicina popular por artes mágicas, o bien son encomendados a la influencia benéfica de los poderes sobrenaturales. Por tal motivo, diferimos a capítulo posterior las prácticas recomendadas en las alteraciones del sueño, en las deficiencias del lenguaje de los niños, en las crisis nerviosas de diversa naturaleza o en los trastornos mentales, atribuidos a la intervención de seres misteriosos.

Sin embargo, en algunos casos más corrientes en la práctica diaria se recurre también a remedios empíricos. Así vemos combatir los *dolores de cabeza* arrollando a la frente pañuelos empapados en leche o vinagre; con purgas o lavativas; o bien con baños de pies con almidón, salvado o cocimiento de ortigas. Según Azcue se recomiendan también a este fin el agua de hierba de pordioseros o virgaza (ezker-aien) o la aspiración del vaho de flores de San Juan, que se guardan en casa, y deben quemarse puestas sobre la pala de hacer «talo». Esto último, de preferencia, si la cefalalgia es debida al catarro.

Contra las *enfermedades de los nervios*, vago epígrafe en verdad, se ha recogido la siguiente práctica, de gran componente supersticioso: coger un topo e incinerarlo en un horno, cocer la ceniza resultante en agua con un paquete de hilo en bruto recientemente hilado (hari hastari írún beña) y beber un vaso de tal agua, medio fría (43-p. 58). Recordemos que en el capítulo precedente hemos visto también emplear el topo como remedio contra la enuresis nocturna, afección; otrosí, de índole nerviosa.

Sea solamente de pasada, refirámonos a la *borrachera*. La hemos mencionado al comentar la maligna influencia que sobre ella ejerce el polvo de uñas; por el contrario, hemos oído que la cocción de ajos alivia al borracho tan bien como puedan lograrlo los vapores de amoníaco.

Para evitar el *mareo*, recordemos la costumbre de masticar bacalao salado, habitual de nuestros pescadores, al menor indicio de su presentación, de la que tampoco ellos están libres.

Aun cuando no lo hayamos experimentado, nos han dicho que el oler cebolla picada vence el *insomnio*.

Meningitis—Un distinguido compañero de la localidad que, en época anterior al conocimiento de los antibióticos, asistía con cierto desaliento una meningitis tuberculosa, confirmada por el Laboratorio, en un caserío de las cercanías de San Sebastián, vió con asombro, al hacer su visita diaria, que extraños cuerpos danzaban en el agua en ebullición de una gran caldera puesta sobre el fuego. No eran otra cosa que seis perritos recién nacidos con los que se preparaba un «caldo» que el enfermo debía de tomar varios días seguidos a fin de curarse. Y lo curioso del caso es... que el enfermo curó.



A otro compañero hemos oído referir que al presentarse a la cabecera de un enfermo meningítico, vió que tenía sobre la nuca un pollo ya sacrificado. El remedio, que gozaba de cierto predicamento, no convenció en aquella ocasión.

«Burutik nastu, burutik egin» (trastornarse de la cabeza) son, con otras similares, las expresiones corrientemente empleadas por el pueblo para designar los *trastornos mentales*. Al Inspector de Archivos Provinciales e inestimable amigo Fausto Arocena, debemos la copia del documento, que a continuación transcribimos, con las normas prescritas para tratamiento de un enfermo mental en el siglo XVII.

Podrá parecer extraño que refiriéndonos en esta obra a la medicina popular incluyamos en ella el informe magistral de un Doctor, pero lo hacemos por doble motivo de fácil comprensión. En primer lugar porque toda ocasión consideramos propicia para dar a luz papeles de nuestros antepasados que reflejen de alguna manera el pensar de su época, ya que no sobran publicaciones que los hayan recogido. En segundo, porque volviendo nuestra vista hacia atrás en la historia de la medicina, lograremos comprender mejor ciertos empirismos actuales que fueron doctrina en tiempos pasados, hasta que el progreso de la ciencia, haciéndolos incompatibles con una disciplina lógica, los abandonó a manos del saber popular que, más o menos modificados, nos los ha transmitido hasta nuestros días. Es la razón por la cual tenemos que considerar la medicina popular más que como una serie de absurdas concepciones, como una etapa evolutiva y periclitada del desarrollo de la medicina, matizada, eso sí, por la fantasía y las creencias del pueblo que le han dado un carácter peculiar.

Copemos el documento y el lector se convencerá por sí mismo de cuanto decimos.

«TRATAMIENTO propuesto por el Doctor Francisco de Iñarra, en 1630 para intentar la curación de la enfermedad mental que aquejaba al licenciado Francisco Lopez de Irarraga:

«Según la relación que se me ha hecho de la enfermedad del señor Licenciado Irarraga, su mal es manía, que es un delirio sin calentura, enfermedad grave y de muy gran cuidado y principalmente por haber tanto tiempo que le aflige; y así será necesario para su curación haga mucha vigilancia y para conseguir con el fin que se desea, conviene que le encierren en un aposento, dejando de día las ventanas de él con rejas,

de suerte que no pueda salir por ellas, y aunque tenga algunos dilúcidos intervalos, como me dicen que los tiene, no se fíen en ellos de su merced, porque, tornando a sus delirios podría hacer mucho mal a su persona y a otras que topare, principalmente si tuviese algún cuchillo en las manos o otra cualquiera arma de que en todo caso le han de privar; y aun a su mesa le llevarán todo cortado, de suerte que en ella no haya cuchillo.

Y estando, como digo, encerrado así, si se hallase con fuerzas suficientes su merced, sería bien se le hiciesen dos sangrías muy moderadas de las dos cefálicas, como se le hicieron agora cuatro o cinco años, que yo visité a su merced con ese mal (aunque después acá no he tenido relación suya), y si tiene fuerzas o no, el pulso es el que ha de certificar desto que para mejor decir y ordenar lo que se debe ejecutar, fuera muy acertado le visitara su médico, para que hiciera relación del mal y sus accidentes y del estado del sujeto y de todo lo demás, para que conforme a ella, se respondiera y se ordenara lo necesario para su reparo.

En este medio, como digo, se ejecutarán las dos sangrías muy moderadas; pero, si no se hallare gallardo el sujeto, en lugar de ellas tomará en cuatro mañanas el suero que va ordenado, y si con él en estas cuatro mañanas se hallare bien, podrá ir continuando en tomarle en doce mañanas al amanecer. Y recibiendo el suero, pasados seis o ocho días, tomará en otras doce mañanas la composición de lapis-lázuli, que es muy acomodada para su mal, tomando cada vez una cucharada pequeña della con un poco de vino aguado o desatada en él y dormirá tras esto y tras el suero lo mismo.

Ansimismo tomará en acabando de tomar esta composición de lapis-lázuli referida, una agua sacada por alquitara de vidrio, teniendo cuatro o seis días de espacio en medio para descansar, y al principio tomará desta agua dos onzas no más, y si no mueve, tomará poco a poco hasta cuatro onzas escasas y no más cada vez; pero, si con menos que con cuatro anduviere razonablemente, no hay que tomar cuatro onzas. Si tuviere falta de sueño, úntese la cabeza con aceite de violetas y de almendras dulces, atibiándolos un poco, y

sobrepóngasele leche de mujer o de cabra. Untesele el hígado, si estuviere fervoroso, con unguento rosado sandalado, y si todavía le faltare el sueño désele de noche con otra tanta agua una onza de jarabe de dormideras y póngasele una poquita de agua rosada con medio escrúpulo de opio desatado en ella, a las ventanas de las narices. Pero, si dormiere bien, no se hagan estas cosas.

Ansimismo, si no tuviere almorranas, se procure se abran con hojas de borrajas o con un casco de cebolla, porque en este medio son muy eficaces.

.....(Sigue la prescripción del régimen dietético)....

Dios nuestro Señor dé a su merced la salud que puede, como yo lo deseo.

De Oñate, trece de enero de mil seiscientos y treinta años. El Doctor Francisco de Yñarra.

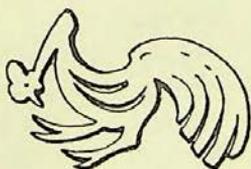
(Archivo Provincial, Corregimiento, Lecuona-27 ant^o y 748 moderno)».

Como puede verse, aparte de las medidas de precaución individual y social que se exponen en el primer párrafo de la minuciosa prescripción, las de índole terapéutica van conducidas por las ideas dominantes en la época y mantenidas todavía siglos después, derivadas de la teoría humoral que atribuía al acúmulo o alteración de los humores, el origen de gran parte de las enfermedades, y de las mentales entre ellas. Si se quería lograr la curación era necesaria la evacuación de tales humores y, entonces, sangrías, purgantes, vomitivos, encontraban su aplicación. No dejaron de indicárselas al Licenciado López de Iragraga, como a tantos otros, y aun por medios poco doctorales y menos distinguidos, buscaron la acción derivativa de unas almorranas que sangrasen. Las diversas lociones de pretendida acción sedante no parece que ejercerían influencia tan favorable como la poción de adormideras o el opio que pudiese absorber la mucosa nasal.

Mas, nos bastan estas aclaraciones, sin meternos en mayores detalles, para comprender el punto de vista que nos ha incitado a la publicación de este curioso documento.

Y como argumento final a favor de la misma tesis que sustentamos, nos limitaremos a citar que en las Farmacopeas

inglesas del siglo XVII, entre mil productos cuya sola lectura hará hoy sonreír al menos escéptico, se citaban el polvo de cráneo de una persona víctima de una muerte violenta, telarañas, saliva de ayunas, nido de golondrinas, orina humana u ojos de cangrejo, junto a la primera inclusión de la corteza de quina, digital, alumbre o tónicos ferruginosos que hoy día conservan un bien merecido predicamento científico. Eran tiempos en los que Minderer recomendaba el aceite de arañas y lombrices de tierra, contra la peste y Nicolás Lemery el unguento de gato y el aceite de perros cachorros hervido con lombrices de tierra... (21-p. 297). Extravagancias ya no alcanzadas por los curanderos de nuestros días.



PRACTICAS DE TIPO MAGICO

a) «Begizko» o ajo

Las artes mágicas en la medicina popular, lo hemos dicho antes de ahora, vanse relegando en la actualidad, ya que no al definitivo olvido, sí al menos al restringido ambiente de los núcleos de cultura inferior. El curandero «consciente» se burla de ellas y son patrimonio de pocas personas cuyo número decrece a la par que el de sus clientes. Nada extraño que apenas se crea ya en maleficios y en poderes ocultos de brujas y hechizos cuando brujerías tales como la electricidad y la radio están supeditadas a la voluntad de los moradores del caserío más apartado de nuestra provincia. En la era de la bomba atómica, cuando las mayores distancias se encierran en el reducido cuadrante de un receptor y las más impresionantes novedades se escuchan distraidamente en un minuto de solaz, los nombres de los modernos adelantos científicos ocupan en la memoria de las gentes el lugar del que han desplazado a los conjuros y ensalmos de antaño. Se conservarán sin duda creencias y supersticiones, en otros pueblos más que en el nuestro, se exaltarán todavía las virtudes de amuletos y preservativos,

gentes interesadas mantendrán el fuego sagrado de las misteriosas fórmulas sanadoras, pero la fe supersticiosa se ha derivado hacia la pretendida infalibilidad de determinados específicos de última hora, cuyas denominaciones se barajan incluso en el medio rural con igual soltura que antaño la letanía del «zingiri sor, zingiri sangre...», valga de ejemplo.

Mas, nuestro deber en este momento, consiste en recordar lo que aun sabemos de las prácticas de índole mágica.

La doble finalidad de la medicina se centra en prevenir y en curar. Ambos objetivos tienen su representación en dichas prácticas: el primero con fórmulas y amuletos, el segundo con exorcismos, ensalmos o conjuros, especiales como aquéllos, para cada enfermedad.

Su estudio merecería los honores de una detallada publicación ...si ésta no existiese. Pero, en 1921, con el título «Paletnografía Vasca» y en la Revista «Euskaleñaren Alde» dió a luz Barandiarán un trabajo, en el cual se recopilan e interpretan las diversas manifestaciones de la medicina mágica de nuestro pueblo; magistral aportación que en nada fundamental podemos ampliar.

Pasemos pues, sin más, a recorrer algunas manifestaciones patológicas, reales o ficticias, en las que las prácticas de tipo mágico ocupan en su tratamiento un lugar preferente. Y para comenzar, nos referiremos a una de las creencias populares más extendidas, no sólo en nuestro país, sino también por todo el orbe: el ajoamiento, ajojo, o, dicho en euskera, «begizko».

Es el «*begizko*» un maleficio que sobre la persona humana o sobre el ganado ejercen no solamente demonios y brujas, de modo consciente, sino también otros individuos que, sin su conocimiento, están dotados de tal poder, e involuntariamente lo ejercitan.

La preocupación del maléfico poder de las brujas sobre el niño, asalta a los padres desde el punto en que aquél nace, y para evitarlo se ha solido envolver a las criaturas en la camisa de su progenitor (9-p. 50).

Más tarde, para impedir la nefasta influencia del «*begizko*», se protege a los niños con el «*kutun*», bolsita de tela

que encierra un papelito con algunas palabras de los Evangelios, del comienzo del cuarto Evangelio, en general. De aquí su nombre, también empleado, de «evangelioak». Según Sánchez (39, p. 61) habría cierta diferencia entre estos «evangelios» nacidos de la devoción, y los amuletos llamados «breves» por analogía con los breves apostólicos, que contienen unas cortas oraciones, y corresponden a las «nóminas» de los procesos del Santo Oficio en Navarra, «cédulas en que están escritos algunos nombres, dellos buenos, dellos malos, no solamente nombres, más aún oraciones algunas», según el Maestro Ciruelo (24-p. 30).

Se utilizaban otras veces fórmulas o conjuros de origen no cristiano, como preservativos contra diferentes males, costumbre extendida también en nuestro país, sin duda, cuando Martín de Arlés, archidiácono de Pamplona, en su «De Supersticiones» tuvo que condenar varias registradas por el P. Le Brun en su monumental obra (28, p. 87). Era una la de pretender alejar la peste llevando sobre sí la palabra «Ananizapta» bien sola, bien formando parte de un dístico que cita. Otra está formada con una serie de nombres bíblicos y otros alterados, o con la palabra «Sabella» (28, p. 100), que asimismo pueden encontrarse en este tratado (1).

Los «kutunak» se colocan colgados del cuello con una cinta, o sujetos a las ropitas interiores del niño y en ocasiones su contenido se reduce a unas cintillas de colores, con predominio del rojo y amarillo, cortadas de las que colgaban de los brazos de una cruz portada por los «santeros» en su peregrinación por los pueblos en demanda de limosna para sus ermitas.

En el interior de los saquitos suele también ponerse un trozo de cordón umbilical (Ataun-Guernica), pan bendito, estiércol de gallina y carbón (varios pueblos de Vizcaya), o una garra de tejón. Según Azcue, el empleo del cordón um-

(1) Por cierto, y en lo tocante a la peste, hemos visto en una moderna publicación (40-p. 39) la siguiente cita: «Hasta ya entrado el siglo XVI, en muchas casas del Sur de Francia y del Norte de España se veían las letras V.S.R. (Viva San Roque) como conjuro contra la peste». Como es posible que pudiera tratarse de la zona de nuestra frontera, y desconocíamos el hecho, inquirimos más detalles, que no nos han sido comunicados hasta el presente.

bilical recuerda la creencia popular alemana de que «el residuo del cordón umbilical es usado para encanto de felicidad».

Ruda y apio se emplean en algunos «kutunak», y a fe que su eficacia debe de ser tan grande, como temida por los malignos espíritus, a juzgar por estas dos muestras recogidas por Barandiarán. Es la una de Cegama y expresa la exclamación del diablo al acercarse a un niño: «ruda ta apio-oni ezin naikio» (ruda y apio; a éste no le puedo). La segunda, de Ataun, refleja la discusión de dos brujas que se encuentran ante un hombre «protegido»: «Elakio, elakio (agárrale, agárrale), dice una; y le contesta su compañera: «Ik elakio-Or tzeuken orek-amak jarita-erueda ta apio», (Agárrale tú-Ahí tiene escpuestos por su madre-ruda y apio).

Presentados al lector estos ejemplos de amuletos, no cansaremos su atención con el relato de los diferentes y numerosos tipos que recogidos por Azcue y Barandiarán han sido ya publicados. Bástele saber que los encontrará en la obra del segundo citada al comienzo de este capítulo y en «Euskaleñaren Jakintza», del primero, en los Capítulos VI, VIII y XVIII del Tomo I que tratan del ojo, de los Evangelios y de los amuletos, respectivamente.

¿Qué manifestaciones patológicas produce el «begizko»? No son nada definidas y sí muy variadas. Atacados en general los niños rollizos que causan admiración por su floreciente salud, el mal oculto los debilita y consume, estropeando su magnífico aspecto, al tiempo que les hace insonmes, llorones, tristes, sin ganas de jugar, secando la sonrisa de sus labios, apagando los colores de su tez, el brillo de su mirada y la energía que derrochaban. El diagnóstico del «begizko» encubre acaso la lucha del organismo con una primoinfección tuberculosa, felizmente vencida en la mayoría de las criaturas por sus propias defensas, sin que «kutunak» ni ensalmos intervengan beneficiosamente, aunque a ellos se reserve el éxito de la dominada afección.

Conviene saber que el fantástico diagnóstico del «begizko» es asequible a los medios mágicos. Copiamos de Barandiarán: «Para conseguirlo, se coloca la persona (generalmente es una mujer) que posee los secretos de esa especialidad,

junto al enfermo. Lleva en sus manos una sartén con plomo derretido, que luego vierte en una caldera de agua fría. El plomo se solidifica al instante. Este es el momento más crítico para hacer el diagnóstico como es debido. Por eso fija su atención la maga en los trozos de plomo que ruedan en el fondo de la caldera. Si alguno de éstos afecta figura de gallo, es seguro que el enfermo padece «begizko», y desde luego hay que proceder directamente a su curación» (9-p. 49).



Mas, en ocasiones, es tan patente la dolencia, que las prácticas diagnósticas huelgan. Tal es el siguiente caso ocurrido en Oyarzun, que transcribo de las notas suministradas por un curandero. Un muchacho de aquel pueblo, contertulio de juventud y jornalero como él, desmejoraba alarmantemente, sin poder achacar tal consunción a causa alguna. Otro compañero, hábil en estas lides, dió con la razón del mal; sin duda, era el «begizko» producido por una vieja vecina que cada mañana le llevaba una taza de caldo y un vaso de vino, como desayuno. Algo de ello debía de haber pues contó el enfermo que al retirarse a la noche a su cuarto solía ver cuatro velas encendidas, cuando otros no las percibían.

No contento con haber descubierto el mal, el buen amigo le recomendó el infalible remedio: sin que la pobre vieja lo advirtiera tenía que cortarle un mechón de su moño y tomarse luego el agua en la que lo había hecho cocer.

No consta si la presunta bruja, que no volvió a llevar el caldito mañanero, descubrió el artilugio, pero es el hecho que a su ausencia se atribuyó la curación, acaso debida a algún desayuno más substancioso.

Vemos con este «caso» que, diagnosticado el «begizko», es susceptible de curación. Otras maneras distintas describe Barandiarán (9-p. 50) para lograr el mismo objeto, como signar en las mejillas al niño enfermo con el dedo medio e índice, mojados en agua bendita, de la mano derecha de una mujer práctica en estas artes (Durango) o bien, con técnica más complicada, como en Bermeo, según esta descripción:

«Colocan al niño enfermo acostado en una cama y le cubren por completo con una manta. Una mujer cuya especialidad consiste en conocer a fondo todas las artimañas brujeriles, se le acerca, y estando junto a él recita varias oraciones, que no se oyen. Después toma una sartén que contiene plomo derretido, y traza con ella cruces y círculos encima del niño. Otra mujer lleva, a continuación, una jofaina llena de agua, colócala sobre el enfermo, y allí vierte la maga el plomo líquido de su sartén». Con esto queda extirpado el mal de ojo.

También ofrece garantías de curación el sacar los «Evangélicos» al niño aojado. La descripción de esta práctica, así como la de otro buen número de ellas, que haría interminable esta relación, puede encontrarla el lector en la obra de Azcue recién mencionada.

Por último, y como confirmación de que aun los más allegados pueden ocasionar involuntariamente serios quebrantos a los recién nacidos, la muerte incluso, véase la siguiente nota copiada de Sánchez (39, p. 56). «En Deva (Guipúzcoa) ha existido la superstición de que los niños que mueren prematuramente es por causa de los padrinos y creyeron evitar esta desgracia ideando el llamado «bautizo a la ventura», que consiste en que los familiares salen del pueblo con el niño en brazos, camino del Santuario de Nuestra Señora de Icíar, a 6 kilómetros de Deva, y la primera persona que encuentran en dirección contraria debe ser su padrino. Lo general es que la persona encontrada no se atreva a negarse y se une a la comitiva hacia el Santuario. Cuentan que ha habido casos en que el ahijado ha obtenido una gran herencia de su padrino».



PRACTICAS DE TIPO MAGICO

b) «Zingiri» - «Gaingillak» - «Arosa» - Verrugas

«Zingiri»

EN el capítulo IV hemos expuesto ya nuestro punto de vista acerca de la utilización popular de este vocablo, que si para nosotros se refiere a la presencia de una supuración en cualquier punto del organismo, es empleado de preferencia para indicar la especialmente localizada en la mama. Y, allí mismo, hemos dado cuenta de los remedios de tipo empírico que se le aplican, dejando para tratar ahora de los de aspecto mágico, mucho más interesantes.

Se orientan éstos en el doble sentido de preventivos y curativos. Entre los primeros, si bien Sánchez (39-p. 240) cita la utilización en Azpeitia del perejil puesto en las axilas, la principal medida de precaución mágica consiste en el uso de determinados amuletos que reciben la denominación de «ugatzafi», «zingiñafi», «aiaiafia», «abilayua», «eioiben», u otros, que citan Azcue y Barandiarán, según las diferentes localidades. Suelen ser de piedra, vidrio o coral tallados y los llevan colgados del cuello por una cinta. El segundo de estos autores ha publicado notas acerca de ellos en «Eusko

Folklore» y en la R.I.E.V. En esta última representa la imagen polícroma de un ejemplar del Laboratorio de Etnología, catalogado como «Zingiñañi de Zarauz» y los describe de esta manera: «vidrio rojizo de forma poliédrica cuyas facetas son cuadradas. Le atraviesa por el centro un orificio destinado para la cuerda. Por medio de ésta se cuelga del cuello.



Los hay de dos tamaños, siendo los mayores de un centímetro próximamente de diámetro, y los otros —menos usados— de medio centímetro o algo menores. Los llevan muchas mujeres que están criando niños, y dicen que con tales preservativos no sufren tumores ni endurecimiento de los pechos. No hay que confundir estos amuletos con otros de igual forma y tamaño, pero de color opalino que son empleados también de modo idéntico por algunas mujeres para evitar o curar, según dicen, toda enfermedad que obstruya los conductos de la leche».

La verdad es que no alcanzamos a hallar diferencia entre uno y otro proceso, ni es probable que la haya fundamental entre ambos tipos de amuletos, pero no dejan de ser curiosas tales sutilezas diagnósticas, en oposición a la ingenua aceptación de los más groseros errores.

De la extensión universal de esta práctica es exponente el registro de piedras análogas que reciben los nombres de «cuento de la leche» (Asturias), «leituário o conta leiteira» (Portugal), «bellota de San Anselmo» (Vosgos), «grain de lait» (Gironda), «gardolait» (Toulouse), y «pietra del latte» (Italia), según relación de los autores antes citados. Barandiarán apunta la idea de que algunos objetos de parecida figura que han sido descubiertos en los dólmenes del país que ha explorado, puedan ser asimilados a los prodigiosos «zingiñañi», así como otros vistos por él en diferentes Museos extranjeros, lo cual concedería a la creencia muy remota antigüedad. ¿Los ostentosos collares que ornaban el busto de las nodrizas elegantes supondrán una reminiscencia de esta vieja costumbre?, me pregunto.

Mas, aparte de los amuletos, se conocen prácticas curativas en las que entran determinadas fórmulas. El conjuro que cura el «zingiri», aunque con algunas variantes locales, es del tipo del publicado por Barandiarán (9-p. 19). Análogo a él, pero más complicado en su ejecución es el método recogido por nosotros en Goizueta del que damos cuenta a continuación: se preparan nueve manojos de a tres clases de hierbas, como el hinojo, la espadaña, el ajenojo, y otras; con cada manajo se signa el tumor de arriba abajo y de izquierda a derecha, mientras se recita la fórmula siguiente: «Zingiri sor, † Zingiri sangre, † Zingiri Salamón. Nik etzaitut zina-tzen Espiritu Santun graziak baizik». (Zingiri sor... sangre... Salomón (?). Yo no te signo sino por la gracia del Espíritu Santo). Al mismo tiempo el curandero debe santiguarse nueve veces con agua bendita tomada para cada una. Al terminar la operación se rezan nueve Padrenuestros, y se queman las hierbas en una cazuela, aplicando al pecho enfermo el humo o vaho que desprende la incineración (posible influencia empírica del calor!). Si el dolor no cede el primer día, se repetirá el ensalmo el segundo; si con todo, el mal resiste, habrá un error de diagnóstico y deberá recurrirse al médico, que bien poco logrará... El remedio es tanto más eficaz cuanto más precoz sea su aplicación.

«Gaingillak» - «Txoriak»

Se conocen con el nombre de «gaingillak» o sus variantes, y también, por su localización, «iruntzpekoak», las adenitis del cuello, vulgarmente llamadas escrófulas. Como se trata de una afección ganglionar, consideramos acertada la interpretación que del vocablo «gangailena», derivada de ganglión, dió Gárate (18). Los poderes misteriosos han tenido gran aplicación en el tratamiento de las escrófulas en todos los países. Bástenos recordar ahora la hereditaria virtud curativa atribuida a los Reyes de Francia e Inglaterra, que no desdeñaban hacer oraciones y tocar con monedas el cuello de los enfermos que en masa acudían a ellos, espe-

rando lograr la curación. La creencia data de muy remotos tiempos, se mantuvo por siglos y llegó incluso a dar a la enfermedad el nombre de «morbus regius», por la pretendida influencia real sobre ella. Trascendió la fe popular a la literatura de la época (v. palabras de Malcom en «Macbeth», ac. IV, esc. 3.^a) y tuvo su eco en nuestro país en las Juntas Generales de Alava celebradas el 8 de noviembre de 1772. En ellas se dió cuenta de que el embajador de España en París, Conde de Fuentes, notificaba que el Rey había suspendido ya la ceremonia que sus antepasados realizaban para curar los lamparones o escrófulas; pide el Conde que se prevenga a los corregidores y Obispos de los confines de Francia, para que eviten el que los enfermos que anualmente emprenden viaje con tal supersticioso objeto lo hagan en lo sucesivo. El mayor número de ellos correspondía a las fronteras de Navarra, Aragón y Cataluña y solían ir provistos de certificados de los párrocos de sus lugares (23).

La fórmula antaño empleada por los Reyes franceses mientras hacían cruces sobre las escrófulas, era: «Le Roi te touche, Dieu te guérit».

El término «txori» (literalmente, pájaro, corrientemente golondrino) tiene en Goizueta una acepción más amplia que la de simple adenitis, pues abarca también a los quistes sebáceos. En otros lugares lo hemos visto aplicar a su vez a los quistes tendinosos. A pesar de su diferente significación unimos «gaingillak» y «txoriak» en el mismo apartado no sólo por su parecido, sino además porque el remedio, típicamente mágico, que en su curación se emplea, es idéntico. Pertenece al grupo de las fórmulas que, por analogía con algunas canciones, pudiéramos llamar enumerativas.

Consiste el procedimiento en coger nueve granos de sal y signar los tumores con cada uno, diciendo al mismo tiempo y de un aliento: «Gaingillak dira bederatzi; bederatziak + zortzi; zortziak + zazpi; zazpiak + sei; seiak + bost; bostak + lau; lauak + iru; iruak + bi; biak + bat; gaingillak egin dezala zirt-zart».

Esta fórmula debe repetirse durante nueve días seguidos y al terminar de decirla, cada vez, arrojar al fuego el

grano de sal, que crepitará (zirt-zart). Su significado es: Las escrófulas son nueve, las nueve + ocho; etc. etc...; las dos + uno; que las escrófulas hagan «zirt-zart».

Para el «txori», utilizaban en Goizueta fórmula parecida, pero más complicada, por cuanto debían hacerse 81 cruces con otros tantos granos de trigo y rezar después 81 Credos, para terminar echando el trigo al campo, para alimento de los pájaros. Si el remedio se pone en práctica a tiempo, basta con aplicarlo tres días seguidos; si se hubiese demorado mucho, los «txoriak» tardarán en desaparecer tanto como se retrasó la aplicación de la cura. El conjuro utilizado en ésta es: «Txoriak dira bederatzi... etc... biak bat, txoriak ez dira bat, Aitak eta Semeak eta Espiritu Santuak senda dezala bat». (Los golondrinos son nueve, etc.; dos uno, los golondrinos no son uno, que el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo curen uno). La, en un tiempo famosa curandera de Idaégi (Auza-Navarra) recomendó a un amigo nuestro, pasar un garbanzo 100 veces sobre el quiste, rascándolo al mismo tiempo, siguiendo la dirección del tendón. A la acción mágica, se añade en este caso la mecánica que puede corregir la circulación sinovial dentro de la vaina tendinosa.

Como Barandiarán lo dice, en estas prácticas están asociadas la magia de similitud y la de contacto. El mago toma los granos de sal o de trigo como imágenes de los tumores y cree que la destrucción de aquéllos lleva emparejada la de éstos. El poder mágico concedido al contacto, por la influencia que se establece entre los objetos que se contactan, es muy reputado. Y en cuanto a la progresión decreciente en la enumeración, su finalidad es la de buscar la disminución en número hasta la desaparición total.

«A'rosa»

El concepto de «a'rosa», hoy casi sinónimo de caspa, abarcaba muy diversas afecciones: seborrea o caspa, herpes, e incluso algunos impétigos infantiles, a juzgar por las descripciones que nos han hecho. Sin poder afirmarlo rotunda-

mente, creemos que las enfermedades incluídas por el pueblo en esta denominación tienen un carácter común que es el de la exfoliación de la epidermis, o caída de escamitas, que quizá hayan hecho recordar el deshojarse de las rosas, de donde pudiera proceder el nombre. No obstante tal suposición, no podemos eludir el citar en este punto el conocido «mal de la rosa» descrito por Casal en 1762, manteniendo el nombre con que las gentes lo conocían. Se trata de la avitaminosis hoy llamada pelagra, debida a la alimentación unilateral a base de maíz y que se presentaba de preferencia en las zonas montañosas, como la de Asturias, en donde Casal la estudió, cuyas condiciones alimenticias no diferirían mucho de las de nuestra población rural. Forman parte del cuadro de la pelagra unas alteraciones de la piel, que serían bien conocidas del pueblo, el cual asimiló a ellas otras de parecido aspecto, incluyéndolas todas bajo la denominación general de «aósa».

Sea cual fuere el origen de su nombre, es el caso que a rosas y rosales se recurre para su curación mágica, y así, en su acepción de caspa, se coloca sobre la cabeza una corona de estas flores que se secan luego en la chimenea, o bien se recogen siete rosas de una rama que se cuecen con ceniza en leche, sin jabón, y se ponen en la cabeza con un trapo. Suele también cubrirse ésta con un gorro hecho con hojas de vid (8 - p. 236).

No faltan las fórmulas mágicas en el tratamiento de la «aósa». Mientras se dan vueltas alrededor de un rosal, en noche de San Juan o en otra cualquiera, debe decirse: «aósa aósakin» (la rosa con las rosas). En Goizueta recogimos esta variante: al filo del mediodía se colocarán tres personas con el niño enfermo, alrededor de un rosal, y empezando con la primera campanada, mientras suenan las doce, se pasarán el niño por tres veces de uno a otro, recitando: «Aósa aósakin, Aósa aósangana, Ama Santa Rosak eraman dezala beregana». (La rosa con las rosas, la rosa a las rosas, la madre Santa Rosa la lleve consigo). Se termina rezando el

Credo, acto de fe imprescindible de tantas prácticas similares en las cuales, ciertamente, es la fe la que juega el papel principal.

«Garitxak»: Verrugas

¿Quién no conocerá las verrugas y no menos los infinitos tratamientos aplicados a la curación de estas pequeñas excrescencias que, según está demostrado en medicina, la simple sugestión es capaz de hacerlas desaparecer? Basta, en efecto, la utilización de cualquier medio inofensivo imbuyendo al paciente con firmeza la sugerencia de su reducción de volumen, para verlas marchitarse en pocos días sin dejar rastro alguno; desaparición que es espontánea en otras ocasiones, sin razón que la pueda explicar, cuando muchas veces los más variados medios terapéuticos han fracasado.

Inconscientemente basados en esta característica de la afección, los métodos curativos que les aplica la medicina popular se fundan esencialmente tanto en la fuerza sugestiva, como en dejar transcurrir algún tiempo —hasta que el maíz, la baya de enebro, la manzana etc., se pudran, se sequen, o alguien los coja— en el cual puede producirse la curación.

Con esta finalidad se emplean juncos que se entierran, puestos en cruz; ajos que se tiran sin mirar dónde caen; tantos granos de trigo cuantas verrugas haya, para después de tocarlas, colocar aquéllos bajo una piedra; una moneda con la cual se tocan y se abandona en un cruce de caminos hasta que quien la recoja cargue con las verrugas; el limaco que se deja a secar en un agujero de la pared o atravesado con un palito; el trozo de hueso de manzana, el zumo del higo, las hojas de boj, el tocino, y tantos otros más, cuyas técnicas de aplicación pueden encontrarse en las obras de Azcue y Barandiarán.

No faltan algunas fórmulas mágicas, como la que éste último recogió en Llodio, en donde entierran unas bayas de enebro y corren después mientras dicen: «Verrugas tengo-

verrugas vendo-aquí las dejo — y yo voy corriendo». Ni las enumerativas, análogas a la mencionada para las «gaingillak» «garitxak dira zaspí» etc., etc. (las verrugas son siete, etc., etc.) o esta otra de Zumaya: «iia bat, enora bi, ii onek kendumo dik enor ori» (el junco uno, la verruga dos, este junco te ha de quitar esa verruga) (Azcue).

Ni tampoco la supersticiosa, a la par que graciosa, respuesta del verrugoso que asistiendo a Misa, contesta al «Orate Fratres» del sacerdote, con «Fuera verrugates» que este mismo autor relata de la Aezcoa.

Nos han referido el caso de un curandero del barrio de Igara —citado antes de ahora— que poseía la virtud de curar las verrugas. Para ello necesitaba saber si su número era par o impar, y conocido este detalle despachaba al verrugoso asegurándole que tantos días después habrían desaparecido, como en general sucedía. En caso contrario, resultaba siempre que se había equivocado en la enumeración y haciéndola él personalmente, nunca faltaba alguna pequeña, despreciada, que alteraba la paridad o imparidad. Es digno de mencionarse este caso pues el rito curativo lo ejecutaba el mismo curandero sin que lo supiese el interesado: iba de noche al molino y tenía que meter su mano en el agua de entrada, mientras rezaba tres Ave Marías y estando la luna en creciente, si el número de verrugas era par, en menguante y rezando solamente dos, si impar.



PRACTICAS DE TIPO MAGICO

**c) «Zain-tiratu». Magia simpática. Dentición. Herpes.
Influencia de la música.**

«Zain-tiratu». Traumatismos

Si por un ejercicio violento, o por cualquier otro motivo, se presenta un dolor muscular, como en el caso de un tortícolis, el curandero diagnosticará la distensión («zain-tiratu») o el desgarro de las inserciones del tendón («zanetena»).

Lógico parece pensar que el tal desgarro pueda repararse dando unos puntos que unan las partes separadas. Si esta operación es imposible de practicar directamente sobre el mismo tendón o músculo, basta, gracias a la magia de similitud, con que se realice sobre un tejido cualquiera colocado sobre la lesión.

Y así vemos que el «zain-tiratu» se cura dando puntos con una hebra de hilo no anudada, montada en una aguja, con la que se atraviesa varias veces un lienzo —mejor un calcetín, no sólo para caso de pierna o pie sino incluso para el tortícolis— mientras el mago dice: «Zain tiratu-zain úratu-zaña bere tokian sartu» (tendón estirado-tendón rasgado- el tendón entra en su sitio). (9-p. 30). La operación se termina recitando normalmente un Padre Nuestro, Ave María o

Credo, según los lugares, o bien de atrás adelante, y cubriendo el miembro con el mismo trapo, previa o no fricción con llantén («zain belaña»=hierba de tendón) empapado en aceite. Parece ser que en el tortícolis el atravesar del lienzo con la aguja logra desatar el nudo que en él se ha formado, más bien que «coser» la distensión, según manifiesta Aranzadi.

Esta creencia se conserva y cultiva así mismo fuera de nuestro país, siendo uno de sus nombres castellanos el de «cuerdas torcidas» aplicado por igual al tortícolis, los esguinces o las distensiones. La técnica curativa es también similar e igual significación tiene el conjuro que se emplea. Valga de ejemplo éste recién publicado en una Revista médica, sin indicación del punto de procedencia, «Cuerda que te torciste —miembro que te saliste— vuelve al sitio donde estuviste».

Para el curandero pasaitaña, a quien hemos aludido repetidas veces, la causa del «zain-tiratu» es una retención de sangre, y el remedio adecuado es el que le obligue a circular. Nada mejor para ello que un buen masaje. Su eficacia aumenta colocando luego el miembro afecto sobre un puchero para recibir el vaho de unas hojas de muérdago («miru-belar») previamente cocidas. La operación concluye vendando bien la región y acostando al enfermo muy arropado para que sude.

Como se ve, el método tiene más de empírico que de mágico, y es más racional, por tanto.

No tan fácil de interpretar es la virtud curativa del talón de una «viuda seria», en las torceduras. Su actuación consiste en pasar por tres veces sobre el pie lesionado que se coloca sobre el suelo; y en apoyar su talón y hacerlo girar encima del desdichado pie (12).

Si el golpe recibido no ha ocasionado sino un simple «cardenal» («ubeldu»), nos recomendaron en Urnieta el colocar sobre él un pedazo de papel de estraza humedecido y espolvoreado con azúcar. Si, por el contrario, el traumatismo fuese más grave, en el caso, por ejemplo, en que «un operario se cae del tejado de una casa o de un puente», no se sabe si ha sufrido o no alguna lesión interna y para averiguarlo, se le da a beber agua con sal. Si la vomita, la prueba es positiva (43-p. 63).

En tal caso, es posible que el accidentado tenga que permanecer largo tiempo en cama, y si se quiere aliviarle de la incomodidad de la forzada postura, se le pondrá bajo el lecho un cazo de barro con agua fresca que se renovará a diario (íd.-p. 62).

En el folklore alavés se encuentra una fórmula que previene de un posible descalabro al que tiene que saltar, pues recitándola, las piernas se hacen flexibles y se aleja el peligro. Dice así: «Salto, salto —de un pajar; si me rompo la cabeza— Dios me la curará» (25-p. 57).

Formas de magia simpática

La magia simpática utilizada por los brujos para causar maleficios es conocida de todos los tiempos. Se basa en la creencia de que los espíritus tienden a habitar determinados objetos con cierta semejanza de forma, o relacionados con el individuo; por tanto las agresiones dirigidas contra tales objetos se convierten en dañosas para los propios espíritus. De aquí vino la costumbre de fabricar figurillas diversas que los brujos maltrataban a alfilerazos o arrojaban al agua, con la intención de que los males deseados a ellas se trasmitiesen a las víctimas de su malquerencia. Acusación ésta, frecuentemente repetida en los procesos incoados por brujería.

Así en Asturias, para dañar a determinada persona, bastaba sacar el corazón de una gallina negra, viva, y clavarle alfilerazos al tiempo de recitar un conjuro.



En el mismo orden de ideas, pero con finalidad diametralmente opuesta se utilizaba también el procedimiento para lograr curaciones. Así Barandiarán (9-p. 34) cita un caso sucedido en Ereño en el que la adivinadora reclamada para curar a un cardiópata, ordenó se matasen dos gallinas, acribilló a alfilerazos y enterró luego el corazón de una de ellas, asegurando que cuando se pudriese, curaría el enfermo; la otra gallina, naturalmente, se la llevó consigo.

Costumbre similar la mencionada por el P. Le Brun quien dice que Martín de Arles, archidiácono de Pamplona, condenó en su obra, a la que nos hemos referido antes de ahora, la costumbre de «hincar agujas y alfileres en cierto árbol de la iglesia de San Cristóbal, situada sobre una alta montaña próxima a la Villa de Pamplona, a fin de ser preservados del mal de cabeza para todo el año siguiente».

Por la creencia de que el espíritu anidaba igualmente en las distintas partes del organismo de las personas, en los objetos de su propiedad o manejados por ellas, solían realizarse los conjuros sobre pelos, uñas, ropas, o cosas de su uso. Y, por analogía, bastábale al paciente desprenderse de tales ropas u objetos para desembarazarse del mal que padecía. Así, en el país vasco-francés, para verse libre del disgusto causado por una reyerta, era suficiente arrojar lejos de sí una de las prendas que se llevase puesta cuando se produjo, diciendo al mismo tiempo: ¡«abil, ene gaitz, oki!» (¡ve, con esto, mal mío!) (12).

El simbolismo de la purificación por este medio es de remota antigüedad y de múltiples variantes. Representa un ejemplo de este género el rito bíblico purificador de los leprosos o de los domicilios en que se alojaban, según consta en el Levítico, XIV: ofrecerá el enfermo dos pajarillos, uno de los cuales será degollado sirviendo su sangre para purificar al paciente, y «soltará al pájaro vivo para que vuele al campo», liberando, sin duda, con su marcha, al leproso de las lacras que le estigmatizaban.

Entreverada idea de esta manera de pensar encierra para nosotros la siguiente práctica contra el dolor de cabeza, que recogimos en Alza: consiste en arrancar cuatro pelos y colocar sobre su implantación un trozo de plomo que se mantiene sujeto con un pañuelo atado a la cabeza.

Dientes y muelas

Iniciaremos este apartado con una cita de Estrabón (19) a la que el lector dará el crédito que considere oportuno. Al

tratar de Iberia, en su Geografía, dice: «Si no se quiere interpretar como un régimen confortante de vida el que se laven con los orines guardados durante algún tiempo en cisternas, y que tanto los hombres como las mujeres de estos pueblos se froten los dientes con ellos, como hacen, según dicen, los cántabros y sus vecinos». En realidad, el mismo Estrabón (año 54 a. de J. C.) que conocía la noticia por referencia añade un «según dicen» dubitativo y no se refiere concretamente a los vascos aunque pudiera incluirlos, en parte, al menos.

La dentición, especialmente la del recién nacido, ha preocupado siempre a quienes le rodean y son numerosas las prácticas de tinte mágico con que se ha pretendido favorecerla. Con tal objeto se acostumbra a colgar del cuello de los niños un saquito con dientes de erizo (Llodio) o de gato montés (Larrabezua) o de caballo (Bedia) (11). Después de dar los citados datos, añade Barandiarán haberse encontrado en diversos dólmenes del país, molares y colmillo con muescas intencionadas, hechas como para colgar las piezas, así



como la referencia de un folleto de Fernández Moratín «Auto de fe celebrado en la ciudad de Logroño en 1610» en la que, de modo irónico, imputa al vicario de Zugarramurdi el que no hubiese armado a los niños con medios más eficaces que «un colmillo de jabalí» para protegerlos de las brujas.

El poder preventivo de los dientes de un ahorcado inspiró a Goya el aguafuerte que reproducimos.

Azcue refiere una porción de fórmulas para conseguir

la aparición del nuevo diente a la caída del viejo, que debe echarse al tejado, por la chimenea, al fuego, invocando al tiempo la protección de la Virgen María, de Dios, recurriendo a «María la del tejado» o al murciélago. El tipo general de estas fórmulas, con variantes según el ser invocado, es el siguiente: «Maria tellatuko, gonagoñia: eutsi agin zaña ta ekazu bañia». (María la del tejado, de saya roja: toma el diente viejo y dame el nuevo). Según Barandiarán, tal María no es otro ser que la coccinella o «amona mantagoñi», en Cortezubi.

Análoga a esta fórmula es la siguiente recogida en el Baztán, que nos la comunica un sacerdote amigo, de Echalar: «Xagu, xagu-zaña —tori nere ortza xaña-zuk ekartzu neri beña» (murciélago-toma mi diente viejo-tu tráeme el nuevo) que debe decirse por tres veces antes de arrojar el diente al fuego.

Para conservar los dientes en buen estado deben frotarse con orina (Elorri) —(¿será cierta la noticia de Estrabón?), despedazar con ellos el recién brotado helecho, o cortarse las uñas cada lunes (7-p. 71).

Los dolores de muelas han martirizado a la humanidad y seguirán haciéndolo por todos los tiempos. La infinidad de remedios contra ellos empleados revelan claramente sus aleatorios resultados. Y si bien la mayoría nada tienen que ver con las prácticas mágicas, a las que dedicamos este capítulo, pedimos benevolencia al lector por esta licencia, ofreciéndole a cambio bajo el mismo epígrafe la serie de ellos a los que puede recurrir mientras venza la innata resistencia que todos padecemos a confiarnos a las sutiles técnicas del odontólogo.

Resumiendo los procedimientos recogidos por Azcue y otros, muchos de los cuales nos son familiares, le recomendaremos, que se enjuague con vinagre, que meta en la boca unos granos de sal, con o sin una cabeza de ajo que puede ponerla sobre la muela doliente, o bien enjuagarse con una mezcla en vino de hojas de hiedra, sauco, simiente de pimienta y media cucharada de sal. Tomar pediluvios con agua caliente al levantarse, o al acostarse, añadiendo al agua

ceniza y sal. Si estos remedios empíricos fallaran, puede frotarse la cara, hasta enrojecerla, con el pelo de granos de rosas silvestre; rascarse el dorso de las orejas de arriba abajo, al levantarse; o también, tomar una pipa de anciano; poner en tierra un hacha y apoyar algún tiempo el carrillo sobre ella; llevar un ajo en el bolsillo o atarlo a la muñeca del lado opuesto al de la muela enferma. Fracasadas estas indicaciones recurrirá a la intervención celestial, mordiendo los clavos que cuelgan de la cruz de hierro de Langarica, tomando en Urquiola una bocanada de agua en la ermita de Nuestra Señora de los Remedios, como luego veremos al tratar del agua, o en otras varias; rezar un Padre Nuestro durante la consagración del Cáliz en la Misa, acudir a la iglesia de Luno o quitar un pedazo de piedra de la ermita de Arrechinaga.

Por último puede enseñar los dientes al arco iris para que se sequen y no molesten más. Y de fallarle todos estos medios, le recomendaremos sinceramente que no deje de visitar al dentista.

Herpes zona-Herpes

Afección la primera, cuya forma más corriente consiste en la presencia de una erupción que rodea el tronco por uno de sus lados, siguiendo el trayecto de un determinado nervio. El método curativo que se emplea en ella, según una forma esbozada de la magia de similitud, consiste en coger sobre las espaldas a otra persona que la haya sufrido y dar siete vueltas con ella alrededor de una mesa (43-p. 64).

Cita a continuación el mismo Thalamás otro método de caracteres mágicos también, para el caso de un enfermo que tenga granos alrededor de la cintura. Quien antes los haya padecido, cortará la cresta de un gallo y con la sangre que de ella mane untará los granos del paciente tumbado, medio desnudo, sobre el suelo, para que se vaya después a una encrucijada a rezar nueve Padre Nuestros por el que le aplicó el remedio. El enfermo curará y se verá dotado de la virtud de hacerlo a otros.

En cuanto al *herpes*, que muchas veces suelen incluirlo en la «afoxa», vamos a copiar la siguiente noticia publicada por Barandiarán (11-p. 47) por lo muy curiosa, sin que sepamos concretamente a qué tipo de enfermedad se refiere. Dice así textualmente: «Para el remedio de la enfermedad de Erpes, dicen estas palabras Bascongadas: Vasasua, Ichasua, ozanera, y ducaelen semearquen semeorobano Jaunchecago. Y sacando con un Eslabón de alguna piedra tres veces las chispas, las aplican a los que tienen dicha enfermedad. La aplicación de la piedra, que, sin duda sería de pedernal, a los herpéticos, es quizá supervivencia de ritos prehistóricos».

Inútil decir que la jerga constitutiva de este ensalmo es incomprensible y totalmente intraducible. La cita está extractada de un Decreto de gran valor folklórico, dado por el Tribunal de la Inquisición de Logroño el 14 de marzo de 1725 por el que se condenan numerosas prácticas supersticiosas de Navarra, que van indicadas. Don Tomás Azcárate y Pardo lo publicó en «Juventud Católico-Obrera» del 29 de junio de 1924 e Iribarren lo ha incluido al final de su obra «De Pascuas a Ramos» (45).

Influencia de la música

La virtud mágica atribuida a la *música* en el tratamiento de las enfermedades o como medio coadyuvante para mantener la moral, que tanto influye en su curso, es de antiguo conocida y aplicada.

Isasti (32-p. 628) la considera fundamento de la medicina y cita a Teofrasto cuando dice «que con ella se cura la ceática (sic) y la gota según Marco Varrón».

Echegaray, en el prólogo de la obra de los Doctores Aramburu y Bago (2-p. XIII) refiere que durante la epidemia de peste que padeció Lequeitio en 1578, reconocida la adversa influencia que la depresión de ánimo podía ocasionar en el curso de ella, recurrió a los buenos servicios de un profesional que alegrase al vecindario, según consta en la siguiente partida: «Pagué a Domingo Licon, tamborín,

por lo que sirvió con el dicho oficio de tamborín todo el tiempo de la dicha enfermedad para que no la sintiesen tanto, ocho reales».

Ya en tiempos más modernos hemos oído hablar de un curandero que unía a la aplicación de los emplastos sus habilidades sarasatianas a fin de «endulzar» («goxatzeko») los males.

Finalmente, consideramos inútil insistir en la reconocida influencia sedante que sobre el hombre ejerce la música, capaz, según se dice, de amansar a las mismas fieras.



PRACTICAS DE TIPO MAGICO

d) Fuerzas de la naturaleza

LA influencia que sobre el organismo humano ejercen las fuerzas de la naturaleza, por desconocida que sea, no puede ser ciegamente negada y prueba es que, paulatinamente, va ganando adeptos un nuevo capítulo de la ciencia médica dedicado al estudio de ellas.

Dejando de lado, por conocida y comprobada, la acción del sol, del clima o de las aguas minerales, nos referimos ahora a otras más discutibles cuyos efectos no pasan de ser sospechados y son de difícil confirmación. De conocimiento general son, por ejemplo, los dolores de cabeza, de pies o de cicatrices operatorias, presagiadores de una tormenta o simple cambio atmosférico; la lasitud que produce el viento sur en algunos temperamentos; el extraño recrudescimiento estacional de enfermedades como la úlcera de estómago, o la aparición de otras en determinadas épocas del año. Dando un paso más adelante por este camino, investigadores de una Clínica universitaria de Basilea han estudiado el influjo del tiempo, de las variaciones atmosféricas e incluso de las manchas solares en las complicaciones pulmonares post-opera-

torias (38). Y a trabajos de este orden se dedican algunas Revistas profesionales, como la de Cosmobiología, que ve la luz en Niza.

En boca de mujeres anda la afirmación de las relaciones de la luna nueva con el momento de la presentación del parto. Al aire se le atribuye el poder vector de casi todas las enfermedades; los «aize txafak» (malos aires) son causantes de la generalidad de las epidemias; por oposición los «aizegarbiak» (limpios) los que procuran las convalecencias más rápidas y completas, llamándose así corrientemente a los aires de montaña, sin discernimiento del resto de sus propiedades. El viento sur, llamado también «viento de mujeres» («andre aizea»), comparado a su espíritu —«Egoa, andren gogo»— es particularmente denigrado.

Cuando la enfermedad se ceba en un hogar, suele purificarse el aire de la casa con aspersiones de agua bendita, vahos de eucaliptus, quemando hojas de laurel, o azúcar (43) que alejen los miasmas. En un curioso libro del doctor D'Iharce, con subtítulo euskérico, que pudimos cotejar gracias a la amabilidad del inolvidable don Julio Urquijo, cita el autor una obra de Laurent Joubert, médico del Rey de Francia y de Navarra, impreso en 1578, dedicado «a la Reine de Navarre, femme de Henry IV» («Erreurs populaires et propos vulgaires touchant la Médecine et le Régime de santé»). En él dice el autor a este respecto que es un error quemar vinagre sobre una sartén enrojecida, para echar el mal aire. Se le puede hacer hervir sobre un infiernillo que se lleva al centro del cuarto cuando esté bien encendido, o utilizarlo en aspersión o frotando con él manos y cara, lo que es particularmente bueno para las malas exhalaciones (15).

Las gentes, seducidas por la pretendida influencia que ciertos días, meses, o épocas del año tienen sobre el cuerpo humano, han creado más de una idea supersticiosa, desprovista de toda lógica. Así, plantas, a las que la creencia popular dota de poderes misteriosos, como el laurel o el cardo, multiplican sus virtudes al ser recogidas en fechas señaladas del año, la víspera de San Juan, el primero de Mayo, la Nochebuena y algunas otras. El tronco que arde en el hogar

casero la víspera de Navidad, conocido como «Olentzaro-emboña» (tronco de Olentzaro) confiere salud para las personas y ganados que salten sobre él cuando, terminada la cena navideña, humea todavía.

Se recomienda tomar leche el 1 de Mayo para no padecer dolores de cabeza durante el año, costumbre conservada en el dicho: «maialen eguna, ezne-eguna» (Uno de Mayo, día de leche). Si tal día faltara la leche en casa, hay que ir a buscarla para prevenirse de la sarna. Dícese también que hace crecer el pelo el agua de Mayo, mes en el cual no debe ser cortado para no encanecer; y que el pasear al sereno, con la cabeza descubierta, es provocar la aparición de la calvicie. O, que el muchacho o muchacha que coma tocino el mismo día primero de Mayo, será blanco, rubio y hermoso. Son datos extraídos de Azcue (7-p. 80).

Noche del primero de Mayo que en siglos pretéritos gozaba de las prerrogativas transferidas luego a la noche de San Juan, con sus prácticas hechiceriles, piras purificadoras, de alborozo juvenil, dedicada a recoger las plantas de miríficas virtudes, como el laurel preservador de personas y haciendas, o la verbena maravillosa. Según Sánchez (39-p. 295) antiguamente se conocía con este nombre «una rama verde de cualquier planta preferentemente olorosa, destinada a usos sagrados y religiosos». Desde Plinio, que describió la verbenaca, se limitó la acepción a esta planta; se llamó luego verbena olorosa a la «hierba luisa» y la de aplicación curativa es hoy la verbena officinalis. Añade después: «Al iniciarse las fiestas populares en determinados días de primavera y verano, tales como San Antonio, San Juan, San Pedro, Nuestra Señora del Carmen, etc., se hizo la costumbre de comprar o regalar ramas o plantas enteras de verbena, y algunos creen que de aquí deriva la frase de «irse de verbena» y el propio nombre de verbena que reciben las antedichas fiestas populares».

Cristianizó la Iglesia las fiestas paganas del solsticio, con sus hogueras al astro-rey que se convirtieron en las fogatas de San Juan. Es el solsticio de verano, la noche de mágicos influjos por excelencia, en la que el agua, el fuego,

las plantas, gozan de misterioso poder aplicado de mil maneras, en su aspecto curativo, por la creencia popular.

«San Juan bezpera, sarna fuera» (víspera de San Juan, fuera la sarna), dicen las gentes, saltando sobre la hoguera, para quedar libres de la plaga durante el año. De igual virtud



goza el baño en el río a medianoche (Ataun), o el andar desnudo por un trugal (Navarra); y el mojar los pies en el rocío de la mañana del Santo, confiere salud para todo el año (Elduayen). Hay una curiosa práctica supersticiosa extendida por el mundo entero, que se conserva también en la tradición de nuestro pueblo y de la cual haremos ahora especial mención. Se pretende la curación de la hernia haciendo pasar al niño que la padece entre las dos porciones de un tronco

de roble hendido: desnuda la criatura es cogida en brazos por un hermano y en tanto suenan las doce campanadas de la media noche, se lo pasará a otro hermano por la hendidura mientras le dice: «eutsi, anaie» (coge hermano); al recibirlo el segundo, contesta: «ekatsu, anaie» (dámelo hermano) y se cambiarán las frases al entregarlo al primero por la parte derecha del tronco; la operación ha de repetirse por tres veces, y luego, dejando la camisa del niño colgada del árbol hasta que se pudra, han de ligarse las dos porciones del abierto tronco.

Versiones parecidas y más completas que esta pueden leerse en Azcue (7-p. 293) quien recoge infinidad de creencias relativas a esta noche.

Se basa la práctica, según Garrison (21-p. 25), en la idea

de la regeneración material, originaria de los indios (arias) procedente «de la adoración primitiva al poder generador de la Naturaleza, el culto del linga y del yoni». Virtud que, lo mismo que al tronco, se atribuye a la roca hendida, símbolo del yoni sagrado, del que cita numerosos ejemplos relacionados con el pueblo inglés. Dice que para Frazer son aspectos de la magia simpática asociados a la idea del «alma externa», o relación de la vida del individuo a determinados árboles o plantas. Para Caro Baroja (13-p. 408) este poder de los elementos de la naturaleza se debería más bien a un concepto antropo o zoomórfico que confiere a los seres míticos la posibilidad de materializarse, por lo que el árbol, el bosque, la fuente, no tendrían virtudes especiales por su propia naturaleza, sino por las derivadas de los seres que los animan.

A pesar de tales virtudes de la naturaleza, la hernia, que espontáneamente puede desaparecer en algunos niños con el crecimiento, se verá poco influenciada por la práctica. Mas, ya que de hernias hablamos, citemos de pasada la prevención del doctor D'Iharce hacia el uso inmoderado del aceite, incluso el crudo, que relaja las fibras y puede ocasionar aquéllas (15).

Al nacer el día de San Juan, puertas y ventanas de las casas de nuestros pueblos aparecen ornadas con grandes ramas de espino, fresno, roble o laurel; recorre el «txistu» las de los vecinos notables tocando alboradas, que por memoria de aquellos arbustos, sin duda, se han transformado en «arboladas» en algunas localidades de nuestra provincia. Quien se levante temprano en tal día no tendrá sueño durante el año, al revés de quien caiga en la tentación de perder una hora sola de él echando la siesta. Quien se peine bien a la mañana, no tendrá parásitos en su cabeza; y la muchacha que se corte un mechoncito, logrará una hermosa cabellera.

Imposible agotar el folklore médico sanjuanero, ni es propósito nuestro el hacerlo. Basta lo dicho como prueba de la importancia que en materia curativa se atribuye a los poderes naturales, cuya potencia se acrecienta, al parecer,

con la máxima proximidad a la tierra del astro reputado en todos los tiempos como fuente de energía.

Mas no son solamente el aire, el agua o el fuego, los representantes del reino vegetal o del animal, los prestigiados de propiedades mágicas rebuscadas por la medicina popular. También el reino mineral los tiene, conocidos ya algunos por el lector, en este grupo.

En efecto hemos hablado ya de las aplicaciones empíricas o mágicas del azufre, plomo, hierro; de la ceniza, tierra de camposanto y de las tejas.

Hemos señalado el uso de determinadas piedras, como el «gatz-afi», «zingiñafi» y pedernal («suafi»); en capítulo posterior citaremos la «culebrera» («suge-afi» o «sugaí»).

Pero hay también otras piedras, estimadas de antiguo por sus virtudes, de las que no tenemos noticias directas de que hayan sido utilizadas en el país, tales como las bezoares, preventivas de la melancolía y antídotos de venenos, incluso de la mordedura de serpiente; la piedra de la cruz; la del águila, o el ágata. Que alguna de ellas, sin embargo, sería aquí conocida parece desprenderse de la lectura del capítulo correspondiente al aspecto médico de la peregrinación compostelana en la moderna y fundamental obra de Vázquez de Parga, Lacarra y Uría (44-p. 447). En efecto, aportan los autores el testimonio del peregrino picardo Manier, que escribió su crónica en el siglo XVII, el cual se encontró en el Hospital de Oviedo con «un peregrino de Vizcaya con el que cambió un libro por otro y tres piedras más que éste le dió. Una de ellas era de ágata; buena para el mal de cabeza, poniéndola en un lienzo debajo de ella».

El mismo Manier, al hablar de la «piedra del águila», dice que es un guijarro del tamaño de una nuez, de color rojizo tirando a gris, que sirve para aliviar mujeres embarazadas, impedir abortos, curar envenenamientos, peste, males de cabeza, toda clase de fiebres y otros males. La auténtica panacea, en una palabra,

GESTACION Y PARTO

AUN cuando la referencia sea breve, creemos que merecen capítulo aparte las creencias y prácticas, tanto empíricas como supersticiosas, relacionadas con la gestación y el parto. La natural importancia que suponen las funciones de la maternidad, las incógnitas que encierra en ocasiones la deseada fecundidad, el misterio del sexo del fruto engendrado, la lactancia del nuevo ser, etc., etc... se prestan a que la credulidad de las gentes se alimente de supercherías extendidas por todo el universo y que presentan sus modalidades particulares en nuestro pueblo.

Por tratarse de ritos de tinte religioso en su mayoría, reservamos para el correspondiente capítulo los realizados para lograr la fecundidad cuya obtención se demora.

A poca fe de que esté dotado el lector de Azcúe (7-p. 344) dejará de ser para él una incógnita el saber si el término del embarazo dará al mundo un varón o una niña, pues tal es la cantidad de datos acumulados por el investigador que no será difícil acertar en el pronóstico. Aun cuando, en honor a la verdad, sean a veces contradictorios.

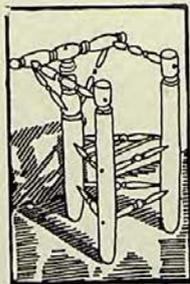
Si al andar o subir escaleras la gestante, echa primero

el pie derecho, nacerá un chico, y chica en el caso contrario. Ya para el quinto mes la misma futura madre puede saberlo pues si al andar nota extrañas sensaciones en el lado derecho de su vientre, tendrá un hijo, e hija si en el lado izquierdo; si la parte alta del vientre es en su lado derecho más gruesa y ancha, saldrá varón; de ser más baja y puntiaguda, resultará hembra.

Como se ve, no deja de ser curiosa la pervivencia popular de aquel aforismo de Hipócrates —el padre de la Medicina— que decía que la mitad derecha del cuerpo produce el sexo masculino, y la izquierda el femenino, pareciendo prever la existencia, muchos siglos después demostrada, de los dos factores sexuales en todo organismo humano.

Se interpretan también, aunque en sentido contradictorio, las manchas de cloasma de la cara materna. Azcue cita la presentación de «eldofoiak» o «goñiuneak», como trechos rojos, cuya genuina significación no conocemos y que podrían referirse al mencionado cloasma. Si tales manchas aparecen, puede esperarse que sea chico, y chica si la cara se mantiene limpia.

Otro tipo de prácticas supersticiosas conducentes a igual fin consiste, según el mismo, en echar sobre brasas un arenque, la raspa de una sardina o una hoja de boj, que si saltan o suben indican, salvo en el último caso, el nacimiento de un chico.



Al vulgo le ha bastado, al parecer, el pronosticar los casos de embarazo único, pues no hemos dado con indicios descubridores de los gemelares o múltiples.

Sabemos, por último, que si la gestante oye llorar a su niño, que ha de ser el séptimo además, tendrá un hijo «saludador»; si sufre de muchos ardores durante el embarazo, la criatura será de mucho pelo; y que si desea tener un chico, debe siempre comer los corruscos del pan.

En cuanto a la propia función del parto, hagamos alusión a la «silla obstétrica» o «paridera», de figura triangular

de la que el Museo Etnográfico donostiarra posee un ejemplar encontrado en un caserío de Isasondo. Acerca de ella emitieron sus divergentes opiniones Aranzadi y Lecuona (5-p. 146). Según Garrison (21-p. 21) «mencionada primitivamente en la Biblia y los escritores griegos, aparece ya en la más remota antigüedad, y sigue siendo todavía usada por algunas razas del Extremo Oriente». Y en otro lugar (id-p. 53) cita el versículo del Exodo en el que Faraón ordena a las



comadronas que maten a los niños judíos «cuando vosotras vayáis a ejercer el oficio de comadronas con las mujeres hebreas y las veáis a ellas sobre las sillas», que no aparece en la Vulgata.

La costumbre de que durante el parto, la mujer muerda la trenza de la comadrona, como pudo comprobar un compañero nuestro en Tordesilos (Guadalajara), o bien un puerro o cebolla (Azcue), al terminarlo, no tiene, a nuestro entender, otra finalidad que la de aumentar la acción de la prensa abdominal, merced a las vascas que tal práctica ha de producir, a fin de lograr una liberación más rápida.

Al visitar a la parturienta, y para su más pronto restablecimiento, suele llevarse una gallina y botella de vino generoso. Esta costumbre, que aun subsiste, debió de tener, en tiempos pasados, categoría de ceremonia, pues según el mismo Azcue gozaba de calificativo especial —«andra

ikustea» (Vizcaya) o «atso-loí» (Iciar)— así como los regalos que se hacían («karapaio» «martopil», etc...). Se atendía a reglas de indumentaria, ya que el presentarse vestidas de negro podría poner a madre e hijo en peligro de muerte.

Tales visitas debían de prestarse a tan enojosas exageraciones que el Fuero de Vizcaya establecía: «Que las mujeres que visitaren a las paridas no lleven mozas cargadas de presentes». Y el título de una de las Ordenanzas de Bilbao reza: «Mugeres no bayan a visitar a las paridas más de seis». Efectivamente, en la página 147 de la Historia General de Vizcaya, de Iturriza (26) puede leerse: «Las paridas guardan cama unos ocho días, y a las criaturas se les administra el Santo Bautismo dentro de veinte y quatro horas que nacen. Combalecidas que sean concurren las parientas y amigas a visitarlas en un día destinado con regalos de capones, gallinas, huebos, chocolate y otras cosas, no obstante de estar proivido por la ley séptima del título 33 del fuero de este Señorío».

En otro lugar de la misma obra (Capítulo XVIII, pág. 40) se encuentra la cita de Estrabón que habla de la costumbre de la covada, habitual en los cántabros y añade que «laban en agua fria las criaturas».

La cita de Estrabón a la que se refiere Iturriza es, según García y Bellido, (19-p. 178) la siguiente: las mujeres... «cultivan la tierra; apenas han dado a luz, ceden el lecho a sus maridos y los cuidan. Con frecuencia paren en plena labor, y lavan al recién nacido inclinándose sobre la corriente de un arroyo, envolviéndole luego». Pero en el grupo cántabro mencionado por Estrabón no parecen incluíbles en este caso los ocupantes de nuestra tierra sino los más orientales.

Si para asegurar la abundante producción de leche del pecho materno es hoy empíricamente recomendada la ingestión de leche o cerveza, a este fin se aconsejaba el comer bacalao frito o caldo del mismo, debido seguramente a que obligan a beber para saciar la sed que produzcan. El perejil, por el contrario, debe de estar dotado de la virtud opuesta y por eso se da el cocimiento de sus raíces, que hace desaparecer la secreción en el triste caso en que el niño fallezca.

Con análogo propósito suele recomendarse la administración de la infusión, diurética, de caña, con el adimento de colocar perejil bajo el pie, o el purgar a la madre, métodos que provocan la pérdida de líquidos necesarios para la secreción. Algo más extraño debe de ser el efecto de la aplicación en la espalda de hojas calientes de berza, o bien el poner «hojas de berza en manteca no salada; sobre ellas perejil bien cortado, y sobre los pechos dos hojas de berza», cuya acción no alcanzamos a comprender (7-p. 347).

Sería, éste, momento oportuno para, de no haberlo hecho ya, ocuparnos de las mastitis o «zingiri». Mas, hemos creído pertinente tratar de ellas en otro capítulo, y a él remitimos al lector, no sin citar, de pasada, los siguientes métodos para «evitar el endurecimiento de los pechos» posible etapa previa del «zingiri». Consiste en colocar sobre el seno envueltos en un pañuelo blanco, ajo y sal bien triturados, o frotar los pechos con manteca de gallina, sin sal.

Concluamos el capítulo con la narración de una curiosa anécdota vivida por un prestigioso compañero de la localidad. Fué llamado en una ocasión al vecino pueblo de Irura, para asistir a una recién parida que, por infección, presentaba una gran supuración junto a la matriz. Evacuada la consulta, pudo enterarse días después, que a su visita siguió la de un curandero, que ordenó recoger en un recipiente la orina de todas las mujeres de la casa, para con ella dar una irrigación a la enferma. Al otro día, según pronosticara el especialista, el flemón encontró salida por vías naturales, como lo hubiera hecho sin la intervención del curandero, y la paciente sanó. Pero la virtud prodigiosa de las irrigaciones de orina quedó, a no dudarlo, consagrada en aquella familia y su ambiente.

SUPERSTICIONES RELIGIOSAS

CAPITULO interesante, éste, al tratar de las ideas dominantes en la medicina popular. Si fe y confianza son condiciones fundamentales aun en la medicina científica, en la que la acción positiva de los medicamentos empleados está demostrada y suficientemente experimentada, son aun más precisas cuando ellas solas constituyen toda la materia médica.

La fe con que el enfermo toma los medicamentos que se le administran acrece sin duda sus virtudes. La fe en el médico o en el curandero, según los casos, es condición precisa y previa a la confianza que en ellos se pone. Y por encima de ambas, sobre todo, cuando ha habido motivos para dudar de ellas, queda la fe en los poderes sobrenaturales, religiosos o profanos, de quienes todo se espera.

Como hemos visto al principio de este libro, el factor religioso, junto al empírico y al mágico, ha sido y es uno de los componentes de la medicina popular, desde los primitivos tiempos de la medicina sacerdotal hasta nuestros días.

Si el carácter mágico puede dominar en pueblos de cultura primitiva cuyos estratos religiosos no pasan de ser

apositiones modernas que no alcanzan a calar hasta los fundamentos de su personalidad, ha ido perdiendo su influencia a favor del carácter religioso en los pueblos en que éste se asienta en las entrañas de su ser. Hace muchos siglos que el culto divino desplazó al de la naturaleza, en sí o en sus criaturas. Y el culto es la pública profesión de la fe; fe en el Ser Supremo, en sus atributos, en sus virtudes y en su poder; fe en la constelación de seres que por sus virtudes heroicas rodean al Hijo en el acatamiento devoto y eterno de la Santísima Trinidad.

El creyente, en sus necesidades, clama a Dios. Y ninguna necesidad más poderosa que la de la salud. Si el clamor se limitase a la oración humilde, devota, confiada y perseverante, no tendríamos por qué ocuparnos del tema en esta ocasión, pero rara vez la fe es tan intensa como para dispensarse de prácticas o formulismos destinados, al parecer, a inclinar la voluntad divina, con más fuerza, hacia nuestros deseos.

Importa hacer una aclaración antes de adentrarnos en la materia de este capítulo. No tratamos en él de ridiculizar, ni podríamos hacerlo, las prácticas de sincera devoción, ligadas al poder intercesor de ciertos Santos, cuando la misma Iglesia ha consagrado la festividad de los «Santos Auxiliadores». Y mucho menos negamos el poder mediador de la Santísima Virgen y de los Santos, como tampoco la posibilidad de los milagros, aun cuando a la interpretación de los así llamados por el vulgo, podamos, en nuestro fuero interno, oponer los conocimientos de la ciencia y el incumplimiento de las normas que para su aceptación ha establecido la Iglesia. En nuestro trabajo, como observará el lector, nos limitamos al simple relato de las prácticas conocidas, dejando a su buen criterio el discernimiento del componente supersticioso que las adornan.

Por seguir una pauta, comenzaremos por referirnos a las enfermedades, y finalizaremos el capítulo con la enumeración de algunos Santos y Ermitas que gozan de especial reputación en nuestro País.



La *fecundidad*, aspiración suprema de la mujer casada, es impetrada en muy diversos lugares, no ya con simples y devotas oraciones, sino también con prácticas especiales, como la colocación de una camisita de hilo al pie de la imagen de San Ignacio en la Basílica de Loyola, o bien con métodos más complicados como el utilizado en la cueva de San Elías, de Oñate, que cita Aramburu (3) y que Sánchez (39-p. 128) según datos del notario local Sr. Mocoeroa, así relata: «Dicha Ermita está adosada a una gruta cuyo techo mana agua abundante, que se recoge en una gran pila. En esta pila tiene que tomar un baño de asiento la mujer que desea ser fecunda y depositar en el agua tantas piedras como hijos quiera tener. La campana que en 1900 existía en la ermita fué una donación hecha por una mujer agradecida».

Aranzadi nos dijo que cerca de Pancorbo las mujeres estériles suelen echar piedras puntiagudas de aragonito (carbonato de cal) en el pozo de Sta. Casilda, con igual finalidad.

Y Azcue (7-p. 347) cita que en cierta parte de Navarra, «van o iban a alguna fuente y en una de sus piedras frotaban el vientre».

Para las mujeres estériles y madres sin pecho, ha sido invocada «Ama Birgiña Lecherakoa», según llaman a la de Liernia, en Mutiloa. A este propósito dice el P. Lizarralde (30-p. 127) que gran parte de la reputación de esta ermita se debe a la labor de su «santera» que tiene por costumbre entregar como obsequio de la Virgen, objetos o monedas recogidas en la postulación, para comprar con ellos una galleta, por ejemplo, que debe comerse creyendo vivamente en la curación y signándose primero con ella. En Dima, recurren a Sta. María de Bekoégi, pero a la Santa Agueda de dicha ermita con preferencia.

Nacido el *niño*, se le sacarán Evangelios, como antes hemos dicho; si tuviera muchos aires, se le darán unas vueltas sobre el altar de San Juan de la Basílica de Lezo; dar una limosna y bendecir aceite para friccionar el pecho, completa la cura. De igual poder gozan el altar de la Virgen de los Remedios de Irura; la de Zikuñaga en Hernani, en el que se coloca boca abajo a la criatura, y la de San Pelayo en el

barrio de su nombre en Zarauz. Si el niño no duerme bien o sueña mucho se le lleva a alguna de las diferentes iglesias que, en las distintas zonas, tienen fama de remediarlo: a la ermita de Santa Inés de Iraeta, a San Pedro de Mutiloa, a Olaberria, Arriarán, etc. Si bien otros Santos son invocados en estos casos, es Santa Inés la más reconocida abogada contra el molesto soñar nocturno, y se la invoca con diversas fórmulas, recogidas por Azcue, a las que añadiremos



otra variante que procede de Larraul: «Nere Ama Santa Ines— bart egin det amets-onez edo gaitzez-egin nere partez». (Madre mía Santa Inés—he soñado anoche por bien o mal-hacedlo en mi lugar). Por su poder y benéfica

intercesión en tal sentido, a la Virgen de Uba, en Alza, se le llama «Lo-oneko Ama Birgiña», y es invocada también para los males de ojos y dolores de cabeza (30-p. 134).

A los niños llorones les llevan a la ermita de San Prudencio en Guetaria. Para que rompan pronto a hablar, se da a los pequeños el primer huevito de una gallina (7-p. 101), de beber agua bendita procedente de tres iglesias, a comer pan de pordiosero, etc. (íd.). Hay también ermitas privilegiadas para este menester, como la de San Juan en Alzuaga; la de Santa Bárbara, y precisamente el día de la Ascensión, para los del barrio de Ursuarán; la Virgen de Iciar, a la que desde Arrona y sus alrededores, llevan a pasar a los niños bajo la imagen y dar una pollita blanca al párroco, o la de la Virgen de la Antigua en Zumárraga lugar escogido también para rogar por los niños rezagados en andar. En Vizcaya hay una porción de lugares visitados con análogas finalidades según vemos por la obra del Padre Lizarralde (31). En alguna de ellas, como en Arrieta, para rogar a Santa María Gainco, abogada también de las parturientas, los devotos suelen marchar de rodillas por el recinto de la iglesia. A los niños tartamudos de la región de Guernica les llevan a besar la momia que se conserva en la sacristía de Errigoiti, a la que llaman «gorputz santue» (cuerpo santo) (11-p. 46). Azcue ha

recogido la curiosa nota (7-p. 240) de que los niños jóvenes no deben dormir con personas mayores, pues éstas se fortalecen a expensas de aquéllos, según creen en Ceánuri.

Para los *dolores de cabeza*, las oraciones y visitas a iglesias suelen acompañarse de algunas prácticas especiales entre las que es frecuente el introducir la cabeza en alguna hoquedad mientras se reza un Credo; así en San Miguel de Aralar, Zicuñaga, y San Esteban de Usúrbil, en donde además se coloca sobre la cabeza, la moneda que se echará de limosna al Santo, mientras se recita: «Aita San Esteban alturetakoa, torizu dirua, ta arzazu miña». (Padre San Esteban de las alturas, toma el dinero y quítame el dolor). En la ermita de San Pedro, en Cegama, hay un hueco bajo la mesa del altar, en el cual muchas personas introducen la cabeza mientras rezan el Credo (11-p. 34). Práctica más curiosa aun la de Villafranca, en donde rezan una serie de Credos el Viernes Santo, con la cabeza metida en el Sagrario del «Monumento» ya vacío (11-p. 45). Otras veces es en la boca de un pozo vecino a la ermita. En la de San Prudencio, en Guetaria, hay una Virgen del Perpetuo Socorro a la que «se le ofrendan aceite y candelas, y con el polvo obtenido frotando dos cantos rodados, los devotos se espolvorean el cabello, como preservativo contra los dolores de cabeza».

Los devotos de la Virgen de la Antigua de Ondárroa, para curar su mal de cabeza, la meten al tiempo de recitar tres Ave-Marías, en una de las campanas que la hacen sonar por otras tantas veces moviendo su badajo. Utilizan además el aceite de su lámpara para tocar oídos, ojos, miembros doloridos, dejando a cambio nuevo aceite o una limosna (31-p. 222). Lo mismo se hace en San Juan de Gaztelugatx. En Llodio, toman agua de la fuente del Santuario de la Virgen del Yermo, y con ella en la boca recorren una respetable distancia hasta la ermita de Santa Lucía (ibidem).

Otra interesante costumbre es la del «rodeo» de iglesias y ermitas en tanto se solicita la celestial intervención. Citarémos después algunos ejemplos, pero mencionemos ahora dos más, relacionados con el mal de cabeza que nos ocupa: el primero se refiere a la ermita de San Vito, de Gauna, alre-

dedor de la cual hay que dar tres vueltas rezando un Padre Nuestro en cada una; empresa nada fácil por lo abrupto del terreno. El segundo se realiza en la de Santa Agueda, de Alonsotegui; hay en ella una imagen de la Santa con la cabeza separada del tronco; los fieles, con dicha cabeza en la mano, han de entrar por una puerta de la sacristía para salir por la otra, repitiendo el paseo tres veces (11-p. 41).

Si la similitud de nombres, ha hecho invocar, como luego veremos, a la Virgen de la Rosa contra la «añosa» y a San Eutropio en las «tropesiak», para conservar la memoria, recurren a Santa María de Acorda los naturales de la región y los marineros bermeanos (31-p. 285).

Suele el pueblo atribuir a la cabeza otras manifestaciones de *tipo nervioso*, sean neuralgias, sean ataques, conocidos antes por el calificativo común de alferecía y que en sus modalidades histero-epilépticas bastaban para considerar a los enfermos como poseídos o demoníacos y llamarlos energúmenos, como lo hace L. Isasti siguiendo las corrientes de la época. Energúmenos, que según Prudencio en su «Apotheosis», son aquéllos que «fantasías demonum patiuntur» (44-p. 403). Especial reputación tenía en este sentido la Virgen de los Castillos o Gaztelueta, de Salinas (Gipúzcoa) llamada también de Dorleta (Dorre-Oleta) en la que San Francisco de Borja adoró la Espina de la Corona de Cristo que allí se venera. Dice L. Isasti (32-p. 222) que en ella «sanan los energúmenos teniendo allí una novena» y añade el Padre Lizarralde (30-p. 59) que «es especial abogada contra los males de cabeza y corazón, gota coral y ataques epilépticos». Las madres suelen ofrendar a los niños a esta imagen, colocándolos sobre su altar, y en casos graves es costumbre ofrecer en trigo el peso del niño, repitiendo la ofrenda tres años seguidos. «Para todas las enfermedades y para los que son energúmenos», cita también Isasti la ermita de San Bartolomé en Vidania.

Para las *fiebres*, el mismo autor refiere la devoción y visitas a la ermita de Santa Cruz en Urnieta, especialmente para tercianas y cuartanas, como lo es en Segura, San Vicente, y San Prudencio en Guetaria; a esta ermita de San Prudencio

se recurre en nuestros días también para curar verrugas, ganglios, crecederas, etc. En la de San Martín, en Salinas, dice L. Isasti que «sanan los ethicos, o mueren», sin que, al parecer se admitan términos medios. El «agua de San Ignacio» suele administrarse tanto a los febricitantes como a los «poseidos» que acabamos de citar.

Las *enfermedades de la piel* tienen sus lugares de predilección: La Virgen de la Rosa, en Santa Eufemia de Bermeo, para la «añosa»; la ermita de San Pacífico en Azcoitia para los niños con caspa; la ermita de Santa Rosa cerca de Marquina y Nuestra Señora de Ondárroa. En Amézqueta (8) la imagen que se venera de Santa Rosa tiene tres niños en las manos; el padre que lleva a su hijo para que se cure, frota una boina en la cabeza de aquellos tres infantes y cubre la de su hijo con ella. La Virgen del Sagrario de Lizarza es abogada contra la erisipela, erupciones cutáneas... y partos difíciles (30-p. 131).

Cada una de las imágenes conocidas de Santa Lucía es visitada por gentes, de la proximidad, en sus *afecciones de la vista*. Dice Barandiarán que «en el frontal del Altar de Santa Lucía de Ermua, hay una escultura que representa dos ojos humanos, símbolo que acompaña siempre a dicha Santa. Los devotos que van allí, si sufren algún padecimiento en sus ojos, besan primero los de la citada escultura y después los tocan con los suyos propios». Típico ejemplo de la importancia concedida al contacto. Igual pensamiento elemental, como él llama, informa sin duda la costumbre extendidísima de colocar bajo la almohada del paciente una estampa cualquiera del Santo o Santa cuya protección se implora, comparando su virtud a la que pueda emanar de un relicario de milagrosa influencia.

Refiere Barandiarán (12) un bonito procedimiento que para curar los callos del pie utilizan en el país vasco-francés: consiste en apretarlos entre los dedos e invocar a Santo Domingo, cuya benemérita intercesión en estos casos estábamos lejos de sospechar, diciéndole: «érekaitzen-ait, San Domingo'en izenian, zain handia chiardakiala» (te ordeno, en el nombre de Santo Domingo, que el gran nervio [la gran raíz,

diríamos acaso mejor] se te seque); después se rezan tres Ave-Marías.

Muchas veces interviene el agua usada de diferentes maneras en las prácticas curativas relacionadas con el culto de imágenes y ermitas. Bendita en unas ocasiones, la simple vecindad con el lugar venerado le confiere, en otras, virtudes sobrenaturales, ya sea de manantial cercano o el agua de lluvia depositada en un lugar propicio. Sus virtudes purificadoras la hacen recomendada, usada en abluciones, en las afecciones cutáneas, entre las que con probable exageración se cita siempre la sarna, haciéndonos sospechar lo erróneo del diagnóstico popular que atribuye mil diferentes dermatopatías a esta parasitosis. Aguas renombradas en este sentido, son las de Iturrioz junto a San Juan de Hernio, y las de San Miguel de Ereñuzaré. Dice Barandiarán de esta última que los peregrinos se lavan manos y cara en el agua de lluvia estancada en un antiguo sepulcro labrado en bloque de piedra, y antes de secarse han de rodear por tres veces la ermita.

El agua retenida en la boca, cura *males de muelas* como en Santa Lucía, de Llodio, o en Nuestra Señora de los Remedios en Urquiola, en donde hay que dar siete vueltas alrededor de la ermita, invocando a Santa Apolonia. Aquí también se estila el coger por tres veces agua en la boca y echarla sobre una marca que hay en el suelo, próxima a la ermita de San Antonio, y que es atribuída a una pisada del Santo. Acabamos de ver una práctica similar a las anteriores, contra el dolor de cabeza, habitual en Llodio.



Nada tiene que ver con esta pretendida acción del agua, de carácter típicamente supersticioso, el efecto que se obtiene con el adecuado empleo de las aguas minerales, numerosas en nuestro País, que la devoción popular las ha bautizado con nombres santos en muchas ocasiones y que no nos compite ahora recordarlas ni comentar su influencia.

La Cruz, representativa de la forzosa inmovilidad, es

acaso el motivo de la elección popular para ser invocada en el entorpecimiento de los miembros, y típico ejemplo el de la curación del *reumatismo* buscada por los peregrinos de la Cruz del Hernio, dificultoso paseo que por sí mismo garantiza la liviandad de la afección; junto a la Cruz hay un aro de hierro por el que se debe pasar el miembro enfermo. Si de dolor de cintura se trata, recomiéndase rodearla con una candelilla («bildumena»), subir, con ella puesta, hasta el mencionado monte y dejarla pendiente de la Cruz poniéndose en su lugar las multicolores cintas, típicas de aquel punto.

Es, para nosotros, forma evidente de sublimación de la magia de contacto a que antes hemos hecho referencia, el hábito devoto de tocar con los dedos o besar determinadas partes de las imágenes religiosas para lograr la curación de las similares del enfermo. Tal, por ejemplo, los ojos de Santa Lucía, o las llagas del Cristo Crucificado, o la Virgen de la Rosa.

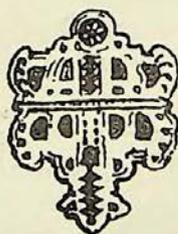
No habrá acaso ermita en nuestro País, y se cuentan por centenares, ni imagen que inspire alguna devoción, a la que no se atribuyan virtudes curativas peculiares en necesidades del cuerpo o del alma. Citarlas todas nos llevaría a una relación enojosa por lo uniforme, y pesada, de la que haremos gracia al lector.

La devoción se limita en ocasiones a la simple visita a la Capilla sin invocación especial a determinada imagen, mientras en otras se busca el poder intercesor de alguna de las allí veneradas. A veces no es suficiente la simple peregrinación y debe realizarse en condiciones especiales, fijadas por costumbre o voto, sin que nada de rechazable haya en ellas en tanto la superstición no las matice. Pero esto no siempre sucede, y como genuino ejemplo, copiamos el siguiente, publicado por Thalamás: «En varios pueblos de la Baja Navarra existe todavía la siguiente costumbre para obtener la curación de un enfermo. En cuanto alguien cae enfermo de cuidado se encienden en la habitación que ocupa tres velas a las cuales se les da tres nombres de iglesias, a saber, el de la iglesia del pueblo y el de las dos parroquias más próximas. Cuando se consume la primera vela se va a

la iglesia cuyo nombre lleva y se reza allí el rosario teniendo en la mano un cirio encendido. Luego se debe ir a rezar otro rosario de igual manera a la iglesia de la segunda vela consumida. Por último a la de la tercera vela. Pero la persona que debe ir a rezar estos rosarios debe ser una viuda, a poder ser que no haya contraído segundas nupcias. Pero aunque haya contraído nuevamente matrimonio se le dará preferencia sobre todas las demás personas».

Nos queda el tratar de una típica práctica curanderil que encuadra perfectamente en las supersticiones religiosas y que es de uso corriente aun en nuestros días. Nos referimos a la multiforme y no bien definida alteración infantil conocida con el nombre de «tropesia».

A ella dedicamos el capítulo siguiente.



TROPESIAK

SIMILAR en muchos aspectos al «begizko», difícil de diferenciarla de él en ocasiones, es esta dolencia misteriosa, conocida con el nombre de «tropesia», vocablo derivado sin duda del término hidropesía, de significación bien conocida. Pero, así como el «begizko» es atribuido al maléfico influjo de un causante, la «tropesia» más parece ser una ignota afección interna, del mismo enfermo. Ataca de preferencia, ésta también, a los niños; enferman de manera extraña, y los remedios que se aplican son puramente mágicos, iguales en ocasiones a los del «begizko».

En Goizueta pudimos recoger, de boca autorizada, datos curiosos referentes a esta dolencia y son los que transmitimos al lector. Las criaturas, sanas hasta entonces, comienzan a mal dormir y llorar de noche; no hay manifestaciones más ostensibles en unos, pero aparece en otros un bulto en el centro o a los lados del vientre. La perspicacia del curandero puede ya discriminar los casos, pues si el bulto aparece,



se trata de «tropesia» y si no de «begizko». Hecho el diagnóstico puede ponerse en práctica el tratamiento que, para el segundo caso consiste en «sacar los Evangelios» y encargar una misa durante la cual arderá una vela de cera, tan larga como la estatura del enfermo, medido con una cinta. Desde el mismo día suele ceder el insomnio, según dicen.

Mas la «tropesia», a su vez, puede ser de dos clases: de aires («aizezkoa») o de agua («urezkoa»). Etapas ambas, bien conocidas, en la aparición de algunas ascitis o hidropesías, a las que alude el clásico dicho médico de que «el viento precede a la lluvia». Trátese de una u otra forma, lo que importa es no solicitar la opinión médica ya que el galeno, con dietas y purgas, suele dar al traste con la resistencia del enfermo.

Una vez sorprendido el bulto, lo acertado era —en 1930 al menos, cuando recogimos estos datos— recurrir al viejo Matías, del vecino pueblo de Arano, y con tiempo suficiente antes de que se hiciese tarde, teniendo en cuenta la larga distancia que tenía que franquear, siendo cojo como era, y cargado con setenta y cuatro años.

Llegado el viejo a la cabecera del enfermo, observaba y palpaba detenidamente el vientre, y concluía, con raras excepciones, que se trataba, en efecto, de la temida «tropesia». Dados sus conocimientos en la materia, nadie más capacitado que él para dilucidar si era caso «de agua» o «de aires», aunque la familia podía sospecharlo sabiendo que si el niño tiene mucha hambre suele ser «aizezkoa», y si mucha sed «urezkoa». El diagnóstico diferencial es importante, ya que se refleja en el tratamiento, pues en el primer caso hay que encargar una Misa de tres pesetas en Andoain y en el segundo... en Lesaca. Detalle importante en ambos casos es que el estipendio para estas misas ha de ser recogido, en parte al menos, con el óbolo de tres viudas. Quien las encargue debe llevar a bendecir una cinta, como de un metro de larga, que se arrollará luego a la cintura del enfermo, y también nueve galletas y nueve copas de vino blanco o dulce para que, en ayunas y durante nueve días, tome el niño una galleta y una copa por día.

Mientras el novenario, el viejo Matías, solía encender en

su cuarto dos velas y rezar unas especiales oraciones, que no le era dado revelarlas sino en inminencia de su muerte y a una sola persona. El de Arano no cobraba emolumentos por su intervención, aceptando buenamente lo que se le ofrecía en caso de curación, de la que nunca se vanagloriaba, atribuyéndola directamente al Señor, apiadado por el poder de su rezo.

Hoy todavía, según referencia directa de un sacerdote amigo, se mantiene la costumbre de llevar a bendecir cinta, galletas y vino dulce, en Pasajes de San Juan. Una mujer recoge el dinero para el estipendio, incluyendo entre los donantes a una viuda, para encargar la misa en Lesaca.

Aquí como en Andoain, el taumaturgo invocado es San Eutropio, cuya virtud intercesora le será atribuída probablemente por la similitud fonética de su nombre con el de la enfermedad.

De la imagen de Lesaca, según nos comunica el sacerdote don José Sarobe, se dice que fué traída de Francia y parece ser de un Obispo, vestido con ornamentos de tela y cargado de cintas, ex-votos de enfermos agradecidos. No tiene altar especial y se encuentra en una urna contigua al altar del Rosario. El estipendio de la misa, recogido precisamente por una viuda, ha de ser pagado con las mismas monedas de la colecta. Y nos dice, también, que en Hendaya hay un conocido curandero que envía a sus enfermos a la villa navarra a cumplir personalmente los detalles de este rito.



Mas es curioso que la fe ciega de las gentes no pare, tan siquiera, en individualizar debidamente al Santo intercesor, y así sucede que tan poco saben de él, que confundiéndole de sexo le invocan como «Santa Estropakua», según vemos en una nota de encargo de misa que obra en nuestro poder, o también como «Santa Estropika», según cita Thalamás (43-p. 63).

Para tratar del San Eutropio de la Ermita de Santa Cruz de Andoain hemos querido asesorarnos antes, de quien por sus conocimientos y cariño a la Ermita, en la que han que-

dado rasgos perdurables de sus desvelos, mejor podía hacerlo: es el antiguo párroco de Andoain y actual Arcipreste de Villafranca, don Joaquín Bermejo.

Es de parecer que la intercesión a favor de los afectos de «tropesía» era solicitada primitivamente en aquella Ermita a la misma imagen de la Santa Cruz. Vieja talla gótica que cabe fecharla entre los Siglos XIV y XV, llama en ella la atención el vientre péndulo y prominente del Crucificado, un vientre asténico que pudiéramos llamar boticelliano. Siguiendo las reglas de la magia de similitud, nada asombroso que la imaginación de las gentes fijase su atención en un abdomen de aspecto comparable al que presta la enfermedad a sus pacientes. Un cierto sentido de pudor o respeto desviaría luego la devoción hacia la imagen que hoy goza de ella. Puede ser argumento favorable a esta hipótesis el que el ilustre andoaindaña P. Larramendi, que conocería bien las costumbres piadosas de su pueblo, escribiera en el Siglo XVIII en su «Corografía»: «Para hidropesías la basílica de Santa Cruz de Andoain», sin hacer mención especial de un Santo determinado.

Pero en esta devoción se da, además, una rara circunstancia. La imagen barroca, de amplio vientre también, que hoy se venera como de San Eutropio, Obispo y Mártir, en el altar de la derecha de dicha Ermita y que aparece tocada con un mitra, al dirigir el Sr. Bermejo las obras de restauración, pudo descubrir que se trataba de una mitra de cartón sobrepuesta a la tiara pontificia que cubre la cabeza del Santo. Así pues no se trata de un Obispo sino de un Papa, que bien pudiera ser San Pío V. La inscripción «San Eutropio, Ob. y Mr.» que reza la peana, será sin duda contemporánea de la superpuesta mitra y en nada invalida esta suposición. Que, llevada al extremo, induce a pensar que, difundida la fama curandera de este Santo en la «tropesía» y coincidiendo con ella el análogo renombre de la Ermita andoaindaña, hubo de crearse un San Eutropio que encauzase la veneración al Santo Cristo, considerada irreverente; y por arte auténticamente mágica, surgió el taumaturgo que atrajo, y sigue atrayendo, el fervor de los creyentes.

Como nota final referente a esta devoción, copiamos de Iribarren (45) el siguiente párrafo de su obra «De Pascuas a Ramos» (pág. 41): «Este San Eutropio (en el Santoral figuran hasta siete santos de igual nombre) tiene que ser el San Eutropio de Xaintes, del que habla Rabelais en «Gargantúa y Pantagruel», como abogado contra el mal hidrópico». Se refiere al santo venerado en Lesaca (Navarra).

Y con esto damos por terminado, si no agotado, lo concerniente a las supersticiones religiosas, de las que aun quedan muestras en el capítulo siguiente.

Si, como antes de ahora hemos dicho, es muy posible que el retroceso de las prácticas curanderiles no empíricas que hoy observamos se acentúe en adelante, el último capítulo de ellas que desaparezca, y aun mucho dudamos que llegue a tal extremo, será el de las de tipo religioso.



XVII

MORDEDURAS Y SALUDADORES

CAPITULO interesante en la medicina popular el que se ocupa de los saludadores, capaz por sí sólo de llenar muchas páginas de una publicación.

Nuestro objeto presente se ciñe a más modestos límites; nos basta con dar una idea de lo que son, de las propiedades que se les asignan y mencionar algunas manifestaciones de su paso por la vida de nuestro pueblo.

Mas como sus virtudes especiales se aplican con ocasión de las mordeduras, comenzaremos por ocuparnos de ellas en general.

Remontándonos a los primeros tiempos, describe Plinio (20-p. 181) una «hierba cantábrica» conocida durante las guerras de Augusto y que se empleaba como antídoto contra el veneno de las víboras. Parece ser la «caryophyllacea» utilizada contra espasmos, temblores y vértigos. También Celso la menciona. García y Bellido, comentando los venenos cántabros, añade a continuación —y séanos permitida la digresión— que el citado por Estrabón debe de ser la «conium maculatum» o cicuta («otzeri-belar, astapefexil»), el veneno utilizado por Sócrates; y que Silio Itálico y San Isidoro ci-

tan en Cantabria el extraído del tejo («agin») con el que se suicidaban los gallegos del Mons Medullius.

Son las picaduras de insectos accidente habitual de la vida cotidiana y la medicina casera cuenta con una serie de remedios a base de fomentaciones frías de agua, alcohol, amoníaco, o vinagre, que carecen de mayor interés. Ahora bien, si la picadura es de abeja se recomienda frotarla con la parte blanca de puerros crudos.

Las mordeduras de culebra las tratan en Cerain incindiendo la herida con un cuchillo y metiéndola luego en el río durante algún tiempo, hasta media hora incluso, o bien con un emplasto de gran eficacia preparado con la segunda corteza del aliso («altza»). Y no desdeñan los buenos servicios que pueden obtenerse colocando sobre la mordedura la porción anal de un pollo vivo que posiblemente debe actuar en función de ventosa, empíricamente al menos. Son datos, así como otros referentes al mismo pueblo guipuzcoano, que debemos a la amabilidad de nuestro excelente amigo don Manuel Laborde.

Entre las técnicas impregnadas de magia, encontramos los siguientes métodos. Si el agente causal ha sido la serpiente, conviene cubrir la lesión con la cabeza del mismo reptil, o bien con corteza de fresno, cuyas virtudes desconocemos, o quemarla con un hierro candente (12-p. 112).

Dice Thalamás que el viejo de «Dandalegi», en Sara, curaba las mordeduras de culebra rezando inmediatamente y sin interrupción ni distracción, el Credo en sentido inverso. Poco después relata la siguiente práctica, atribuida a Juan José Jorakuria, de la borda «Dendaldegí», el mismo antes citado, verosímilmente: al llegar el enfermo, oraba diciendo: «Oh María yo te ofrezco siete Salves en nombre de tal... (aquí el nombre del mordido)». Rezaba las Salves haciendo la señal de la cruz al empezar, al terminar la quinta y la séptima. El día siguiente repetía la operación a la misma hora, con la particularidad de hacer la segunda cruz al terminar la cuarta Salve. El tercer día obraba exactamente como el primero y cada día concluía la operación colocando sobre la herida un emplasto de aceite, ajos y raíces de fresno (43-p. 65).

En Goizueta recogimos una práctica similar consistente en el rezo de veinte Salves numerándolas en voz alta de la última a la primera, que debe hacerse enseguida de producido el accidente, y cuya virtud curativa se completa con la inevitable aplicación de un emplasto con mucho ajo, aceite tibio, raíz de fresno, «pasma-belañ» y escrofularia («belañ-beltz»), el cual, a su vez, se cubre con excremento de buey, sujetándolo todo con un trapo. Nos decían que bien pronto comienza la herida a «purgar» —nada extraño dada la «asepsia» del método—, y a curarse...

Conocemos otro caso, con curiosa intervención de un «saludador». Un casero de Usúrbil fué mordido por una culebra y a las pocas horas se encontraba hinchado y con muy mal estado general. Ante el peligro que amenazaba, se desplazó un amigo en busca de cierto saludador conocido, de Hernani, al que, por ser día de fiesta, lo encontró en Vísperas. Explicado el suceso, el curandero salió de la Iglesia y marchó a su casa. Sacó del armario de su cuarto una imagen de San Antonio, alumbró dos velas y de rodillas ante el Santo, empezó a recitar unas oraciones de un libro en latín, que verosímilmente no comprendía. Terminados los rezos, dijo al emisario que podía regresar al caserío. La sorpresa de éste fué grande al oír a la ya tranquilizada familia que el enfermo experimentaba una gran mejoría desde las tres y cuarto de la tarde, hora exacta de las preces del saludador.

Nuestro amigo, gran cazador, relator de este acontecimiento, completó la información con su experiencia diciéndonos que si un perro pequeño es mordido por una culebra, muere; pero si es grande, se hincha más o menos y a las dieciséis o dieciocho horas comienza espontáneamente a deshincharse y se cura sin ayuda alguna. Un viejo casero que escuchaba el relato para él bien conocido, nos dijo después, que había visto curarse mordeduras de culebra espolvoreándolas con el cristal bien machacado de una botella negra.

Contaron a Aranzadi el caso de un hombre de Amoroto mordido por una serpiente. Conocedores de que un vecino de Marquina poseía una prodigiosa piedra, llamada «sugafi» (piedra culebrera), fueron a pedírsela, mas sin provecho,

pues se la había donado a una hija casada a Eibar. En vista de ello se dirigieron a Bolívar en busca de un práctico en estas lides quien, recogiendo de camino llanten y otras seis clases de hierbas, fué a ver al mordido a quien administró una cucharada de su cocimiento, con tal mala fortuna que la vomitó. Para evitar que sucediera lo mismo con la segunda, luego de dársela, le tapó fuertemente la boca con una mano, mientras con la otra frotaba la herida, y el pobre hombre, a punto de asfixiarse, tuvo que tragarse la pócima. El remedio actuó eficazmente y la mordedura curó sin más complicaciones.

La, por los bañistas tan temida picadura del «xabiroi», el «Trachinus draco», araña o escorpión, pez acantopterigio, la gente de mar la trata cauterizándola con un hierro candente o con piedra infernal.

Oímos a un viejo asilado, sin embargo, que el mejor remedio era, una vez quitada con un cuchillo la baba negra que la cubre, rasparla fuertemente con un trozo de cuerno de chivo.

Otro asilado nos contó que conocía el caso de una chica mordida por una cabra, chica a la que, de miedo que rabiase, la llevaron al saludador de Albistur quien, con la técnica habitual de los de su gremio, que luego veremos, logró evitar tan peligrosa complicación.



Llegamos, con esto, a las mordeduras de perros, campo de elección de los saludadores. Pero digamos antes que cabe curarlas cubriendo la herida con pelos de la cola del mordedor, si es aprehendido... naturalmente, (12) o

bien por el sencillo procedimiento de comerse unos cuantos ajos, pero sembrados, precisamente, por Nochebuena, y recogidos antes de la salida del sol el día de San Juan (ibidem). Esta virtud reconocida a los ajos allende la frontera, le fué confirmada a Thalamás a quien contaron el caso de un muchacho que se curó cuando encerrado en la cocina, en pleno acceso de rabia, se tragó una ristra.

Dentro de la amplia gama de curanderos de ambos sexos suelen las gentes distinguirles con algún nombre particular debido a la especialidad que, con preferencia, cultivan; así les llaman «emplasteros»; «éfezuegilles», si curan con rezos; «ziñatzalles» si signan o conjuran; y «petrekillos», en sentido genérico, a los que tratan los huesos, a quienes, en el lado vasco-francés les dan el nombre de «damnatua». Pero hay unos, dotados de poder extraordinario, conferido, según creencia general, por alguna particular circunstancia de su nacimiento, a quienes se conoce como «salutadoreak» versión vasca del vocablo saludador.

Cree Azcue que esta superchería no ha sido originaria del país sino producto de importación y da argumentos favorables a su tesis (7-pág. 423). La creencia está muy extendida en toda la península ibérica y también fuera de ella.

En el Sur de España se considera que gozan de este privilegio las personas nacidas en determinado día, como Jueves o Viernes Santo, Nochebuena o la Encarnación; creen que la madre puede tener previo conocimiento del nacimiento de un ser dotado de tal poder, porque durante su embarazo le ha oído llorar por tres veces, como ocurre para el «perpicaz» chileno, de igual significación, pero es secreto que no debe revelar so pena que el feto pierda su virtud. En otras partes, la circunstancia de su aparición va unida al número de gestaciones anteriores de la madre y éste es precisamente el detalle que caracteriza a nuestros «salutadores», pues debe ser el séptimo hijo varón, sin hembras intermedias, aun cuando en algunos pueblos de Vizcaya se considere igualmente dotada, a la séptima de siete hijas, igual que en Normandía (7-pág. 421).

Según el P. Le Brun (28-p. 107) en Francia se cree que los hijos nacidos en tales circunstancias son capaces de curar tercianas, cuartanas y escrófulas tras de ayunar los tres a nueve días anteriores a su contacto con el enfermo.

A las hijas en igual caso las creen dotadas para curar las «mules aux talons», que debe de referirse a cierta afección descrita en las extremidades del ganado.

Son peculiaridades características de los saludadores, la

presencia de una cruz debajo de la lengua, en el suelo de la boca, o bien en el velo del paladar; la poderosa virtud de su saliva para curar determinadas enfermedades, principalmente la rabia; y la propiedad de no quemarse con el calor.

Según el Maestro Ciruelo, para encubrir su maldad, se fingen familiares de Santa Catalina o Santa Quiteria (39-p.264). Así lo confirma el P. Le Brun (28-p. 106) diciendo de los saludadores de España que se consideran parientes de Santa Catalina porque, desde el claustro uterino, llevan grabada en alguna parte de su cuerpo la imagen de una rueda entera o rota, «aunque se la hayan hecho ellos mismos», como dicen Leonard Vait y el P. Teófilo Rainault.

Se lee en la Enciclopedia Espasa, que los dotados con el don de Santa Catalina llevan un tatuaje en el pecho representando una rueda, y los que gozan de la protección de Santa Quiteria son los que presentan la cruz en el paladar.

El Duque de Maura, en su libro «Supersticiones» (16) dedica un interesante capítulo a los saludadores con citas de las obras de Ciruelo y Navarro que en pasados siglos se ocuparon de tales supercherías.

Grandes virtudes curativas se han atribuído siempre a la saliva humana, pero si se añaden a ella la cruz de misterioso poder grabada en la boca y la singular resistencia del paladar al calor, la concordancia de los tres factores es capaz de obrar tales maravillas que pasa a un segundo plano la influencia, primordial para nosotros, de la poderosa succión que verifica el saludador sobre la mordedura y cuya eficacia va íntimamente ligada a la precocidad de su aplicación.

En efecto, la parte fundamental de la intervención del saludador en la cura de la rabia consiste en la intensa succión de la herida y su cauterización por el aceite hirviendo, que retiene en la boca y proyecta con fuerza sobre ella. Si el germen productor no ha tenido aún tiempo de extenderse por el organismo y permanece acantonado en las anfractuosidades de la puerta de entrada, es posible aunque muy problemática, su eliminación o destrucción gracias a

aquellas maniobras, nunca por la prodigiosa virtud de la saliva o la influencia de la pretendida cruz.

La propiedad de resistir en la boca el calor del aceite hirviendo, no es privilegio especial de determinadas personas, sino producto más bien de un entrenamiento progresivo. Y, en cuanto a su pretendida inmunidad contra el fuego, fruto es de la superchería. Según el P. Le Brun (28-p. 106)

para preservarse de él, dice que suelen untarse con la grasa del jugo de «manue», de la ortiga bastarda o «foirolle» y otras hierbas. D'Iharce (15-p. 409) cita fórmulas del Obispo Alberto el Grande de Ratisbona, en el Siglo XIII, para evitar las quemaduras; fórmulas acaso conocidas de los saludadores. Una de ellas consiste en frotar el cuerpo con una mezcla, a partes iguales, de cola de pescado y alumbre, fundidos en vinagre natural. Y añade, que según Cardan, basta lavarse



las manos en orina para que no se quemen. Análoga propiedad deben de conferir las frotaciones con solución de alumbre, y jabón duro algo humedecido, o jugo de cebollas y ciertas esencias, utilizados por los saludadores.

El saludador, que goza de tan prodigiosas virtudes, no está, sin embargo, inmune contra la enfermedad que su poder domina, y, lo que es más doloroso, puede sucumbir de ella en el ejercicio de su salvadora misión. Tal se desprende del siguiente relato de Gorosábel (22-p. 359): José Antonio de Iraola, «afamado saludador de la aldea de Goyaz» fué llamado en 1860 a prestar su asistencia a un vizcaíno mordido por un perro y que curó gracias a su intervención. Pero

sucedió que el chucho rabioso, al que el saludador no quiso que lo atasen, le mordió en la cara y, víctima de sus embustes falleció cuarenta y seis días después.

La Iglesia ha combatido siempre este tipo de creencias. Ya en las Constituciones Synodales del Obispado de Pamplona, del mes de Agosto de 1590, en su libro quinto y en el Apartado de Sortilegios se ordena «que se haga diligente inquisición, contra los sortilegios y adivinos» a quienes se les pone pena, y en un segundo capítulo dicen «que no se consientan saludadores ni ensalmadores ni bendicidores, ni nóminas no aprobadas» que hacen gran daño a la República Cristiana «porque comunmente los que usan semejantes abusos, quieren aplicar sus falsas palabras por vía de medicina, que ni son ciertas, ni aprobadas, según nuestra Santa Fe Católica».

No obstante tales disposiciones, los saludadores tuvieron gran reputación en el País; los hubo, más o menos afa- mados, por doquier y en todos los tiempos; el hecho de que no hayamos logrado localizar alguno en nuestros días, no es óbice para afirmar su existencia, probablemente cierta. Mas lo curioso del caso es que su actuación no se ha limitado al terreno privado sino que, en épocas pasadas encontramos algunos oficialmente reconocidos, en virtud de no sabemos qué conocimientos o títulos, ni la procedencia de estos últimos. Así un acuerdo de las Juntas de Azpeitia celebradas en 1743, dice textualmente refiriéndose a los saludadores: «acordó que las Justicias cuiden de hazer exhibir sus títulos a los que llegaren a su Jurisdicción; y no manifestándolos con uso de la Diputación, los echen sin dexarles usar de su Oficio, ni permitirles, que como tales pidan limosna». Acuerdo cuya confirmación por las Juntas de Rentería de 1757 no hemos podido cotejar.

A ambas resoluciones hace referencia Gorosábel (22-p. 359) y añade que siendo desatendidas, la Diputación de Guipúzcoa tuvo que procesar en 1757 a tres vecinos de Albistur, Ormaiztegui y Azpeitia como infractores, y nuevamente en 1781 al de Albistur, por denuncia del párroco de Anoeta, en virtud de la desgraciada intervención de aquél cerca de una

niña mordida por un perro rabioso. A pesar de la cura practicada por dicho saludador, de la visita hecha a cierta mujer de Hernani para que le aplicase «la piedra culebrera», y de los ensalmos recitados desde su casa de Albistur por el hechicero, la enferma murió a los veintiocho días de mordida.

Mas, por otra parte, hemos de hacer constar que en aquellos tiempos todavía, siguiendo costumbre más antigua, sus servicios eran incluso contratados por los municipios cuando los creían de conveniencia para el vecindario. Así en el Acta del 28 de septiembre de 1637 del Ayuntamiento de Hernani, consta: «Item mandaron librar y pagar a diego mendez navarro saludador cincuenta Reales que a de haver de su salario por dinero de tal saludador conforme lo decretado en Ayuntamiento de especiales que está en este libro».

En cuanto a la de Alava, Fortunato Grandes, (23-p. 380) transcribe la siguiente partida de las cuentas del Ayuntamiento de Salvatierra, de 1578-79: «Tres ducados que por nuestro acuerdo y mandato distes y pagastes o los habeis de dar y pagar a Martín Saez de Otaza Saludador que por nuestro acuerdo y mandado vino a esta villa para que saludase a las gentes y ganados della porque habían andado en esta villa ciertos perros rabiosos y ganados y para quitar sospecha e inconveniente que a debizote (?) sucederían se mandó traer y se le dieron por los días que estuvo en esta villa e trabajo que rescibió en ella los dichos tres ducados». En 1689 aparece contratado Gabriel de Izaguirre, vecino de Oñate, por «una fanega de trigo al año y ocho reales por cada día que viniere a visita ordinaria los meses de marzo y julio. En 1727 hicieron escritura por nueve años con José Ruiz de Eguino, vecino de Oyon. En 1736 hay otro asiento a favor de un saludador para el ganado, y de la saludadora Catalina, mujer de Antonio Madariaga, de Cegama, en 1772 con igual fin. Escarmentado el Concejo, en 1760 prescindió ya de los servicios de tales farsantes y en 1805 creyó más oportuno requerir las bendiciones especiales de un sacerdote, cuyos resultados serían parejos.

También en la Historia de Valmaseda, (34-p. 389) se

habla de saludadores de ambos sexos contratados para ejercer su virtud contra la rabia durante los Siglos XVII y XVIII hasta que más tarde recurrieron, como en Salvatierra, a los buenos servicios de los monjes bernardos del Monasterio de Riosequillo.

Azcue (7-p. 420) hace amplia referencia a los saludadores y anota algunos datos, que bueno será consignarlos como complemento del capítulo. De ellos se deduce, ante todo, que la tradición de los saludadores de Salvatierra y Albistur se ha mantenido fértil a lo largo de los años, pues advierte que en su juventud, «iban a Salvatierra de Alava muchas mujeres bizcainas con sus niños enfermos en busca de salud, al saludador que allí vivía». Otro tanto ocurría con las personas mordidas por perros o animales rabiosos que eran llevadas de Arrona a Albistur. Acaso se refiera al mismo saludador de este último lugar en otra nota en la cual indica que, unos cincuenta y seis años atrás, existía uno en aquella aldea que, «estando atacado de hidrofobia todo el rebaño de ovejas, solía mover en la boca aceite hervido y lo arrojaba a las ovejas. Todas ellas quedaron curadas de la rabia».

Pero, en Salvatierra las dotes de saludador no eran privativas de éste, pues mordida por perro rabioso la señora del molino de «Lambrebe», de un barrio de Ceánuri, fué llevada al monasterio o convento de monjas cuyo capellán «le dió para beber agua como de ajos y le conoció en los ojos que se curó».

Habla también de otro saludador existente en Urruña, al otro lado de la frontera, hace unos veinticinco años, cuya habilidad se extendía a curar las heridas por hacha. Así como de una de Ezpeleta, aldea de allende los Pirineos, de la familia Intzaugarate, que presenta una cruz en la parte alta de la boca.

En cuanto al trato de entidades con representantes de este gremio aporta que en el libro de cuentas del Ayuntamiento de Salinas de Léniz año 1632, folio 3, se lee que «vino el saludador de Elorrio para el ganado, que se mezcló con perros rabiosos». Y añade: «en el año de 1677 a 1678 se di-

ieron misas en San Martín cuando vino el saludador por las enfermedades de la rabia».

La correspondencia de las fechas de estas citas con las antes mencionadas de Hernani y Salvatierra indica la época en que el reconocimiento oficial de los saludadores estuvo más en boga.

A pesar de denuncias y medidas coercitivas, la casta de saludadores no desapareció ni, como damos por supuesto, es fácil que lo haga mientras en la familia vasca no falten séptimos hijos y las dificultades económicas, unidas a la credulidad rural, no permitan prescindir de los graciosos beneficios proporcionados por tan extraordinaria virtud.



XVIII

ALGUNOS CURANDEROS FAMOSOS DE GUIPUZCOA

EN los capítulos precedentes hemos expuesto, sin haber sido capaces de restar aridez a la enojosa relación de datos, los que poseemos acerca de la medicina popular en nuestro país, según habíamos prometido al lector.

A lo largo de estas páginas ha surgido más de una alusión —breve de ordinario— a algunos curanderos. Nos proponemos ahora hacer mención un poco más extensa de aquéllos que, por su nombradía, son aun recordados por el pueblo e imitados por sus secuaces, circunscribiéndonos a los de Guipúzcoa por sernos más conocidos. A ellos dedicamos este capítulo final.

Hoy, todavía, la floración de curanderos se desarrolla lozana y cuenta con eximios representantes. Tratar de éstos nos parece tarea improcedente, y más para un médico, que sólo con pluma airada puede tocar el tema.

Volvamos los ojos a la pequeña historia —labor asaz más grata— y presentemos algunos miembros pretéritos de la grey curanderil.

«Arnobate»

Ha sido el caserío «Arnoate» (eufónicamente «Arnobate») cuna de varias generaciones de curanderos quienes, a su vez, han dado origen a reputados médicos contemporáneos que, a la práctica de sus antepasados han unido los conocimientos adquiridos en sus estudios universitarios y en un ejemplar ejercicio profesional. El último representante de los curanderos de este Caserío, fué Julián, llamado «Arnobate» cuyo recuerdo se mantiene todavía y del que luego nos ocuparemos. Si remontamos dos generaciones, su abuelo era ya conocido en el arte, así como otro hermano que se estableció en Elgóibar y del que por línea directa descendieron un notable médico y el hijo de éste, renombrado cirujano contemporáneo.

El padre de Julián era también afamado como curandero, con el sobrenombre de «Arnobateko» y a él acudían gentes de toda la provincia, lesionados de las minas de Somorrostro tras varias jornadas de camino transportados en parihuelas, así como «indianos» deseosos de recuperar las funciones de sus miembros semi-anquilosados a partir de viejos percances sufridos allí en las Pampas o California. Un hermano suyo, dedicado a análogas actividades se estableció en Amorebieta y en Marquina una hermana, conocida como «Mari Arnobate» que llegó a lograr gran fama por sus curaciones. Nos han referido el tratamiento que con sorprendente éxito utilizaba en las quemaduras, que curaban con cicatrices apenas deformes, cubriéndolas con cristal finamente pulverizado. El padre de Julián no sólo preparó a su hijo para que continuase su propia ruta, sino que tuvo también otros discípulos, y entre ellos a un colono suyo, el del Caserío «Agifetxiki», de apellido San Martín, quien, trasladado a la Argentina, logró gran nombradía y tuvo un hijo, donostiaña de nacimiento, el doctor don Angel F. San Martín, Catedrático de Patología Quirúrgica de la Facultad de Medicina de Buenos Aires.

Y con esto llegamos al mismo Julián de Arrillaga y Al-

berdi, hijo menor del matrimonio de José Andrés y María Magdalena, naturales de Elgóibar y Marquina, respectivamente. Nació el nueve de Septiembre de 1883 en el Caserío «Arnoate» situado en el término municipal de Elgóibar, a unos diez kilómetros del casco de población, en las lindes de Elgóibar, Marquina y Motrico. Falleció con 62 años el nueve de enero de 1917, en la primera de estas villas.

De mozalbete le envió su padre a casa de unos parientes de Bermeo, en donde asistió a la escuela, y luego a Vitoria para perfeccionarse en el habla castellana. Más adelante, con franco prestigio logrado en años de ejercicio curanderil, el diecisiete de junio de 1896 obtuvo el título de Practicante, en Zaragoza, aun a trueque del sacrificio que, por sus escasas letras, suponían los estudios, con ánimo, sin duda, de garantizar sus actividades; fué mentor suyo el Dr. Pedro de Uncilla, celebrado médico de Durango, y solamente contadas personas tuvieron noticia de la posesión de este título, que Julián parecía interesado en ocultar.

Al fallecimiento de su padre, ocurrido hacia 1889, construyó, para habitarla con su familia, una casa en Elgóibar, y estableció en ella una pensión de huéspedes que le permitía mayor libertad de actuación.

Tenía particular afición al tratamiento de las fracturas y la reducción de las luxaciones, que ejecutaba con rara habilidad. Suyo es el procedimiento de reducir la de maxilar inferior sin necesidad de ayuda alguna, ni de introducir los dedos en la boca, con sólo tumbar al accidentado sobre una tabla en la que la cabeza queda apoyada e inmóvil, y merced a un acertado movimiento de los pulgares del práctico, sobre la mandíbula dislocada. Otro de los aciertos de Julián fué el empleo de camas estrechas, de sesenta centímetros de anchura, que impiden casi toda movilidad a los fracturados de miembros inferiores y facilita la incorporación, sin ayuda, del mismo enfermo. Solía utilizar para férulas tablillas de castaño que, húmedas, no sólo se adaptan perfectamente al miembro lesionado, sino que conservan su forma con indudable ventaja para la renovación de las curas. El vendaje que colocaba sobre ellas lo impregnaba en clara de huevo que le

proporcionaba cierta consistencia, análogamente a la cola de zinc de uso magistral. Gran masajista, conocía además a la perfección el valor de los movimientos pasivos, una vez retirado el apósito.

Acostumbraba decir que jamás había cogido un lápiz para redactar una receta; nunca usó de brebajes ni mixturas; cuando más, recomendó el aceite de ricino o la sal de higuera muy en boga en la época o aun después. Sabía manejar emplastos o compresas húmedas calientes; en las heridas empleaba un ungüento compuesto de resina, trementina, pez y aceite. Al oír hablar de él llama la atención la auténtica intuición médica de que estaba dotado y que seguramente le impidió, más que los conocimientos teóricos logrados en su carrera, caer en los frecuentes errores que caracterizan la práctica curanderil ordinaria.

Su campo de acción se extendía, aparte de estas provincias, hasta la Rioja, pero la mayoría de los clientes venían a buscarle a Elgoibar o a la «consulta» que estableció en San Sebastián. Por cierto que en ésta, no dejó de presentarse en cierta ocasión una pareja de policías con la pretensión de que tratase a uno de ellos afecto de una osteitis. Aun cuando el curandero no quiso intervenir por considerar el caso más propio de un cirujano, fué conducido al Gobierno Civil y sancionado con quinientas pesetas. Por una vez hizo valer su título de practicante que, con el de médico de su hijo que le respaldaba, bastaron para terminar el incidente.

Gran jinete, el recorrido de Elgoibar-Donostia y regreso, solía hacerlo a lomos de su caballo con el exclusivo objeto de no pasar las noches fuera de casa.

Un hijo del famoso «Arnobate» que nos ocupa, es hoy prestigioso cirujano, y tampoco en él termina la vena galénica de la familia que cuenta con otro representante en la siguiente generación. El mencionado cirujano, con filial respeto, nos ha proporcionado los datos que trasmitimos al lector, y aun queda un sucedido, si bien ajeno a nuestro tema, no menos interesante para la historia del caserío «Arnoate». Y es que, de regreso de una excursión a Marquina,

pernoctó en él el Cura Santa Cruz, con tal fortuna que, a las pocas horas de su llegada, cayó por allí un grupo de voluntarios eibarreses a acogerse bajo el mismo techo. Mientras éstos, ajenos a tal circunstancia, pasaron la noche en la planta baja de la casa, Santa Cruz aguardaba el amanecer escondido en una habitación del piso alto de la misma.

Curandero de «Masa-Martín»

Juan José Echenique se llamaba, y de él hemos hecho mención en el Capítulo VII al hablar del proceso que se le incoó a causa de las balas que hacía tragar para curar el estreñimiento.

Lo que no dijimos entonces y es justo que hagamos constar, sea en descargo de su memoria, es que el procedimiento no era de su invención. Así lo demostró el mismo médico forense que intervino en el asunto, confesando al defensor del procesado que las balas obraban por pura acción mecánica y que, en tiempos pasados, él mismo había tenido ocasión de emplearlas, sin contratiempo alguno. Argumento que, hábilmente esgrimido por el togado valió al curandero su absolución.

Era Echenique oriundo del Caserío «Masa-Martín» al pie de Zorroaga (Sn. Sn.), en el que habitaba. De estatura media, delgado y enérgico. No sabía leer, menos aún escribir, pero dotado de gran talento natural. Merced a él y sin estudio alguno, llegó a tocar muy bien el violín, y era contratado por tal habilidad para fiestas familiares y regocijos populares. Pudo haber gozado de alguna posición y fortuna pero su intemperancia en el beber le acarreó no sólo disgustos continuos y la ruina de su hacienda, sino también la trágica muerte acaecida en 1915 cuando contaba algo más de sesenta años.

Su especialidad más destacada era la cura del «urdalleko» y de los «aires», que trataba principalmente con masajes. Otros detalles de sus prácticas han quedado consignados en el mismo capítulo antes citado.

«Petriquillo»

La dinastía más renombrada de curanderos del País, es sin lugar a duda, la de los «Petriquillo». Su origen conocido nos lleva a mediados del Siglo XVIII, y fué su fama tan cimentada, que han legado su nombre, como genérico, a cuantos curanderos se han dedicado posteriormente al arreglo de brazos y piernas rotos o maltrechos, que constituían su especialidad.

I. - Fué el primero Juan Francisco Tomás de Tellería y Arrieta, nacido el 12 de julio de 1721 probablemente en el caserío «Barbaria», o acaso en el «Goenetxe» de la villa de Cerain (Guipúzcoa). Simple pastor, pobre y sin cultura, trashumaba con su rebaño, como tantos otros de análoga condición. Por la pericia adquirida en el arreglo de miembros descalabrados del ganado, se extendió su reputación, y a él acudieron también las personas buscando alivio para sus lesionados huesos o articulaciones. Con habilidad especial coaptaba —según todavía se cuenta— los fragmentos fracturados, y después de un masaje, los mantenía en posición merced a un entablillado con mimbres («zumea») para venderlos después.

Su fama le reportó ingresos suficientes para remontar la situación económica de su amenazado caserío.

De su matrimonio con María Josefa de Guridi tuvo cuatro hijos, y fallecida ésta a los nueve años, contrajo segundas nupcias con Juana de Uribe, en Mutiloa, la cual le dió siete hijos más, siendo el cuarto José Francisco.

II. - José Francisco de Tellería y Uribe, el más renombrado de los «Petriquillo», nació en el Caserío «Arane» de la misma villa de Cerain, el 1 de Octubre de 1774. Hechos algunos estudios elementales, se dedicó de lleno a la curandería, «a los huesos» con predilección. Pérez Galdós (37) lo describe como «hombre menudo, inquieto, hablador, con la cabeza tan calva y negruzca que parecía una calabaza de peregrino». Y en el párrafo que le dedica la Enciclopedia Espasa se lee que «a pesar de no haber hecho estudios profesionales,

adquirió en este particular de la curación de fracturas tal renombre, que durante el reinado de Fernando VII fué llamado a Madrid, donde también alcanzó éxito». La versión popular de éste o algún otro parecido viaje a la Corte, la hemos podido oír de labios de persona que llegó a conocer al tercer «Petriquillo», hijo del que nos ocupa. Se decía que, por envidia de los médicos, fué llamado a Madrid a examinarse; el ejercicio consistió en la adecuada ordenación de los huesos de un esqueleto; observó nuestro hombre las diferentes piezas y contestó que no podía hacerlo mientras no le diesen el huesecillo que faltaba: era la falangina del meñique de la mano. La certera observación bastó para que obtuviese permiso para seguir practicando, según se decía, al menos.

Montado sobre su mula recorría algunos pueblos de la provincia pasando en ellos consulta en días fijos. Sus ganancias fueron saneadas.

Si sus curas le hicieron famoso entre las gentes, su nombre pasó a la Historia debido a su intervención en la desgraciada herida que ocasionó la muerte de Zumalacárregui.

El General le conocía bien de tiempo atrás, y que le inspiraba absoluta confianza lo demuestran entre otros, estos dos datos: una carta de su puño y letra conservada hasta hace poco por un descendiente de la familia, que la donó al Museo de Pamplona, según nos dijo, en la cual Zumalacárregui le pedía que se trasladase a las Améscoas para hacerse cargo del tratamiento de sus heridas; y en segundo lugar la frase de su biógrafo Madrazo (p. 352): «Los médicos González, Grediaga, Gelos y el inglés seguían a pocos pasos de distancia del herido, y aun no habían andado dos leguas, cuando se incorporó a ellos el famoso Petriquillo, en cuya portentosa habilidad tenía tan ciega confianza el general carlista».

Se sale de nuestro propósito el puntualizar la intervención, a todas luces desdichada, que tuvo en el caso de Zumalacárregui y que el citado doctor González Grediaga especifica en un interesante apéndice que acompaña a la obra de Madrazo.

Siete años después que el General, moría de forma mis-

teriosa su curandero. El cadáver, custodiado según es tradición por la mula en que cabalgaba cuando sufrió el accidente, fué hallado cerca del alto de Udana (Oñate) en lugar que una estela funeraria recuerda con esta inscripción: «Aquí murió D. José Fran^{co} Tellería, alias Petriquillo, el 11 de agosto de 1842».

Sin que podamos aseverarlo, se cuenta que, en sus visitas a Oñate, solía hospedarse en casa de una señora viuda, de cuya hija se hallaba prendado un hijo del curandero. A las continuas solicitudes de matrimonio presentadas en nombre de su hijo, recibía invariables evasivas. Un día, por fin, planteó seriamente la cuestión y la respuesta fué una rotunda negativa.

Disgustado y excitado en gran manera por la discusión suscitada, abandonó airado la casa, y cabalgando en su mula partió de Oñate por el camino de Udana. ¿Sufrió un malestar y cayó del animal, o sintiéndose mortalmente indispuerto se apeó de la cabalgadura? Nada se sabe, aunque la ausencia de traumatismos del cadáver hizo pensar en la segunda hipótesis como más verosímil.

En la página 280 del año 1949 del Boletín de los Amigos del País se encuentra publicada la partida de defunción de José Francisco Tellería copiada del Archivo Parroquial de Oñate en la que consta que falleció a los 66 años, «según dicen, de una caída de caballería, causada por alguna indisposición... en el punto y sitio denominado Inunciaga». Por ella sabemos que se practicó la autopsia, «se le hizo una función fúnebre de nueve capas, con Misa Solemne; y además hubo misas rezadas para todo el Cabildo». Datos que atestiguan la brillante situación económica en que sorprendió la muerte al renombrado curandero. Mas no a los 66 años sino a los 67 bien cumplidos, según se desprende de su Partida de Bautismo, que con los demás datos cronológicos de este apartado los debemos a la amabilidad del actual Párroco de Cerain, don Francisco Sarasua.

III. - José Francisco casó en 1803 con María Josefa de Arrieta y nacieron cuatro hijos. El primogénito José Francisco como su padre, vino al mundo el 23 de Diciembre de

1804, en la misma casa que su progenitor. El tercero, Fermín, fué Cura Párroco de su pueblo natal.

De José Francisco de Tellería y Arrieta, el tercer «Petriquillo» de Cerain, tenemos alguna noticia directa por persona que en su niñez llegó a conocerle. Hombre bueno, muy considerado y querido en el pueblo, del que fué alcalde, era sin embargo vivo de genio y de carácter duro. Sendas anécdotas ilustran este doble aspecto de su personalidad. La primera refleja su inclinación al bien, aunque juzgando con mentalidad moderna no parezca tan pristina la pureza de intención: cuando, siendo alcalde, veía a algunos de sus vecinos agobiados por el pago de las cargas contributivas, las cubría de su bolsillo; el beneficiado, en compensación, laboraba en la heredad de «Petri» por tantos sueldos cuanta fuera la cuantía del desembolso. La segunda anécdota habla del temor que inspiraban en la casa las vivas reacciones del señor de ella. Siguiendo la norma de su padre, recorría él también los pueblos ejerciendo su oficio de curandero, por lo que las ausencias del caserío eran frecuentes. Al regreso de sus viajes, en cuanto, desde el último recodo del camino, adivinaba su mula la proximidad del establo, rebuznaba gozosa sirviendo de advertencia de su llegada no sólo a los vecinos, sino también, y principalmente, a los criados de la casa que se afanaban con premura para complacer al amo a su arribo.

Contrajo nupcias con Josefa Ignacia Lizarribar, natural de Orendain, a los 50 años de edad y, a juzgar por los libros parroquiales, no tuvieron descendencia. Con el matrimonio vivió una sobrina de ella, María Eustaquia Lizarribar y Zatarain, casada a su vez y sin hijos, posible descendiente de «Torrea» en Usúrbil, de donde provendría el error corriente de atribuir este origen a la esposa de José Francisco.

La especialidad de éste fué la de sus antepasados, y según la condición social del enfermo, los honorarios variaban entre 1,50 y 2 pesetas por visita. Gentes de Navarra que acudían a Cerain para ser tratados, eran huéspedes suyos mientras podían regresar a sus casas.

El 27 de junio de 1880, falleció a los 75 años, de una apoplejía.

IV. - Tiburcio Gaztañaga Lizarribar, nacido en el Caserío «Aramendi-goena» de Villafranca, y fallecido en 1909, a los 68 años de edad, era sobrino por línea materna del último Petriquillo de Cerain. Por razón de familia y oficio era conocido como el «Petriquillo de Villafranca».

En la Facultad de San Carlos, de Madrid, hizo estudios oficiales de practicante, y al amparo del doctor San Martín adquirió conocimientos especiales en el tratamiento de los huesos y nociones de dermatología. Así preparado, y con un esqueleto en la maleta, volvió a casa para ir a ocupar el puesto de practicante en Abalcisqueta. En la segunda guerra carlista tuvo amplio campo para desarrollar sus actividades. Abandonó el puesto oficial que ostentaba y comenzó aquella otra vida, tradicional en la familia, de visitas a los pueblos a lomos de su mula, sentando sus reales en Villafranca.

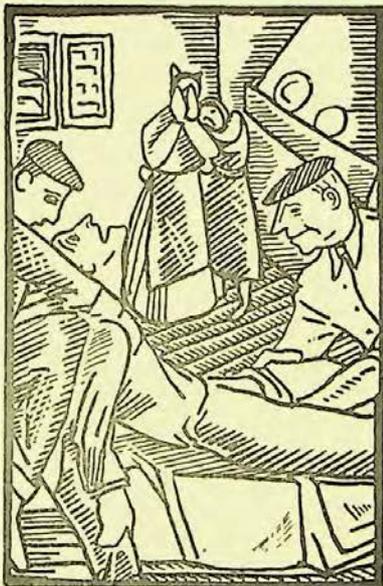
Amablemente recibidos por un sobrino suyo, hemos recogido de sus labios estos datos, y en la casa que habita nos fué enseñado un retrato del Tiburcio de los años mozos: fino el rostro, gallardo, rizado el pelo, poblado el bigote, muestra un apuesto galán. En la época de su fortuna curanderil era alto, fuerte y grueso, menos atildado al par que más campechano y zumbón. En la Revista que Villafranca de Oria ha editado en ocasión del pasado Año Santo cuentan de este «Petriquillo» que «tenía su cuartel general, o sea las consultas y sala de operaciones, en la casa de «Putrhu», donde se formaba la «romería» por la gran aglomeración de pacientes que esperaban turno; precisamente en esta casa había un bar, con el consiguiente beneficio motivado por los parroquianos de «Petriquillo». A la noticia sigue una graciosa anécdota: «Parece frecuentaba la misa de ocho los domingos, y al preguntarle que por qué no iba a misa mayor, contestaba que «como asisto a pacientes pobres, no llega para misa mayor». Hacía la tertulia en casa de Oteguiña, y su «coche» consistía en un mulo, con el que recorría la clientela».

Para corregir las fracturas solía valerse de la poderosa ayuda de uno o dos fornidos jóvenes que, a pesar de los gritos del accidentado, realizaban la tracción conveniente, mientras él, con sus manos, aproximaba o coaptaba los frag-

mentos; daba después un buen masaje con aceite, y, si no tenía tablillas a mano, recortaba unas férulas de cartón para vender sobre ellas el miembro lesionado.

Ducho en el conocimiento de hierbas y sus aplicaciones, las recogía por sí mismo, como es norma entre curanderos. Su sobrino, al que hemos hecho referencia, recuerda todavía algunas de las más apreciadas por su tío, y entre otras varias, nos indica las siguientes: «alpistoa» (alpiste) para dolores de vejiga

«atxoerioa» (grama) en tisaña, para detener la leche del pecho; «belar-bedeinkatua», (valeriana) sedante del sistema nervioso; «balsamo belaía» o «ebaki-belaía» (caléndula) en las cortaduras; «birika-belaía» (pulmonaria) para enfermedades del pecho; «andre belaía» (¿hierba madrona?) que cura la matriz y procura la menstruación; «lupi belar» (¿eléboro?) en los tumores



(?); «ollacarana» (arraclán) en enfermedades de la piel; «beti bizia» (siempre viva) para curar los oídos; «lantzaskia» (agrimonia) para las «nubes de los ojos», según la recomendaba Dioscórides.

Con Tiburcio Gaztañaga termina la línea familiar de los «Petriquillo», que, como hemos dicho, gozaron, cada uno en su tiempo, de gran reputación que aun hoy perdura en la memoria de las gentes.

«Sakabi»

Fué «Sakabi», en el primer cuarto de este siglo, el curandero más famoso de Guipúzcoa, y no precisamente por el

nivel científico en que rayaban sus conocimientos sino más bien, quizá, por la desenvoltura de sus actuaciones y la teatralidad con que las adornaba.

De estatura media, fuerte, cuadrado y de pocas palabras; buen vividor y mejor bebedor, era el estado de embriaguez casi continua en que solía hallarse, la mejor garantía de sus certeros diagnósticos a juicio, al menos, de los clientes que en gran número recurrían a él.

Provenía su apodo del nombre del Caserío en que nació, próximo a Azcoitia —su cuartel general— pero en jurisdicción de Deva. Para sus traslados, incluso a los más lejanos rincones de la provincia, se hacía conducir en coche.

Pero, antes de presentarse ante el enfermo que reclamaba su ayuda, pedía una muestra de orina del paciente que miraba y remiraba, olía y hasta probaba, siempre ante testigos, para luego emitir su juicio no sólo acerca de la dolencia sino también de su localización. Ya ante el enfermo, le tomaba el pulso, auscultaba y reconocía con aires de suficiencia que emocionaban a los atónitos y numerosos espectadores que presenciaban la escena. Su conocimiento de las características del pulso era de tal hondura, que, a su decir, le bastaba tomarlo para diagnosticar la existencia de un embarazo.

Obtuvo grandes éxitos con la curación de las pulmonías que trataba con enormes emplastos colocados en pecho y espalda. Pero su auténtica especialidad era la tifoidea tratada invariablemente con un enérgico purgante de efectos brutales, del que se servía indistintamente para tratar al ganado variando sólo las dosis, según se decía. Aun cuando pretendía prepararlo por sí, con plantas recogidas en el Izarraitz, monte que domina Azcoitia, la verdad, según noticias fidedignas que nos proporciona persona técnica y que le conocía muy bien, es que se servía del Elixir purgante de Leroy en alguno de sus cuatro grados, que no podemos determinar. El tal purgante, desterrado hoy de todas las Farmacopeas, se componía de escamonea, turbit vegetal, jalapa, sen, alcohol, agua y azúcar; de él queda hoy el conocido «aguardiente alemán» en el cual entran los tres primeros

productos en diferente proporción. El preparado, por tierras de Azcoitia, al menos, es conocido por el vulgo como «Mus-sularue», interpretación fonética del Monsieur Leroy.

Aparte de estos informes, amablemente proporcionados en su mayor parte por Don Joaquín Azpiazu, farmacéutico azcoitiaíra, poseemos otro par más de los que daremos cuenta. Uno de ellos nos da a conocer su tratamiento de la flebitis provocando con emplastos una herida infectada en el dorso del pie correspondiente, para dar salida por ella a los «malos humores». El segundo es una curiosa anécdota que no dejaría de aumentar el renombre de nuestro curandero. Es la siguiente: ante un enfermo, moribundo a consecuencia de tifoidea, fué llamado el médico del pueblo que le visitó, en el lejano caserío, al filo de un mediodía. Convencido de la inminente defunción, pronosticada para el plazo de un par de horas, el galeno, por ahorrarse las molestias de una nueva caminata, redactó la correspondiente certificación y ordenó que en cuanto sobreviniese la muerte, condujeran el cadáver al cementerio del lugar. La aun esperanzada familia acudió a «Sakabi» quien con su purga salvó al desahuciado. Extrañado el médico a la mañana siguiente por no haber oído las campanas que doblaran a muerto, volvió al caserío, y ante la venturosa modificación del cuadro clínico, preguntó quién había intervenido en el caso. Al oír el nombre del curandero, desató su ira y marchó directamente al Juzgado a presentar una denuncia contra él. Convocó el Juez a la familia del enfermo, y a su filípica respondió, queda, una abuela: ¿«es digno de ser denunciado quien resucita un muerto?»?, al tiempo que ante el sorprendido Juez presentaba el famoso certificado prematuramente extendido por el médico. Inútil decir que la denuncia no surtió efecto alguno.

Escrito cuanto antecede, hemos gozado de una amena charla con el Dr. Echániz, de Deva, quien en varias circunstancias se lo encontró en el ejercicio profesional, y le asistió en su lecho de muerte, cuando atacado de una hemorragia cerebral, terminaba sus días a los 59 años de edad, en 1934.

La ciencia curandera de «Sakabi», o «Sakabiia» que de

ambas maneras era conocido, la heredó de su madre, la «atsua (vieja) de Sakabi», cuyo prestigio le valió incluso alguna llamada de Madrid por quienes, durante el verano, la habían tratado.

La «mise en scène» del curandero daba comienzo ya a la vista del caserío que fuera a visitar. En sus proximidades hacía callar a sus acompañantes, a fin de «recogerse» y pensar detenidamente en el enfermo que reclamaba sus servicios. El mencionado doctor fué testigo de la siguiente escena: de camino a una «consulta», apenas despejado de una de sus habituales borracheras a fuerza de vómitos provocados por el traqueteo del coche que le conducía, sintió vivos deseos de vaciar su intestino, y ordenado el jalto! tomó posiciones al borde de la carretera, protegido por la obscuridad de la noche; al poco rato llamaba al conductor para que encendida, una cerilla, recogiese unas hierbas próximas al lugar, que luego administraría al paciente. A las hierbas se añadían, como caudal terapéutico, orina del ganado del establo, deyecciones del corral y análogas materias. Su pretendida preparación vegetal, de la que ya hemos hablado, era expandida en el caserío a cinco duros botella, en aquel entonces, y aun hoy se sigue preparando y vendiendo, gracias a su reputación. Su campo de acción preferente es en el tifus, amplio cajón de sastre de cien afecciones dispares, que «Sakabi» llamaba «Kiputx».

Echániz asistió, in extremis, a las dos únicas hijas del curandero que en plazo de ocho días fallecieron por neumonía post-gripal. Creía el padre, como de ordinario, que se trataba de «kiputx beltza» (tifus negro...) a juzgar sin duda por su maligno aspecto, y antes de dar su brazo a torcer en la porfía que sostenía con el médico a la cabecera de la segunda, ya que nunca aceptó el diagnóstico de la pulmonía que ocasionó la muerte de la primera, afirmó con toda seriedad que iba a explorar a la enferma. Para ello sacó de su bolsillo un grueso reloj que colocó en el ombligo de la chica y tras de apoyar la oreja unos segundos sobre él, sentenció seriamente ante el atónito doctor: «no tiene pulmonía». Lo cual no fué óbice para que la enfermedad, no debidamente

atendida por su terquedad, siguiera el mismo curso fatal que en el primer caso.

Bueno será aclarar, ya que no en descargo del curandero, al menos como justificación de su fracaso, el que, según propia confesión del interesado, se tenía por más impuesto en las enfermedades de cintura para abajo que en las de cintura para arriba. De aquí su preferencia por el diagnóstico del «kiputx» sobre cualquier otro mal y el uso abusivo de los purgantes, que le caracterizaba.

Del rico anecdotario que posee nuestro compañero, el Dr. Echániz, en relación con «Sakabi», vamos a ofrecer al lector una última muestra que revela la justa y extendida fama que su intemperancia en el beber le proporcionó. En cierta ocasión fué requerido para asistir a un amigo suyo, conocido como «Herrero», por su profesión, vecino de Azcoitia y con un hábito etílico parejo al suyo. «Herrero», a causa de una cirrosis de hígado en fase terminal, se hallaba en cama, con el vientre hinchado por la hidropesía. No tuvo dificultad el curandero para hacer el diagnóstico y su recomendación se redujo a ponerle un régimen y proscribirle en absoluto el uso del alcohol. El paciente le escuchaba resignado pero al llegar a este punto, entre dolorido e indignado, repuso a su amigo: «euk edan bear dituk denak?» (tienes que beberlos tú todos?).

El verdadero nombre de «Sakabi», apenas conocido, era Sebastián Azpiazu Unanue. A su muerte dejó dos hijos varones. Hay en la familia quien, aunque con escaso éxito, sigue la tradición curanderil. Mas, parece ser que su auténtico discípulo y continuador es «Artajalei», conocido curandero contemporáneo, de Deva.

«Trukuman»

José Errasti Elola, «Trukuman», era como sus antepasados, del Caserío «Palankadi» de la jurisdicción de Cestona. Nacido a mediados del pasado siglo, falleció por una afección cardíaca a los 69 años, en 1922. De mediana estatura,

complección recia y fuertes rasgos, se le veía siempre vestido con la clásica y negra blusa de los aldeanos vascos. La versión más aceptable del origen del apodo que distinguía a la familia, nos la ha dado una hermana suya que cree fué aplicado por primera vez a su abuelo, curandero también, que en sus prodigiosas curas no iba a la zaga de un cierto médico militar francés (?) que viniendo con la tropa, dejó recuerdo por su pericia en San Sebastián.



En la familia se conserva una anécdota de dicho abuelo que se remonta a la primera guerra carlista. Cuentan que, habiéndose caído en Azpeitia un general de Don Carlos, sufrió la luxación de un hombro. Como el más experto en estas lides, y haciendo caso omiso de los médicos, requirieron la presencia de «Truku» que, al atardecer de aquel día se dedicaba al carboneo. Sin darle tiempo a pasar por «Pallankadi» para adecentarse debidamente, fué llevado a la Fonda en que se hospedaba el general, en donde las señoras de la casa le lavaron concienzudamente y le vistieron una camisa blanca planchada, prenda usada por primera vez en su vida. Presentado así ante el lesionado, le exploró y llamando a dos forzudos jóvenes de su confianza, redujo la luxación en un abrir y cerrar de ojos, recibiendo en premio una onza de oro de manos del agradecido militar.

Por lo que nos cuentan sus hermanos sabemos que «bóticás interiores, jamás dió; ayudar al mal interior desde el exterior, sí». No tenía especialidad definida dentro de la curandería, recomendaba mucho los baños de vapor con romero, utilizando para provocar vaho, el viejo método de introducir en el agua trozos de calizas («karaitza») calentados al rojo. De sus emplastos recuerdan uno eficazísimo para dolores de estómago, preparado con tres huevos podridos, canela y remoyuelo. (?)

Otros muchos curanderos ha habido en Guipúzcoa en pasados tiempos, pero su nombre y fama no alcanzaron el destacado relieve de los que venimos de mencionar.

Con cuya noticia damos fin a estos capítulos dedicados a recopilar y enriquecer, en la medida de nuestras posibilidades, una faceta del folklore del País Vasco.



APENDICE

Relación de algunas de las plantas más conocidas en la región por sus aplicaciones en la medicina popular. Si el lector desea una mayor información a este respecto, podrá encontrarla en la obra de Lacoizqueta, en los artículos publicados por Soubervielle en la Revista «Gure Herria» y en los de Aranzadi y Bähr aparecidos en la Revista Internacional de Estudios Vascos, a los que también nosotros hemos recurrido para algunas sinonimias.

Aingeru belaf: (Angélica). Emplastos.

Aien-goñi: sarmiento rojo. En frotaciones, en la «legena».

Alpistea: alpiste. Dolores de vejiga.

Altza: aliso. Reumatismo. En cataplasma para las mordeduras de culebra.

Ama-Birgíña belafa: azucena. Tos ferina.

Andre belafa: ¿hierba madrona?-Trastornos menstruales.

Aogofi, uztei belafa: lengua de vaca, rumex. Sarna, depurativa, tuberculosis.

Astapalao, kardulats: cardencha. Emoliente, depurativa.

Arto-bizaf: barbas de maíz. Diurética.

Atxoeria: grama. Diurética, para detener la secreción láctea.

Atz-bedafa: cólchico. Sarna.

Aza: berza. Estreñimiento.

Balsamo-belaf, ebaki-belaf: caléndula. Cortaduras.

Baratzuri: ajo. Viruela, borrachera, «legena», para frotar los callos.

Basarantza: espino silvestre. Para ulceraciones.

Belaf-bedeinkatua, suhar-belafa: valeriana. Heridas, sedante.

Belaf-beltz, us-ustoa: escrofularia. Escrófulas, diviesos, cánceres, quemaduras.

- Belaf-miñ: acedera. Contra la tensión arterial.
 Belafi-belaña, beti-bizia: siempreviva mayor. Dolores de oído.
 Birika-belaña: pulmonaria. Afecciones del pecho.
 Bizio-bedañ: hierba para lombrices.
 Bozkoitz: ruda. Laxante.
 Efeñots: laurel. Cocimientos, magia.
 Efe-belañ: jaro. Afecciones de los dedos.
 Efosta-belañ: genciana. Tónica, antipirética.
 Ezker-aien: virgaza, hierba de pordioseros. Dolor de cabeza.
 Illar-ondo: arum, aro. Forúnculos, «legena».
 Iñuntzi-belañ: tamujo. Heridas.
 Laañ-osto: zarza. En gargarismos, en irritaciones faríngeas.
 Lapa-ixiki: bardana. Diurética.
 Latzaskia, urtsu-belañ: agremonia. Flemones, nubes de ojos,
 como café.
 Lafa belañ: zarza. Purgante, depurativa.
 Latzura: borraja. Sudorífica.
 Lipu-belañ, piko-belañ: eléboro. Carhunco, tumores.
 Mamukio: malva. Sedante.
 Miru-belañ: muérdago. Contra la tensión arterial.
 Odol-belañ: sanguinaria, parietaria. Contra aflujos sangui-
 neos: «odolkolpia».
 Ollacarana: arraclán. Enfermedades de la piel.
 Orkatzosto: madreSelva. Heridas.
 Pasmobelaña: varias especies como zain-gofi y otras. Su-
 puraciones.
 Otea: argoma-Revulsivo.
 Pixa-belaña: ¿cola de caballo? Diurética.
 Sardin-belañ: botón de oro. En emplastos, en heridas infec-
 tadas.
 Tipula: cebolla. Para reblandecer forúnculos.
 Txori-belañ: hierba cana. Panadizos, flemones.
 Txori-mats: uvas de gato, siempreviva picante. «Legena».
 Zain-gofi, zain belaña: llantén. Para aflujos de sangre, es-
 guinces.
 Zarandona belañ: quelidonia. Heridas, cortaduras.
 Zolda-belañ: consuelda. Diarreas, hemorragias.
 Zumalikaf: sauce. Contra la sarna, en emplasto con vino y
 huevo.
 Zumafa: olmo. En quemaduras, con clara de huevo.
 Zumea: mimbre. Férulas para fracturas.

INDICE DE MATERIAS

- | | | |
|--|-------------------------------|---|
| Acedera 60 | anís 48-49-52 | borrachera 64-66-148 |
| aceite 24-31-32-33-40-41
47-64-68-70-86 99-109
111-124-125-129-132 | ano 49-51-124 | borraja 69 |
| adormidera 51-69 | aojo 71 | brasa 30 |
| aerofagia 59 | apio 74 | Breves 73 |
| ágata 100 | araña 70-126 | bruja 72 |
| agrimonia 145 | arco iris 91 | Calabaza 53 |
| agua bendita 41-75-87
96-110 | arenillas 61 | calcetín-media 42-43-85 |
| aires 24-46-86-109 | arenque 54-102 | calendula 145 |
| ajo 26-31-33-39-48-54-58
62-66-83-90-91-105
124-125-126 | argoma 61 | calentura 62 |
| albarazo 39 | arraclán 145 | cal 34-40-42 |
| alcachofa 41 | arroz 51 | calor 23-40-41 |
| alcanfor 8 | asma 57 | callos 113 |
| alferecia 112 | azúcar 52-63-86-96 | camisa 72-109 |
| alfilerazos 87 | azucarillo 63 | campana 98-111 |
| aliso 64-124 | azufre 38 | cáncer 30-40-48-50 |
| almidón 64-65 | Ave María 62-84-85-111
114 | canela 150 |
| almorranas 51-69 | Bacalao 66-104 | caracoles 23-33-34-59-63 |
| alpiste 145 | balas 49-139 | carbón 73 |
| alumbre 128 | bálsamos 32 | carbunco 30-31-33 |
| amoníaco 66 | bardana 40 | cardo 96 |
| amuletos 72-74-77 | bautizo 76-104 | carne 40-48 |
| Ananizapta 73 | bazo 54 | caspa 39-81-113 |
| andar 110 | barro 49 | castañas 40-58 |
| anginas 43 | berza 30-33-58-105 | catarros 57-65 |
| anillo 42 | bezoar 100 | cauterización 33-126 |
| | bicarbonato 52 | cebada 43-57 |
| | bilis 32-33 | cebolla 30-33-42-61-66
69-103-129 |
| | boina 113 | cefalea 65-88-97-100-110
111-112-114 |
| | boj 83-102 | |

- cera 30-31
 cerumen 24
 cerveza 104
 ciática 46-92
 cicuta 123
 cintas 115-119
 ciruela 53
 clavo 33-91
 cloasma 102
 cola 129
 cólchico 38
 cólicos 25-53
 comedones 37
 conjuros 48-73-79-80-81
 82-84-85-88-90-92-110
 111-113
 corazón 51-87-112
 cordón umbilical 73-74
 cortaduras 30-145
 coser 85
 covada 104
 cuajo 33-55
 cuchillo 27-31-68-124
 126
 cuerdas torcidas 86
 cuerno 126
 culebra 16-32-38-43-54
 Credo 81-83-86-111-124
 cresta 91
 crías 58-59-66
 Chocolate 23-24-48-55
 104
 diarrea 51
 dientes-muelas 38-89
 114
 diurético 58-61-105
 diviesos 30
 Eczema 39
 embarazo 48-100-101
 146
 empacho 49-50
 emplastos 27-34-43-48
 51-55 57-124
 enebro 83
 energúmenos 112
- enuresis 62
 epilepsia 112
 erisipela 27-113
 escorpión 126
 escrófulas 30-79-127
 espina 32-33
 estómago 24-51
 estrabismo 43
 eucaliptus 96
 Evangelios 62-73-74-76
 109-118
 excremento 40-48-53-55
 73-125-139-148
 Fecundidad 109
 fiebres 100-112-113-127
 flebitis 147
 forúnculo 30
 fracturas 137-144
 fresno 124-125
 fuego 38-40
 fuero 104
 Galletas 109-118
 gallina 40-51-87-103-104
 110
 ganglios 79-112-113
 garbanzo 81
 garganta 43
 golondrino 80
 gota 112
 grama 61-145
 grasa 26-31-40
 gripe 8
 Habla 110
 hacha 91
 harina 48-62
 helecho 90
 hemorragia 25-43
 heridas 16-23-25
 hernia 98
 herpes 39-43-91-92
 hidropesía 117 y sig.-149
 hierbas 9-32-50-59-65
 123-126-148
 hígado 54
 higo 83
- hoguera 98
 hollín 54-57-60
 hoquedades 111
 huevo 38-42-51-59-64
 104-137-150
 Ictericia 55
 incienso 32-61
 insomnio 66
 Jabalí 89
 jabón 48-129
 Lagarto 64
 lagrimeo 42
 lapis lázuli 68
 laurel 96
 lavativa 50-51-105
 leche 24-33-34-42-43-56
 57-65-69-82-97-104
 145
 lechuga 33
 legañas 44
 lepra 39
 limaco 54-83
 limón 43-59-61
 linaza 33-51
 lirio 32-33-61
 lombrices 33-70
 lupus 40
 luxaciones 137-160
 Llantén 60-61-86
 llave 42-43
 Maíz 51-55-61-83
 mal de la rosa 82
 malva 51-58
 malvavisco 43-51
 manteca 31-33-49-105
 manzana 83
 manzanilla 32-33-42-47
 48-53
 mar 30-42
 mareadura 26
 mareo 66
 masaje 23-47-49-139-145
 matriz 47-105-145
 Medicina libre 18
 memoria 112

- meningitis 66
 menta 48
 miel 9-40-43
 minio 31
 mirra 32
 misa 118
 moneda 24-79-109-111
 moño 75
 mordeduras 123 y sig.
 muérdago 60-86
 música 92
 Nabo 63
 nervioso 66-145
 neuralgias 112
 nido 43-70
 nogal-nuez 33-53-54-64
 Nóminas 73
 Oído 41-145
 ojos 27-42-70-110-113
 115-145
 opio 69
 oreja 42-43
 orina 37-38-53-59-70-90
 105-129-145-148
 ortigas 38-43-58-62-65
 129
 orzuelo 42
 oxiuros 54
 Pan 33-48-73-102-110
 panadizo 30-33-34
 pañuelo lienzo 48-58-63
 85
 parto 110-113
 Pater Noster 85-91
 peine 27
 pelo 97-99-103-126
 perejil 77-104-105
 «perpicaz» 127
 peste 92-100
 petróleo 40
 pez 31-38-138
 piedra 55-100-109-125
 126-131
 pimienta 90
 pingüicola 38
 piojo 55
 pipa 91
 pita 64
 pleuresía 59
 plomo 75-76-88
 polvo 27-70-111
 pollo 66
 puerro 103-124
 pulmonaria 58-145
 pulmonía 16-58-146-148
 Quemadura 30-40-136
 quiste 81
 Rábano 61
 remolacha 33
 resina 30-31-138
 reumatismo 64-115
 rodeo 111
 romero 32-150
 ron 48-57
 ronquera 43
 rosa-rosal 42-82-91
 ruda 49-74
 ruibarbo 52
 Sabañón 40
 Sabella 73
 sal 16-26-38-40-64-80-86
 90-91-105
 saliva 39-42-43-44-55-78
 128
 saludador 102-123 y sig.
 salvado 43-51-65
 Salve 124-125
 sangría 68
 sarampión 62-63
 sarna 38-97-114
 sauco 37-57
 sepultura 62
 serpiente 32-100-124
 sidra 48
 silla 102
 sueño 110
 tartamudez 110
 tejo 124
 tejón 73
 telaraña 25
 tenaza 40
 tensión 60
 terciana 63-112
 tifoidea 63-146-147
 tijera 27
 tinta 40
 tiña 38
 tocino 83-97
 topo 62-66
 tortícolis 46-86
 tos 46-63
 trébol 52
 trigo 81
 tuberculosis 59
 Ungüentos 31-69-138
 uñas 63-90
 urea 38
 Valeriana 145
 varices 61
 vejiga 145
 verbena 59-97
 verberana 56
 verrugas 39-83-113
 vid 42
 vinagre 27-40-43-65-90
 129
 vino 32-33-34-48-52-55
 57-61-64-68-103-118
 viruela 62
 vísceras 64
 viuda 42-86-116-118
 Zarza 43
 zumbidos 24

INDICE TOPO-ONOMASTICO

- | | | |
|-------------------------|-------------------------|-----------------------|
| Abalcisqueta 144 | Arrillaga 136 | Cegama 74 |
| Aezcoa 84 | Arrona 110-132 | Celso 123 |
| Ainhoa 38 | Asturias 78-82-87 | Cerain 39-124-140-142 |
| Alava 80-87-131 | Ataun 74-98 | 144 |
| Alberto el Grande 129 | Auza 81 | Cestona 149 |
| Albistur 41-126-130-132 | Avicena 9 | Ciruelo 73-128 |
| Alonsotegui 112 | Azcarate 92 | Conde de Fuentes 80 |
| Altzuaga 110 | Azcoitia 113-146-147 | Cortezubi 90 |
| Alza 48-88-110 | 148 | Dandalegi 124 |
| Alzay 62 | Azcue 10-32-33-34-37 | Deva 76-146-147-149 |
| Améscoas 141 | 39-43-47-48-50-61-65 | Digby 64 |
| Amézqueta 43-113 | 73-74-76-77 83-89-90 | D'Yharce 96-99-129 |
| Amorebieta 39-136 | 97-98-101-102-103 | Dima 109 |
| Amoroto 125 | 109-110-127-132 | Dioscórides 145 |
| Andoain 51-64-118-119 | Azpeitia 77-130-150 | Doctor Zikin 54 |
| 120 | Azpiazu 147-149 | Durango 75-137 |
| Anoeta 51-130 | Bago 92 | Duvoisin 38 |
| Antxilleko Vixenta 31- | Barandiarán 10-32-72-74 | Echalar 90 |
| Aragón 80 [50] | 75-77-78-79-81-83-87 | Echegaray 92 |
| Aralar 111 | 89-90-92-113-114 | Echániz 147-148 |
| Aramburu 62-92-109 | Barbaria 140 | Echenique 139 |
| Aramendi-goena 144 | Basilea 95 | Eibar 126 |
| Arane 140 | Baztán 90 | Elduayen 98 |
| Aranguio 41 | Bedia 89 | Elgoibar 136-137-138 |
| Arano 118 | Bermeo 75-113 | Elorrio 90-132 |
| Aranzadi 10-86-103-109 | Bermejo 120 | Empédocles 60 |
| 125 | Bilbao 62-104 | Ereño 87 |
| Aranzazu 38 | Black 63 | Ereñuzarre 114 |
| Arocena 9-67 | Bolívar 126 | Ernuva 113 |
| Arnoate 136 | Cardan 129 | Errasti 149 |
| Arnobateko 136 | Carlos (Don) 150 | Errigoiti 110 |
| Artajalei 149 | Caro Baroja 99 | Esculapio 10 |
| Arratia 38-39-58-61 | Casal 82 | Espasa 128-140 |
| Arrechinaga 91 | Catalina 131 | Estrabón 9-88-89-104 |
| Arriantxo 38 | Cataluña 80 | 123 |
| Arriarán 110 | Ceánuri 32-33-38-39-41 | Ezpeleta 132 |
| Arrieta 110-142 | 42-43-51-52-57-111 | Faraón 103 |
| Arrigoiti 110 | 132 | Fernando VII 141 |

Fez. Moratin 89	Italia 78	Martín Arles 73-88
Frezer 99	Iturrioz 114	Mary Baker 11
Fuente de la Salud 56	Iturriza 104	Masa Martín 139
Cárate 39-55-60-79	Izaguirre 131	Matías 118
García y Bellido 104-123	Izarraitz 146	Maura 128
Garrison 63-98-103	Jorakuria 124	Mendoza 61
Gauna 111	Joubert 96	Minderer 70
Gaztañaga 144-145	Laborde 124	Mocoroa 109
Gaztelugatx 111	Lacarra 100	Mons Medullius 124
Gelos 141	Lambrebe 132	Morales 9
Girona 78	Langarica 91	Motrico 137
Goenetxe 140	Larrabezua 89	Mundaca 41
Goizueta 27-34-79-80	Larramendi 120	Mutiloa 109-110-140
81-82-117-125	Larraul 110	Navarra 80-81-98-109
Gorosábel 129-130	Le Brun 73-88-127-128-129	115-145
Goya 89	Lecuona 69-103	Navarro 128
Goyaz 129	Legazpia 38	Niza 96
Grandes 131	Lemery 70	Normandía 127
Grediaga 141	Lequeitio 92	Ntra. Sra. de Uba 110
Guernica 74-110	Le Roy 146	Ntra. Sra. de los Reme-
Guetaria 110-111-112	Lesaca 118-121	dios 91-109-114
Guipúzcoa 9-39-112-130	Lezama 38	Olaeta 39-51-57
135-145-151	Lezo 109	Olaverria 110
Guridi 140	Licona 92	Ondárroa 111-113
Hasparren 62	Liernia 109	Oñate 69-109-131-142
Hendaya 119	Liguinaga 42-43	Orendain 143
Henry IV 96	Lizarralde 109-110-112	Oria 63
Hernani 109-125-131	Lizarribar 143	Ormáiztegui 130
133	Lizarza 113	Otegiñea 144
Hernio 114-115	Logroño 89-92	Oviedo 100
Herodoto 10	L. de Irraraga 67-69	Oyarzun 31-75
«Herrero» 149	Loyola 49-109	Oyón 131
Hipócrates 102	Luno 91	Palankadi 149-150
Iciar 76-104-110	Llodio 83-89-111-114	Pamplona 73-88-130
Idarregui 81	Macbeth 80	Pancorbo 109
Igara 34-58	Madariaga 131	Pasajes 30-47-118
Intxaurgarate 132	Madinaveitia 52	Pérez Galdós 140
Inunciaga 142	Madrazo 141	Petriquillo 32-140
Iñarra 67-69	Madrid 141-144	Plinio 9-59-97-123
Iraeta 110	Malats 32	Portugal 78
Iraola 129	Manier 100	Prudencio 112
Iribarren 92-121	Marco Varron 92	«Putrhu» 144
Irura 104-109	Mari Arnobate 136	Rabelais 121
Isasondo 103	Marquina 113-125-136	Rainault 128
Isasti 92-112-113	137-138	Régil 32

- | | | |
|--------------------------|-------------------------|--------------------------|
| Rentería 54-130 | Santa Agueda 109-112 | Urquijo 96 |
| Riosequillo 132 | » Apolonia 114 | Urquiola 91-114 |
| Ruiz de Eguino 131 | » Bárbara 110 | Ursuarán 110 |
| Sáez Otaza 131 | » Casilda 109 | Urrugne 132 |
| Salinas de Léniz 112-113 | » Catalina 128 | Usúrbil 64-111-125 145 |
| 132 | » Cruz 112-119 | Vait 128 |
| Salvatierra 131-132-133 | » Cruz (Cura) 139 | Valescus 63 |
| Sakabi 145 | » Eufemia 115 | Valmaseda 131 |
| San Antonio 61-97-114 | » Inés 110 | Vázquez Parga 100 |
| 125 | » Lucía 111-113-114 | Vergara 39 |
| San Bartolomé 112 | » María Acorda 112 | Vidania 112 |
| » Cristóbal 41-88 | » María Bekorregi 109 | Villafranca 111-119-120 |
| » Elías 109 | » María Gainko 110 | 144 |
| » Esteban 111 | » Quiteria 128 | Virgen de la Antigua 110 |
| » Eutropio 112 - 119 | » Rosa 82-113 | 111 |
| 121 | Santo Domingo 113 | Virgen del Carmen 97 |
| San Francisco Borja 112 | Sara 124 | Virgen de los Castillos |
| » Gregorio 41 | Sarasua 142 | 112 |
| » Ignacio 113 | Sarobe 119 | Virgen del Perpetuo |
| » Isidoro 123 | Segura 112 | Socorro 111 |
| » Juan 33-65-82-96-97 | Shakespeare 25 | Virgen de la Rosa 112 |
| 98 - 99 - 109 - 110-111 | Sigerist 22-60 | 113-115 |
| 114-126 | Sirio Itálico 123 | Virgen del Sagrario 113 |
| San Martín 113-138 | Sócrates 123 | Virgen del Yermo 111 |
| » Martín(Dr.)136-144 | Tellería 140-142-143 | Vitoria 137 |
| » Miguel 111-114 | Teofrasto 92 | Vizcaya 40-52-62-73-100 |
| » Pacífico 113 | Thalamás 10-38-91 - 115 | 104-110-127 |
| » Pedro 97-110-111 | 119-126 | Vosgos 78 |
| » Pelayo 109 | Toulouse 78 | Zabaleta 38 |
| » Pío 120 | Tordesilos 103 | Zarauz 78-110 |
| » Prudencio 110-111 | Torrea 143 | Zugarramurdi 89-141 |
| 112 | Trukuman 149 | Zumalacárregui 32 |
| San Roque 73 | Udana 142 | Zaragoza 137 |
| » Sebastián 34-49-58 | Unamuno 55 | Zumaya 84 |
| 66-138-139-150 | Uncilla 137 | Zikuñaga 109-111 |
| San Vicente 112 | Uría 100 | Zumárraga 110 |
| » Vito 111 | Uribe 140 | Zorroaga 139 |
| Sánchez 73-76-77-97-109 | Urnieta 86-112 | |

NOMBRES O EXPRESIONES VASCAS INCLUIDAS EN EL TEXTO

Abil... 88	estomaka 47	Pasmua 26
abilayua 77	euk edan... 149	petrekillo 127
Aita San Esteban... 111	eutsi anaie... 99	petxukoa 58
aize estul 46	ezkabia 38	pitaña 48
aize garbia 96	Gaingilla 77-79 80	Ruda ta... 74
aize punta 46	gaingillak dira... 80	Salutadore 127
aize txafa 46-96	garitxa 59-83	San Juan bespera... 98
aizeak 24	garitxak dira... 84	sardin zañ 54
aizezkoa 118	gatz-afi 26-100	siñatzalle 115
Ama Birgiña... 48-109	gorputz santue 110	suafi 100
amantaña 39	goñiune 102	suge-afi 100-25
amona mantagorí 90	goxatzeko 93	sugea 54
andra ikustea 103	Hari... 66	sukañ 62
andre aizea 96	lia bat... 84	sukañ ustela 63
arai 35	iruntzpekoa 79	Talo 65
araiarai 77	ixipula 27-39	tirantak 30
arosa 39-77-81-92-112	ixerika 24	tiratu 27-29
arosa... 82	Karaitza 34-150	topua 53
artopil 104	karapaio 104	tropesia 112-117 y sig.
atso-lof 104	karmunko 31-33	txistu 99
atza 38	katakume 59	txitxare 53-54
Barea 54-55	«kiputx» 148-149	txori 79 80-81
bañenak... 53	korapillo 24-46-47	txoriak dira... 81
begiokeñ 43	kukutx estul 63	txuringa 51
begizko 70 y sig.-117	kutun 72-74	Ubeldu 86
bildumena 115	Laziertu 35	ugatzañ 77 [49-139]
biotz 52	legena 39	urdalleko-urdail 24-47
biotzeñ 51-52	libraziorik ez 50	urdemiñ 32
burutik beerako 59-60	Lo oneko... 110	urezkoa 118
burutik nastu 67	Maialen 97	Vasasua... 92
Chenda... 44	Maria Tellatuko 90	Xabiroi 126
Damnata 127	mario-ura 26-27-29	xagu... 90
Egoa... 96	mariua 26	Zain tiratu 85
egosia 37	martopil 104	zain tiratu... 85
elakio... 74	materija 34	zanetena 85
eldofoi 102	minbizi 48	zartatua 37
erekaitzen... 113	miñ-ori 55	zingiñañ 77-78-100
eñezuegille 127	«mussularue» 147	zingiri 33-77-79-105
eñoiben 35-77	Nere Ama... 110	zingiri sor... 79
eñoidea 35	Odol-kolpea 61	zofne 34
estamangua... 50	olentzaro emboña 97	zuldañ 37

ADDENDA

En la página 69 del texto hemos hecho referencia a los extraños productos incluidos en las Farmacopeas inglesas del siglo XVII.

Compuesto este libro, el Inspector de los Archivos Provinciales, don Fausto Arocena, ha desenterrado de la colección de «Papeles de Dn. Serapio Múgica —V-1» — un curiosísimo folleto que lleva por título: «TARIFFA DE LOS MEDICAMENTOS ASSI SIMPLES COMO COMPUESTOS GALENICOS, Y CHIMICOS, DISPUESTA, Para las Oficinas Pharmaceuticas de esta muy Noble, y muy Leal PROVINCIA DE GUIPUZCOA, DISPUESTA Por el Lic. Don Carlos Joachin de Aztina, Abogado de la Real Chancilleria de Valladolid, por comission que se le dió en la Junta General que celebró en la Noble, y Leal Villa de Motrico, por el mes de Mayo de 1713. Aviendose valido de Peritos de su satisfacción. REIMPRESSA EN SAN SEBASTIAN: Por Bartholomé Riesgo y Montero, Impressor de estas muy Nobles y muy Leales Provincia de Guipúzcoa, y de esta Ciudad. Año de 1744».

En él se encuentran los diferentes preparados de uso corriente en tales «Oficinas» con mención detallada de sus precios en maravedises y reales, por onza o dracma.

En nada desmerece la relación de las incluídas en las citadas Farmacopeas, en punto a singularidad de los medios terapéuticos al uso en la época. Junto al agua «de la vida de cualquier invención» de módico precio, encontramos la de cangrejos de río o cuernos de ciervo; el aceite de alacranes, lombrices, «ormigas» o «vivoras» y el de «hiemas de huevos»; bonita colección de bezoares de ascendiente planetario: «jobial», lunar, marcial y solar; románticas «confesiones» como el «gentil cordial in melancoliam» a 2 reales el dracma; la dispendiosa «benedicta laxativa» a 51 maravedises la onza. Las «enjundias y partes de animales» formaban,

al parecer, capítulo importante pues, entre otras muchas, se mencionan las de «abeztruz», camello, puerco, oso, e incluso las de hombre, obtenidas éstas últimas no sabemos de qué manera; orines de «javali», huesos del corazón de «cierbo», intestinos de lobo y camisa de culebra... Numerosos emplastos, de ranas, de nido de golondrinas, de piel de anguila «para Ernia», o el llamado de «manos Grispti o Divino». Espíritus, de cráneo humano o de orina. Polvos de cangrejos, carne de «vivoras», dientes de «javali», estiércol de lagarto, ranas calcinadas, sangre de macho, uña de la Gran Bestia, de priapo de ciervo o de toro y además *ejusdem furfuris*, entre los que no faltan el «agua contra Gonorrea de Donceli, la esencia afrodisiaca, el elixir uterinum y los polvos contra abortos o los «probocantes de parto».

Según consta en la última página del folleto, la «Tariffa» fué aprobada por la Diputación en San Sebastián el día once de agosto de 1714 y se acordó fuera repartida según acuerdo de la última Junta General. De cuanto da fé el Secretario Don Phelipe de Aguirre, «por mandato de la Diputación», y Don Manuel Ignacio de Aguirre refrenda la copia del original «por mandato de la Junta» celebrada en Zarauz el día 6 de Mayo de 1744.

* * *

Fechar este libro el año 1952 y no hacer referencia al ya famoso «hongo del té» u «hongo de la penicilina» sería imperdonable. Es la panacea curanderil de nuestros días y auténtico índice de la credulidad de las gentes que, sin distingos de alcurnia, se afanan en «cultivarlo» y experimentar sus maravillosas propiedades. Se le atribuyen virtudes curativas en sinnúmero de afecciones, desde las hepáticas e intestinales, nada menos que hasta la tuberculosis y el cáncer, pasando por el reumatismo, la melancolia y el rejuvenecimiento. Su fama, extendida de boca en boca, ha saltado hasta las columnas de la prensa, sin que le falte un desdichado testimonio médico ni el apodo de sabor moderno: la teomicina.

El extraño disco, es, al parecer, originario del Japón o de Asia en donde se le conoce con los nombres de Kombuche, Kambekka, etc... A pesar de haberlo procurado, no hemos podido lograr su clasificación, y sabemos de personas peritas en la materia que ponen en duda el que se trate de un hongo. Se desarrolla en una infusión azucarada de té a la que trasmite sus propiedades, siendo esta infusión la que toman en ayunas, y a copitas, los crédulos pacientes, hasta convencerse de su ineficacia o sufrir los trastornos diarreicos que, con frecuencia, les produce.

PRINCIPALES OBRAS CITADAS EN EL TEXTO

1. - *Actas del Ayuntamiento de Hernani*, A-1-5-Folio 260.
2. - ARAMBURU Y BAGO, «*Manual de Higiene y Medicina Popular*», Vergara 1899.
3. - DOCTOR ARAMBURU, «*Guipúzcoa Médica*», III-1917.
4. - ARANZADI, TELESFORO, R. I. E. V. 1930.
5. - ARANZADI, TELESFORO, «*Euskaleñiaren alde*», VI, 416 y IX, 121.
6. - AROCENA, FAUSTO, «*El País Vasco visto desde fuera*», Biblioteca Vascongada Amigos del País, S. S. 1949.
7. - AZCUE, RESURRECCION M.^a, «*Euskaleñiaren Jakintza*», I-Espasa, Calpe, Madrid, 1935.
8. - AZCUE, RESURRECCION M.^a, «*Euskaleñiaren Jakintza*», IV-Espasa, Calpe, Madrid, 1947.
9. - BARANDIARAN, JOSE MIGUEL, «*Paletnografía Vasca*», Martín y Mena, S. S. 1921.
10. - BARANDIARAN, JOSE MIGUEL, R. I. E. V. XVIII p. 525.
11. - BARANDIARAN, JOSE MIGUEL, *Passim en «Eusko Folklore»*, Hojas n.º 44, 46, 48, 69, 71 y 72.
12. - BARANDIARAN, JOSE MIGUEL, «*Eusko Jakintza*», Vol. III 1949, 433.
13. - CARO BAROJA, JULIO, «*Los Vascos*», Bibl. Vasc. Amigos del País, S. S. 1949.

14. - CARRERAS Y CANDI, «*Folklore y Costumbres de España*», Martín, Barcelona, 1931.
15. - DOCTOR D'IHARCE, «*Erreurs populaires sur la Medecine, Miricuntzaren gaineco populacionaren faltac*», París, 1783.
16. - DUQUE DE MAURA, «*Supersticiones de los Siglos XVI y XVII y hechizos de Carlos II*», Calleja, Madrid.
17. - ENCICLOPEDIA ESPASA.
18. - GARATE, JUSTO, R. I. E. V. XX, 378.
19. - GARCIA Y BELLIDO, ANTONIO, «*España y los españoles hace dos mil años*», Austral, 1945.
20. - GARCIA Y BELLIDO ANTONIO, «*La España del siglo primero de nuestra era*», Austral 1947.
21. - GARRISON F. H. «*Historia de la Medicina*», I-Calpe, Madrid 1921.
22. - GOROSABEL, PABLO, «*Noticia de las cosas memorables de Guipúzcoa*», López, Tolosa 1899.
23. - GRANDES, FORTUNATO, «*Euskaleñiaren Alde*», XVIII, 380.
24. - GUTIERREZ, FERNANDO, «*Brujerías*», Argos S. A., Barcelona 1949.
25. - IÑIGO, JOSE, «*Folklore Alavés*», Consejo de Cultura, Dip. Foral, Alava 1950.
26. - ITURRIZA «*Historia General de Vizcaya*», Edic. y Notas de Rodríguez Herrero-Dochao, Bilbao 1938.
27. - LACOIZQUETA, JOSE M.^a, «*Diccionario de los nombres euskaros de las plantas*», Pamplona 1888.
28. - LE BRUN, P. PIERRE, «*Superstitions anciennes et modernes*», Amsterdam 1733.
29. - LECUONA, MANUEL, «*Euskaleñiaren Alde*», IX, 54.
30. - LIZARRALDE, P. JOSE A., «*Andra Mari*», I-Dochao, Bilbao 1926.
31. - LIZARRALDE, P. JOSE A., «*Andra Mari*», II-Dochao, Bilbao 1934.
32. - LOPE MARTINEZ DE ISASTI, «*Compendio historial*», Baroja, S. S. 1850.
33. - MADRAZO, FRANCISCO DE P., «*Historia militar y política de Zumalacárregui*», Madrid 1844.
34. - MARTIN DE LOS HEROS, «*Historia de Valmaseda*», Diput. Vizcaya 1926.

35. - MUGICA, GREGORIO, «*Euskaleñaren Alde*», I, 47.
36. - OSUNA, JOSE M.^a, «*Las Curanderías*», «*Bol. Cult. Inform. Cons. Gral. Colegios Médicos*», Mayo 1950, 54.
37. - PEREZ GALDOS, BENITO, «*Episodios Nacionales*», «*Zumalacárregui*», Hernando, Madrid 1929.
38. - REIMANN, etc., «*Zbl f. Chirurgie*», 11-VII-1942, 1141.
39. - SANCHEZ, JOSE A., «*Supersticiones españolas*», Saeta, Madrid 1948.
40. - «*Santos Sanadores*», «*Editado por Ciba*», Barcelona 1948, p. 39.
41. - SIGERIST, «*Introduction a la Médecine*», Payot, París 1932.
42. - SOUBERVIELLE, *passim*, en «*Gure Herria*».
43. - THALAMAS LABANDIBAR, JUAN, «*Anuario de Eusko Folklore*», XI, 1951.
44. - VAZQUEZ DE PARGA Y OTROS, «*Peregrinaciones a Santiago*», Cons. Sup. Inv. Cient. Madrid, 1948, II.
45. - *Nota*.—Interesantes y múltiples relatos folklóricos referentes a Navarra ha publicado José M.^a Iribarren en sus obras, bien conocidas, «*Retablo de Curiosidades*», Zaragoza 1940, «*Batiburrillo Navarro*», Zaragoza 1943, «*Navarrerías*», Pamplona 1944 y «*De Pascuas a Ramos*», Pamplona 1946. En ellas se relatan numerosas prácticas curanderiles de tipo supersticioso, y en el «*Batiburrillo*», especialmente, se dedica un capítulo a «*Terapéutica rural*». Enfocado nuestro libro de preferencia a las zonas del País de habla vasca, incluyendo en ellas las correspondientes de Navarra limítrofes con Guipúzcoa, el temor de las excesivas repeticiones, con su corolario de la extensión desmesurada de la obra, nos ha inducido a recomendar en esta Nota más bien la lectura de Iribarren que la simple mención de sus publicaciones.



I N D I C E

	<u>Páginas</u>
<i>Introducción</i>	7
Capítulos I. - El Curanderismo	13
> II. - Fuentes de la Medicina Popular.....	19
> III. - PRACTICAS EMPIRICAS	
a) Heridas. Inflammaciones	23
> IV. - b) Emplastos	29
> V. - c) Afecciones de la piel	37
> VI. - d) Organos de los sentidos	41
> VII. - e) Aparato digestivo	45
> VIII. - f) Afecciones internas e infecciosas.....	57
> IX. - g) Afecciones de sistema nervioso y mentales.....	65
> X. - PRACTICAS DE TIPO MAGICO	
a) Begizko o aojo	71
> XI. - b) «Zingiri». «Gaingillak». «Afosa». Verrugas	77
> XII. - c) «Zain tiratu». Magia simpática. Dentición. Herpes. Influencia de la música	85
> XIII. - d) Fuerzas de la naturaleza	95
> XIV. - Gestación y Parto	101
> XV. - Supersticiones Religiosas... ..	107
> XVI. - «Tropesiak»	117
> XVII. - Mordeduras y Saludadores.....	123
> XVIII. - Algunos curanderos famosos de Guipúzcoa	135
Apéndice. - Relación de algunas plantas utilizadas en Medicina Popular	153
Indices alfabéticos	155
Addenda	162
Bibliografía	164



30 Pesetas